

An artistic illustration of a blacksmith's workshop. In the foreground, a glowing red and orange metal piece is being worked on an anvil. Sparks and glowing particles are scattered around the work. In the background, a blacksmith is visible, wearing a yellow headscarf and a grey apron, working at a furnace. The walls are made of dark wood, and there are several large, rectangular metal pieces hanging on the wall. The overall style is detailed and textured, with a focus on the fire and the craft.

LA INVENCION DEL PRESENTE

Joven literatura de
Zapotlán el Grande

Ricardo Sigala
Coordinador

En las presentes páginas aparece una imagen de la más joven literatura zapotlense, la que se está escribiendo con responsabilidad y con consciencia del importante papel que el sur de Jalisco ha jugado en la literatura estatal y nacional. Esta generación, aún incipiente, ha producido en los últimos diez años más de una decena de premios nacionales, ha publicado algunas docenas de libros, ha conseguido diversos tipos de estipendios como becas de creación y de publicación de obra. Pero sobre todo ha hecho visible a Zapotlán como el epicentro de un movimiento literario que se pone a la altura de su imponente tradición.

Este libro nació de una solicitud de Alejandro Barragán Sánchez, presidente municipal de Zapotlán el Grande. Tras una conversación sobre cultura, terminamos hablando de dos temas principales: de los muros que se le negaron a Clemente Orozco en su tierra natal y del gran momento por el que pasa la literatura escrita por jóvenes en nuestra ciudad. Estas páginas quieren ser muros para ellos, escritores que están inventando el presente de la literatura de Zapotlán.

Ricardo Sigala



H. AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE
ZAPOTLÁN EL GRANDE, JALISCO



PUERTABIERTA
EDITORES

LA INVENCION DEL PRESENTE

Joven literatura de Zapotlán el Grande

Selección y prólogo
Ricardo Sigala

Alejandra Alonso/ Alejandro Arenas/ Alejandro Moreno Merino/
Alejandro Robalo/ Alejandro Valdovinos/ Alejandro von Düben/ Arturo Isaías/
Aurelio del Toro/ Bladimir Ramírez/ Cristina Meza/
Daniela Esmeralda Pimentel Nodal/ Didiana Sedano/ Diego Armando Arellano/
Edgardo Aguilar/ Emmanuel Rocha/ Esther Armenta/
Frank Alejandro Montelongo García/ Hiram Ruvalcaba/ Humberto Arce Cordero
Isaac Álvarez/ J. A. Vázquez/ Jaime Jordán Chávez Ordoñez/ Johan Luis Juan/
José de Jesús Vargas Quezada/ José Emmanuel Navarro/
José Manuel Casillas Sánchez/ Juan Valdovinos/ Julio Espiritu/ J. L. Salazar/
Lizeth Sevilla/ Luis de Loera/ M. M. González/ Martín Rojo/ Milton Iván Peralta/
Octavio Ricardo Hernández Hernández/ Paulina Velázquez/ Ricardo Sigala/
Samantha Carolina Torres Hernández/ Sergio Elizondo/ Silvia Madero/
Ulises Araiza/ Yair Ascensión



Gobierno Municipal
Zapotlán el Grande, Jalisco
Administración 2021-2024



PUERTABIERTA
EDITORES



Gobierno Municipal
Zapotlán el Grande, Jalisco
Administración 2021-2024

Presidente Municipal: **Alejandro Barragán Sánchez**

Regidora: **Marisol Mendoza Pinto**

Director General de Construcción de Comunidad: **Luis Lino Hernández Espinoza**

Coordinador de la Unidad de Cultura: **Leonardo Franco Medina**

LA INVENCION DEL PRESENTE

Joven literatura de Zapotlán el Grande

Primera edición, 2023

© Ricardo Sigala

D.R © **Gobierno Municipal de Zapotlán el Grande**

D.R © **Puertabierta Editores, S. A. de C. V.**

Ma. del Refugio Morales No. 583, Col. El Porvenir, Colima, Col.

Para México: www.puertabierta.com.mx

Para España: www.puertabiertaeditores.com

ISBN: 978-607-8865-59-8

Ilustración de portada: Grecia Alejandra Morales Dávila

Diseño editorial: Ana Martínez Alcaraz

Impreso en México / *Printed in Mexico*

© Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

ÍNDICE

La invención del presente. **Ricardo Sigala** 9

NARRATIVA

Sucedió en la feria. **Diego Armando Arellano** 19

El cuerpo de Cristo. **Martín Rojo** 28

Caminantes. **Bladimir Ramírez** 32

¿Qué pensará la vaca?. **Humberto Arce Cordero**..... 40

Un martes como si raro.

Samantha Carolina Torres Hernández 44

Gatos en la azotea. **Aurelio del Toro** 46

Blanco como porcelana. **Hiram Ruvalcaba**..... 49

La espera. **Milton Iván Peralta** 60

El año más caliente. **Isaac Álvarez** 64

Viernes santo. **Arturo Isaías** 68

Un cuento sobre cangrejos. **Edgardo Aguilar**..... 75

¿Qué pensará Dios?. **Ulises Araiza**..... 82

Caseta de cobro. **M. M. González** 87

Las puertas. **José Manuel Casillas Sánchez** 90

Resiliencias. **L. Salazar** 92

Safari. **Johan Luis Juan**..... 101

La oscuridad del desierto. **Alejandro Moreno Merino**..... 105

Tiempos muertos. **Sergio Elizondo** 116

Nuevo viejo mundo. **Alejandra Alonso** 124

La espuma de Ítaca. **Alejandro Valdovinos** 130

Youaltepuztli. **J. A. Vázquez**..... 132

Breve repaso al bestiario personal. **Juan Valdovinos** 140

POESÍA

Carta de un colibrí a otro (Huitzilín). Lizeth Sevilla	145
Cantos del bosque. Lizeth Sevilla	146
La mujer que los pájaros confundían con árbol. Jaime Jordán Chávez	148
País de ausencias. Jaime Jordán Chávez Ordoñez	150
Una flor ausente en el jardín de las palabras. Yair Ascensión	152
Poema. José Emmanuel Navarro	153
Si fuego. José Emmanuel Navarro	154
Los soles de agua. Luis de Loera	155
Vacío. Daniela Esmeralda Pimentel Nodal	157
La ondulación permanente. Alejandro Robalo	158
Monografía de lo infausto. Alejandro Arenas	160
Retórica del extraviado. Alejandro Arenas	162
Interrogaciones del naufragio. Octavio Ricardo Hernández Hernández	164
Lo que arde y otros deshielos. Octavio Ricardo Hernández Hernández	166
El Elegido. Frank Alejandro Montelongo García	167
Artes mixtas. Julio Espíritu	169
Zoociedades. Emmanuel Rocha	173

ENSAYO

El reguilete del ombligo. Paulina Velázquez	177
Aproximaciones a una antología de la tristeza José de Jesús Vargas Quezada	194
El SIDA como metáfora: semiología de una cultura de la periferia. Silvia Madero	198

In memoriam. Alejandro von Düben	211
Dos escritoras del Siglo XIX. Didiana Sedano	218

CRÓNICA

Los chilaquiles de mi abuela. Cristina Meza	224
Expansión y un Volkswagen blanco. Cristina Meza	227
No sé hablar de fútbol, pero me gusta pensar en mi abuelo. Esther Armenta	229
El otro sur. Esther Armenta	233

No hay mejor manera de apoyar a los jóvenes escritores zapotlenses que leyéndolos.

La edición de esta obra está pensada para hacer llegar sus textos a lectores de todo el país y como un registro del extraordinario momento que está viviendo la literatura en nuestro municipio.

Mi reconocimiento a todos ellos y mi agradecimiento por el gran aporte que ha hecho el maestro Ricardo Sigala para que todo esto esté sucediendo.

Alejandro Barragán Sánchez
Presidente Municipal de Zapotlán el Grande, Jalisco

LA INVENCION DEL PRESENTE

Ricardo Sigala

29 de diciembre de 2022. La revista digital *WMagazín* publicó un artículo titulado “Hallazgos literarios de 2022 para periodistas culturales de España y América Latina”. En él aparece, entre nombres como los de Vivian Gornick y la Nobel francesa Annie Ernaux, el de Hiram Ruvalcaba por su libro *Padres sin hijos*. Héctor González escribe sobre el libro del zapotlense:

“En un país donde es lugar común decir que todos somos hijos de Pedro Páramo, el narrador da una vuelta de tuerca al mito de la figura paterna y escribe, cosa poco común, no desde la perspectiva del hijo que busca un ajuste de cuentas, sino desde la del padre que pierde, perdona y, a veces, se resigna.”

WMagazín es un influyente medio de periodismo literario con sede en España, fundado y dirigido por Winston Manrique Sabogal, crítico literario colombo-español que colabora en el diario *El País* en España y en *El Espectador* y *El Tiempo* en Colombia. Durante 19 años fue redactor y coordinador de libros y literatura del suplemento *Babelia* y de la sección de Cultura del diario *El País*.

7 de diciembre de 2022. La página de Facebook “Licenciatura en Letras Hispánicas CUSUR” hizo una publicación en la que felicita a los “alumnos y egresados que en el año 2022 obtuvieron premios, menciones honoríficas, o lograron la publicación de libros en el ámbito de la creación literaria”. La publicación continúa con una larga lista de veinticinco acontecimientos y diecinueve autores. Entre éstos destacan seis cuyos libros fue-

ron publicados en instituciones de prestigio nacional como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), y las instancias de cultura de los gobiernos de Aguascalientes y de Jalisco, sus nombres son Alejandra Alonso, Alejandro von Düben, Bladimir Ramírez, Hiram Ruvalcaba, José de Jesús Vargas Quezada y Paulina Velázquez.

30 de septiembre de 2022. Son publicados los resultados de la segunda convocatoria “La maleta de Hemingway” de la Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, dirigida a escritores inéditos y cuyo premio consiste en la publicación de su primer libro. En esta ocasión entre los ganadores se encuentran Isaac Álvarez, por su novela titulada *El verano más caliente*, y Silvia Madero, por su poemario *Casa infantil*, el primero es estudiante activo de la licenciatura en Letras del CUSur, y la segunda, exalumna de la misma carrera. Ambos verán publicados sus libros en este año, 2023.

En la primera edición de dicha convocatoria fueron beneficiados tres zapotlenses: Diego Armando Arellano, radicado en Guadalajara, Alejandra Alonso y Jesús Vargas Quezada, ambos guzmanenses egresados de Letras Hispánicas del CUSur. Arellano y Alonso publicaron en la colección un par de libros de cuentos y Vargas Quezada uno de ensayo.

Haciendo un recuento de la convocatoria de “La maleta de Hemingway” nos encontramos con que después de la zona metropolitana de Guadalajara, Zapotlán el Grande es el lugar con más escritores beneficiados. En la primera edición, tres de los doce publicados eran de aquí; y en la segunda, dos de diez.

26 de junio de 2022. El Sistema universitario de lectura de la UNAM (Universo de Letras) anunció a través de sus redes

sociales que el Tercer Premio de Novela Juvenil “Universo de Letras” 2022 fue otorgado a Alejandro von Düben por su novela titulada *Clara como un fantasma*. El jurado, compuesto por la escritora argentina Clara Obligado, el venezolano Fanuel Hanán Díaz y el mexicano Julián Herbert, expresó que se trata de un libro “original y valiente”, y fue seleccionado “por su capacidad de metáfora acerca de situaciones sociales, logrando representarlas de manera afectiva y efectiva”; de este modo “su entramado narrativo es estructurado y claro, siendo una historia que cualquier lector ávido disfrutará”. Su libro fue publicado por la UNAM y presentado en la FIL de Guadalajara 2022.

17 de diciembre de 2021. El Ayuntamiento de Zapotlán el Grande entregó reconocimientos a algunos miembros del Taller Literario de la Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán por sus logros literarios alcanzados en 2021. Todos ellos publicaron un libro, ganaron un premio, obtuvieron una beca o ganaron un apoyo institucional de publicación en el año en cuestión. Los galardonados fueron Edgardo Aguilar, Alejandra Alonso, Jaime Jordán Chávez, Alejandro von Düben, Bladimir Ramírez, Alejandro Robalo Vázquez, Martín Rojo (Kevin Martín Aguayo), y José de Jesús Vargas Quezada. Hubo un reconocimiento especial a la trayectoria a Hiram Ruvalcaba, quien fue miembro del taller hace unos años. El evento fue en la Casa de la Cultura y los reconocimientos fueron entregados por Alejandro Barragán Sánchez, presidente municipal.

Estas cinco fechas y acontecimientos quieren dar una imagen del momento que vive la actual literatura del Sur de Jalisco, en particular de Zapotlán el Grande y la generación de los jóvenes nacidos en los años ochenta y los noventa, pues son ellos los que protagonizan esta historia. Y enfatizo que quieren dar una

imagen, porque ellos son sólo una parte del amplio panorama de lo que ocurre en la zona en términos de literatura. Ellos son los personajes más visibles, pues son quienes en los últimos doce meses han protagonizado en el ámbito estatal y nacional, sin embargo, a esta lista se pueden agregar muchos nombres más. Pienso en Alejandro Moreno Merino, Paulina Velázquez y Esther Armenta que el 2022 también publicaron libros; en Jaime Jordán Chávez, Luis de Loera, Samantha Carolina Torres, Alejandro Robalo, Daniela Esmeralda Pimentel Nodal y José Manuel Casillas Sánchez que ganaron concursos regionales; en Alejandro Arenas, Ulises Araiza, Emmanuel Navarro, Julio Espíritu, Yahir Ascensión y Emmanuel Rocha que consiguieron menciones honoríficas; pienso también en las trayectorias y en el nombre que se han ido forjando Octavio Ricardo Hernández Hernández, Lizeth Sevilla, Didiana Sedano y Milton Iván Peralta. Existe también otro grupo de escritores que cuentan con una calidad indiscutible pero navegan, al menos ahora, de manera un poco más discreta, entre ellos se encuentran Cristina Meza, Humberto Arce Cordero, Arturo Isaías, M. M. González, Johan Luis Juan, Aurelio del Toro, Alejandro Valdovinos, Frank Alejandro Montelongo García y Juan Valdovinos. Importante también es mencionar al grupo de escritores que en torno a *Ediciones LeArte*, han establecido una búsqueda en la creación por los caminos de la escritura imaginativa, fantasía oscura, como ellos le llaman, entre ellos destacan J. L. Salazar, J. A. Vázquez y Sergio Elizondo.

Como puede observarse el panorama es amplio y diverso, en la presente selección se presentan trabajos de cuarenta y un escritores, en géneros diversos: encontramos cuento y relato, poema, ensayo y crónica. Todos los participantes están relacionados con la dinámica literaria de Ciudad Guzmán, ya sea porque aquí nacieron o porque aquí han escrito su obra, o bien, alguna parte

de ella. Casi todos pasaron por las aulas del CUSur o del CREN; casi todos han participado, aunque sea ocasionalmente, en el Taller Literario de la Casa de la Cultura o los que ha ofrecido la Casa Taller Literario Juan José Arreola y últimamente el Centro para las Artes José Rolón, también es preciso mencionar a los *Náufragos de la Palabra*, un taller literario independiente que en los últimos años dio resultados sorprendentes.

Sabemos que el fenómeno literario se conforma de manera compleja y que en él intervienen diversos factores. La literatura no aparece sólo porque alguien fue tocado por la inspiración o porque tiene cierto tipo de sensibilidad, mucho menos por haber nacido en un lugar específico ni por influencia del paisaje. La de escritor es una carrera exigente, que demanda disciplina, constancia, permanente formación e inagotables lecturas. Pero sobre todo, hay que asentar que una carrera literaria requiere paciencia y constancia. Con esto quiero decir que el fenómeno literario que acontece en nuestra región no es una moda ni un *boom* circunstancial, algunos de los autores aquí incluidos comenzaron a asistir al Taller Literario de la Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán hace veinte años, como son los casos de Milton Iván Peralta e Hiram Ruvalcaba, y para el año 2006 este último ya había ganado los Juegos Florales de Zapotlán y había publicado su primera *plaque*: *Nunca y otros cuentos*, en la legendaria Colección *Estación Sur* que editó el Archivo Histórico. También en ésta están incluidos *¿Qué pensará la vaca?* de Humberto Arce Cordero y *Zapotlán no se acaba nunca* de Milton Iván Peralta; este mismo año Lizeth Sevilla publicó su primer poemario, *Crónicas pasajeras*.

No hay dudas de que 2006 fue una especie de año inaugural de esta generación de escritores. Esta efervescencia se

vio favorecida y estimulada por la circunstancia de que un año más tarde se fundaría la licenciatura en Letras Hispánicas y en 2008 la de Periodismo, ambas en el CUSur, también en este año comenzó sus actividades la Casa Taller Literario Juan José Arreola. Otra evidencia de este fenómeno fue la gran cantidad de concursos literarios que se crearon en la ciudad. Los que hay que destacar son el de cuento “La Jirafa” que llegó a siete ediciones, y el “Concurso Literario” que organizan los estudiantes de Letras Hispánicas del CUSur en las modalidades de cuento y de poesía, que en 2023 cumple su primera década. Vale la pena mencionar los que organizó la autoridad municipal entre 2013 y 2015: El “Refugio Barragán de Toscano”, para mujeres, y el “Alfredo Velasco Cisneros”, para hombres, ambos de cuento. En los últimos años los escritores de esta joven generación han estado permanentemente presentes en estos certámenes y en los que se organizan de manera tradicional en Sayula y en San Gabriel.

Los Novísimos de Zapotlán

En 2009 el CUSur inauguró la Cátedra Hugo Gutiérrez Vega, durante los cinco años que estuvo en funciones reales, los beneficios académicos y de extensión fueron evidentes: las conferencias, los seminarios, los talleres que se impartieron con la participación de grandes figuras de las letras como Fernando del Paso, Juan Gelman, Sylvia Iparraguirre, Alberto Chimal, Eduardo Antonio Parra, Eugenio Partida, Mónica Lavín, entre otros tantos, contribuyeron sustancialmente en la formación y el estímulo de una nueva generación de escritores en nuestra región. El mismo Hugo Gutiérrez Vega se dio cuenta de eso y promovió una muestra de sus trabajos en “La Jornada Semanal”, el suplemento cultural del periódico *La Jornada*. Así, el 5 de junio de 2011 se publicaron poemas de Hiram Ruvalcaba,

Alejandro von Düben, Lizeth Sevilla, Lenin Álvarez y Damián Covarrubias, todos avecindados en Ciudad Guzmán, todos nacidos en los años ochenta, ninguno pasaba de los 26 años.

Los Nuevos Novísimos

Han pasado más de diez años y la realidad nos muestra que Hugo Gutiérrez Vega acertó en su apuesta. Más de la mitad de los Novísimos de Zapotlán continúan publicando, algunos ganando reconocimientos y obteniendo becas de todo tipo. Algo que quizás no imaginó el maestro, o quizás sí, es que a ese primer grupo le seguiría, una década más tarde, uno más nutrido de jóvenes escritores. He pensado en lo que podríamos denominar los Nuevos Novísimos de Zapotlán, siguiendo la nomenclatura del maestro. Ocurre que, entre los jóvenes escritores, los nacidos en los noventa, encontramos varios nombres que en los años recientes han estado dando de qué hablar. Comencemos con Bladimir Ramírez, en 2021 ganó el Premio Nacional de Literatura “Joven Salvador Gallardo Dávalos” por su libro de cuentos *Prueba de resistencia*, hoy publicado por la editorial *Paraíso Perdido*, es importante también apuntar que en el mismo año fue becario de la Fundación para la Letras Mexicanas. Otro nombre es el de Jaime Jordán Chávez, cuyo libro de poemas *Los monstruos que nos miran desde el cielo* fue finalista del Concurso Internacional “Vicente Huidobro”, lo que derivó en su publicación de su libro por la española *Valparaíso Ediciones*. El resto está relacionado con la convocatoria de publicación “La maleta de Hemingway” de la Secretaría de Cultura del Gobierno de Estado de Jalisco en sus dos primeras ediciones: Alejandra Alonso, José de Jesús Vargas Quezada, Isaac Álvarez y Silvia Madero. Como ya lo he dicho antes, estos son sólo la parte más visible de un grupo más numeroso de escritores que ahora construyen nuestra literatura. Ante la pregunta de por

qué hacer una muestra de la joven literatura que se escribe hoy en el valle de Zapotlán, lo expuesto anteriormente quiere ser una respuesta.

Cuando comencé este trabajo, pensé que era necesaria una exploración exhaustiva del fenómeno literario en nuestra región. No podía sólo quedarme con la parte visible del mismo, sino que era necesario asomarse a la masa que subyace bajo el iceberg. Así pues, recurrí a la bibliografía existente en busca de confirmar datos y en la posibilidad de descubrir otros. Las principales fuentes de consulta fueron *Cartulario: Muestra de letras zapotlenses* (PuertAbierta Editores, 2018) de Fernando G. Castolo y *Veintisiete escritores del Sur de Jalisco. Una antología desde el confinamiento* (Amate Editorial, 2021) de Silvia Quezada. Por supuesto, la prensa, en especial los medios electrónicos, fue un recurso incluídible. Como esta investigación es una continuación de algunos de mis trabajos previos, también tomé en cuenta *Indicios. Atisbos de literatura en el Sur de Jalisco* (PuertAbierta Editores, 2021), *La cristalina superficie del silencio. Muestra de los Juegos Florales de Zapotlán el Grande* (Arlequín/Ayuntamiento de Zapotlán el Grande, 2018) y *La jirafa. Cuento zapotlense contemporáneo* (Editorial Universitaria, 2012), este último realizado en conjunto con Milton Iván Peralta.

El resultado fue una suma de más de sesenta escritores documentados, entre los que encontramos los muy conocidos, ya citados en estas páginas, y otros que forman parte de nuestra cotidianidad literaria y los que tuvieron un participación fugaz. Finalmente, en este volumen aparecen cuarenta y un escritores, como siempre ocurre, no podían estar todos, pero sí estamos seguros de que la muestra que aquí se presenta nos da una clara idea de la galaxia de la joven escritura de nuestra ciudad. Si continúo con la metáfora diremos que en este mapa estelar,

esta galaxia, encontramos planetas, planetoides, estrellas, nubes de gas, polvo cósmico, materia oscura y, sobre todo, energía.

En las presentes páginas aparece una imagen de la más joven literatura zapotlense, la que se está escribiendo con responsabilidad y con consciencia del importante papel que el sur de Jalisco ha jugado en la literatura estatal y nacional. Esta generación, aún incipiente, ha producido en los últimos diez años más de una decena de premios nacionales, ha publicado algunas docenas de libros, ha conseguido diversos tipos de estipendios como becas de creación y de publicación de obra. Pero sobre todo ha hecho visible a Zapotlán como el epicentro de un movimiento literario que se pone a la altura de su imponente tradición.

Este libro nació de una solicitud de Alejandro Barragán Sánchez, presidente municipal de Zapotlán el Grande. Tras una conversación sobre cultura, terminamos hablando de dos temas principales: de los muros que se le negaron a Clemente Orozco en su tierra natal y del gran momento por el que pasa la literatura escrita por jóvenes en nuestra ciudad. Estas páginas quieren ser muros para ellos, escritores que están inventando el presente de la literatura de Zapotlán.

NARRATIVA

SUCEDIÓ EN LA FERIA

Diego Armando Arellano

Fui sonajero desde los dos años. Danzaba para el señor San José acompañado de mi tío Felipe. Era una manda que me prescribió mi madre o mi abuela porque en el temblor del 85 me cayó un pedazo de bloque en la cabeza que me dejó moribundo. Estuve agonizando en un hospital varias semanas con la última esperanza fijada en el patrono de Zapotlán el Grande, que me hizo el milagro de devolverme la vida el último día de la feria, el 23 de octubre de 1985.

Yo había nacido en agosto, el doce para ser preciso, pero desde que se me alivió la cabeza mi abuela materna decretó todos mis cumpleaños en octubre, el 23 en la noche, después de las andas y de la fiesta, y de que regresaran las imágenes del Señor San José y la Virgen a la catedral. Iríamos a misa, le pediría su bendición al patrono, luego compraríamos algo en la kermés que año con año se instala afuera del atrio, veríamos el castillo y regresaríamos a la casa para que me cantaran las mañanitas. No se hizo otra cosa distinta hasta que cumplí seis. Después de ese año dejé de danzar y de hacer tantas otras cosas pues la pena por la muerte de mi tío Felipe nos arrastró al sitio más oscuro y silencioso al que puede entrar una familia.

Ya para cuando tenía seis años leía muy bien y de corrido. Leía los paisajes de Jesús en la doctrina con doña Juana y también las cartas personales de mi tío Felipe, escritos que dejó atados con un cabete a manera de tesoro en el corazón de su colchón donde durmió toda su vida, en esa habitación sombría donde nadie quiso entrar durante años más que yo. Al principio me alentaba el hecho de encontrar los últimos vestigios de los juguetes que el tío conservaba en vida con recelo. Pero lo

que me encontré fue ese manajo de verdades. Líneas que me enseñaron muy pronto la cantidad de sufrimiento que puede alcanzar una persona amarrada a un pueblo como Zapotlán.

Esas cartas decían, entre otras cosas, que mi abuelo Manuel descubrió a mi tío Felipe al lado de un hombre. Un hombre al que mi tío amaba, según sus cartas, por sobretodos los infiernos. El abuelo, enrabiado, lo crucificó en el patio: le clavó dos clavos largos y gruesos en el centro de sus manos hasta que le prometiera no volver a ver al hombre nunca más en su vida. Le prohibió la feria, los volantines y los callejones donde pudiera divertirse. En cambio, lo convirtió en el ser más devoto, en el sonajero más prominente de Zapotlán y en un borracho insalubre que no podía sostenerse en dos la mayor parte de la semana. Tío Felipe fue amable y cariñoso con los catorce sobrinos que conoció hasta su muerte.

Todos los acontecimientos importantes de los primeros años de mi vida me provocaron dolores de cabeza. Dolores insoportables que me llevaron al vómito estuviera donde estuviera. Mi abuela decía que todo era una consecuencia del accidente que me había dejado casi muerto cuando yo era un bebé. Pero los médicos de entonces contradecían el punto de vista. Lejos de importarme cuál era el verdadero motivo en esos años fui capaz de hacer las primeras cosas con mi mente. Cosas que no puedo explicar cómo diablos sucedían. Un 23 de octubre, por ejemplo, cuando tenía once años, quise con todas mis fuerzas que mi abuelo cayera muerto al piso mientras le aplaudía efusivamente al trono del patrón. Y sucedió al instante. Cayó fulminado mientras el ruido de danzantes, cuetes y chirimías nos dejó distraídos y absortos para poder auxiliarlo.

Sin registro de fecha

Antes creía que nada podía cambiar tan rápido, que las cosas más simples de la vida no se alterarían en muchísimo tiempo. Ahora sé que estaba equivocado. Hasta hace una semana jugaba con muñecos de plástico en el patio de la casa y ahora me interesan otras cosas que jamás imaginé que me pudieran gustar. Por ejemplo, quiero una guitarra eléctrica. Y una chamarra negra de cuero que vimos en uno de los puestos de la feria de Zapotlán. Mi mamá dice que estoy encandilado ahora que entré a la secundaria. Pero que por mi bien no me ponga a copiarles los gustos a los otros niños porque me va a ir mal. Dice que los padres de ahora se parecen mucho en lo suelto, pero que ella y papá no son sueltos, así que no voy a tener nada si no hago el mínimo esfuerzo por ganarlo. Lo cierto es que en la secundaria ninguno de mis compañeros sueña con una guitarra eléctrica. Tampoco he escuchado si les interesan las chamarras negras de cuero. Los padres se equivocan muchas veces y nadie se los dice nunca.

3 de octubre de 1998

Mi papá es un borracho igual que el resto de mis tíos incluido mi tío Felipe que en paz descansa. Aquí en Zapotlán se emborrachan todo el año. Beben de felicidad y beben de tristeza. Cuando es octubre toman ponche de granada para celebrar al señor San José. El ponche se sirve frío, con nuez y cacahuete en pequeños trozos. Mis primos que son más grandes que yo por un año beben ponche. Las fiestas duran casi un mes. Así que casi un mes están borrachos, pero como la bebida es ponche y es para celebrar al señor San José, pues no pasa gran cosa. Yo no tomo porque no quiero ser como mi papá y mis tíos. Por cierto, ayer mi papá se emborrachó y llegó con el sainete a todo

lo que daba. Música de Vicente Fernández, con lo mucho que me choca Vicente Fernández. Tuvimos que bajar por él mis hermanos y yo para cargarlo porque no se podía ni sostener. Al final de la borrachera lloró desconsoladamente y nos dijo eso que no se atreve a decirnos cuando está buenisano, que nos quiere mucho. Sacó la cartera y nos dio 750 pesos a cada uno.

7 de octubre de 1998

Vine a la feria en lunes porque se supone que a principio de semana no viene nadie. Pero los volantines estaban al dos por uno y salió la misma si hubiera venido el sábado o el domingo. No se podía caminar. De todas formas, estaba muy contento porque el puesto de chamarras lucía igual a como lo vi el primer día. Parece que nadie quiere chamarras negras de cuero aquí. Me atendió un señor pelirrojo que no vi la otra vez. Muy atento. Me dijo que la chamarra que me había gustado costaba 900 pesos. Pero que adentro tenía más económicas. Adentro quería decir un cuartucho iluminado por una luz de vela que en realidad no iluminaba nada. Me dio miedo y me eché a correr de ahí. Es muy cierto lo que dice mi abuela, Zapotlán se ha jodido desde que se les abrió las puertas a las gentes de otros lados.

13 de octubre de 1998

Que este año no llovió como tenía que llover y entonces la laguna está seca. Fuimos a verla ayer y yo la vi enorme y llena pero mi abuela dice que está seca. Mi mamá se molestó muchísimo porque contradije a mi abuela. Dice que me encanta contradecir. Mi papá dice que nomás me gusta estar chingando. Nos regresamos callados y no dijimos palabra en todo el camino. Más tarde llegó un tío a casa, hermano de mi papá, gritando

las mil cosas, lleno de dolor y de rabia. Su hijo, mi primo, había agarrado la jarra desde hace tres días y lo habían encontrado muerto en el fondo de un barranco. Desbarrancado. Nos vestimos rapidísimo y nadie volvió a hablar algo en todo el camino a la funeraria.

17 de octubre de 1998

Mañana se acaba la feria, pero no vamos a ir a los volantines ni a cenar plátanos fritos con mermelada y lechera porque estamos de luto. Mi primo que murió se llamaba Saúl, pero le decían Cotorro. Todo el tiempo lo trataron horrible y eso porque yo lo veía, una situación que me hacía sentir muchísima impotencia. Se burlaban de su nariz, de su boca, de su modo de hablar. Encima lo agarraban a palos por cualquier cosa sin chiste que hiciera. Que lo mandaban a sacar el carro de la cochera y le daba un tallón, toma. Que se acababa la leche y nadie más había cenado, pues toma otra. Y ahora todos le lloran y se emborrachan para cantarle en su honor. Le cantan por Mujeres como tú, hay hombres como yo. Como si mi primo fuera una piruja y no tuviera 13.

22 de octubre de 1998

Dejé de escribir porque estuve reflexionando sobre lo que me sucedió el mero día último de la feria. Resulta que con el luto que estábamos llevando en la familia por la muerte de Saúl no podíamos salir a ningún lado. Eso me dio tanto coraje que me escapé para poder ir al jardín y estar en la última fiesta. No sé si estaba muy nervioso o sugestionado por lo que había pasado, pero cuando empezó a quemarse el castillo en la plaza vi claramente al Cotorro pasearse por debajo de la pirotecnia con un cartón en la cabeza para no quemarse. No me dio miedo más

bien me asombré. Me acerqué tanto que quedé como a dos metros de él y le grité muy fuerte: Cotorro. Y el muy cabrón salió corriendo rumbo al mercado. Si no es por don Luis que hace los castillos y los toritos cada año y que también lo vio, nadie me hubiera creído ni media palabra y me hubiera ido como en feria.

26 de octubre de 1998

Fuimos con una señora de Tuxpan que le hace a la brujería para contarle lo que sucedió el último día de la feria de Zapotlán. Primero hizo que me quitara la ropa con todo y calzones y después me pasó un huevo por todo el cuerpo haciendo un rechinado de dientes espantoso. Pero lo peor fue cuando rompió el huevo contra el borde de una mesa y todo lo de adentro salió en forma de un escupitajo negro. Nos asustamos y salimos rápido de ahí. Mamá y papá se pelearon en todo el camino a casa porque ninguno de los dos quiso reconocer quién había tenido la idea de llevarme a hacer una limpia.

27 de octubre de 1998

Escribo de nuevo hoy 23 de noviembre, a un mes de acabada la feria. No hay ninguna novedad, no tengo ningún don ni tampoco platico con los muertos. No puedo mover cosas como muchos de mis tíos podían haber supuesto. También me ha dejado de interesar la guitarra eléctrica. Aquí en Zapotlán, si no hay feria, no venden chamarras negras de cuero. La verdad es que no tengo cabeza para nada. En realidad, me ha dolido la cabeza últimamente. Así que tengo cabeza para puro soportar dolor. Mi mamá pregunta que si la molestia no será a causa de lo que pasó hace un mes. Que a lo mejor mi primo Saúl se me quiere dar a encontrar. Pero le digo a

mi mamá que eso es imposible. Al final opto por decirle que nunca estuve seguro de haber visto al fantasma del Cotorro debajo del castillo.

23 de noviembre de 1998

La feria es un recuerdo viejo y no hace mucho que se terminó. Para Zapotlán no hay otra fecha más importante que octubre y su feria. Nuestra navidad, nuestro año nuevo y primavera juntos suceden en octubre. Luego nos volvemos un pueblo triste porque los hijos ausentes se van para Estados Unidos, y tiene que pasar un año largo y aburrido para volverlos a ver. Encima mi papá no me dirige la palabra. Piensa que jugué con el buen nombre del primo y herí a todos con mis mentiras. Desde luego a estas alturas es imposible regresar a la verdad. Fue un error enorme haberme retractado. Seguido, cuando camino por la plaza, volteo para todos lados con la esperanza de ver a Cotorro debajo de un árbol. O comiéndose una nieve afuera de la paletería. Pero no lo consigo. Me he vuelto muy inservible.

28 de noviembre de 1998

A partir de hoy y hasta que se celebre la noche buena mis padrinos de primera comunión estarán en casa. Fue un rollo verlos otra vez. Y con ello compruebo mi nueva teoría sobre el tiempo, que pasa más rápido de lo que muchos quieren aceptar. Les costó reconocermé. Mi padrino abrió los ojos y le dijo a mi papá algo así como y a éste qué le pasó. Le doy al hombro y hace un año estaba abajo de su estómago. Mi madrina en cambio en lugar de darme un beso en la mejilla me dio un lengüetazo en el oído muy desagradable que me dio bastante escalofrío. No deja de verme. Más tarde mi mamá sacó el álbum de

fotos de la fiesta de la primera comunión. Ya son cuatro años seguidos que viene haciendo lo mismo.

15 de diciembre de 1998

Antes de irme a la secundaria subí a la azotea con el montón de fotos que despegué del álbum. Cargué también con una botellita de alcohol y unos cerillos. Le prendí fuego a mis recuerdos dentro de un bote de plástico que estaba junto a la antena parabólica. No quiero recordarme nunca más así de feo.

16 de diciembre de 1998

No es mentira. Por Dios que no podría mentir con algo así. Estaba en clase, hoy, muy atento, la segunda hora apenas, cuando me llegaron un montón de cosas horribles a la cabeza. Me imaginé a mi papá gritando como un loco, como si algo le doliera. No me podía sacar esa imagen de la cabeza. Hasta me dio taquicardia. Pedí permiso para ir al baño y allá vomité muchísimo. Pero eso no fue lo peor. Vomité negro. Escupitajos negros como la vez del huevo en Tuxpan. Me eché a llorar. Me fui a las canchas y me puse en cuclillas largo rato, repitiendo varias veces que esto no me podía estar pasando.

16 de diciembre de 1998

Estoy cansadísimo y triste. Mis dos hermanos y yo acabamos de llegar del hospital. Papá está internado. Se quemó las manos mientras intentaba apagar la lumbre de la parabólica. Se achicharró toda la antena y sus manos tienen quemaduras de segundo grado. En casa están muy preocupados porque nadie sabe de dónde vino el fuego. Aunque no tendría ningún sentido contarle lo que imaginé en la secundaria sobre mi papá estaba sucediendo verdaderamente.

17 de diciembre de 1998

Ha sido el peor nuevo año desde que me acuerdo. No hay feria, no hay alegría, no hay nada. Encima a mi papá le quedaron las manos como la cara de Freddy Krueger. Me da pena que nos acompañe los domingos al jardín.

1 de enero de 1999

Algunos dirán que no es cierto y que el tiempo no puede pasar tan rápido como lo cuento, pero el próximo martes es el reparto de décimas y comienza a instalarse la feria. Ya se ve mucho gabacho llegando al pueblo. Dicen que este año vendrá el doble de los que vinieron el año pasado. Habrá que ver. Ayer me fui en bicicleta con mi amigo Nacho a ver qué tanto se ponía de nuevo en esta feria. Nada más viene el búmeran como novedad, ese que te deja de cabeza como tres minutos y luego te tumba de sopetón. También vi el puesto de chamarras negras de cuero con el pelirrojo de dependiente, en el mismo lugar que el año pasado. Es raro, pero estoy seguro de que el hombre me reconoció porque luego, luego, me guiñó un ojo y bajó del aparador la chamarra que tanto me había gustado el año pasado. Desde luego que me fui de prisa, con la ventaja, claro, de que en bici se puede huir mucho más rápido de la feria.

5 de octubre de 1999

EL CUERPO DE CRISTO

Martín Rojo

Me duele el estómago. No quiero tomar la hostia. Quiero salirme de la fila. Ir afuera y respirar un poco, o regresar a la banca con mamá y papá, y cantar los coros. Pero, de ser así, mamá me preguntaría mis motivos. Para ella no sería suficiente el dolor de estómago. Además, me preguntaría por qué tengo ganas de vomitar y no podría responderle que me acordaba del cerdo que mató mi tío Poncio.

Hace mucho aire en la calle. Las palomas picotean el suelo. La gente come elote y churros. Delante de mí hay siete personas formadas. Por más que me aprieto el estómago no puedo aminorar el dolor. Al contrario, me dan más ganas de vomitar. Trato de distraerme con las pinturas en las paredes, pero, en ellas, los santos tienen gestos como si también quisieran vomitar.

Me acuerdo otra vez de mi tío Poncio y de cómo llevaba arrastrando el cerdo que chillaba y chillaba porque sabía que lo iban a matar. Recuerdo el ruido que hacían sus pezuñas al deslizarse por el suelo. Mi tío no dejó de jalonearlo hasta el patio trasero de la terraza. Cuando se dio cuenta de que habíamos llegado nos dijo que lo aguantáramos tantito y sacó al cerdo con un último jalón. La terraza ya estaba limpia y había globos por todas partes.

Antes de que mi tío viniera, le pregunté a mamá qué pasaría con el cerdo. Tranquilamente me respondió que lo encerrarían atrás para que no anduviera suelto durante la fiesta.

—Lo van a matar —le dije.

—No, ya te dije que lo van a llevar a otro lado —contestó tranquila. Yo sabía que no era cierto. Mamá siempre fue buena mintiendo.

El chillido del animal se escuchó aún más fuerte. Más desesperado. Más suplicante. Luego hubo un silencio aterrador. Fue entonces cuando mamá no pudo ocultar el gesto de preocupación. A ella no le importaba que lo mataran, sino que me diera cuenta de que lo habían matado. Y yo, aunque ya lo sabía, tuve ganas de asomarme al patio para asegurarme.

Ese día fue la primera vez que sentí la punzada en el estómago. Me dolió mucho. Como si el chillido del cerdo se me hubiera metido a la panza. Me dolió más que ahora.

La gente canta despreocupada. Todavía hay cinco personas adelante y no puedo dejar de recordar ese día. Intento respirar profundo y lento. La señora de atrás de mí me pregunta si estoy bien. Sí, nomás me duele poquito la panza, le respondo. Es normal estar nervioso, me dice, ¿es la primera vez que recibes el cuerpo de cristo? Digo que sí con la cabeza por no tener que darle explicaciones. Sonríe. Le sonrío de vuelta. Estate tranquilo. Esto es bueno, dice.

Me asomo al principio de la fila. Quedan tres personas. Mamá se enojará si vomito. Se enojará como en la terraza. Aquella vez no pude aguantarme las ganas.

Cuando el cerdo dejó de chillar mi tío salió del patio y fue al baño a lavarse las manos. Luego vino con nosotros.

—Madrugaron —dijo sonriente—. Todavía falta rato para que estén las carnicas, pero en las mesas hay refresco y cacahuates.

—Gracias —contestó mamá—. ¿Dónde anda la comadre?, ¿les ayudo en algo?

—Está allá dentro, preparando el guacamole —respondió secándose el sudor de la frente con un trapo—. Si quieres pásate, para que platicuen un rato. Yo voy a seguir trabajando en el patio de atrás.

Mamá dejó su bolsa de mano en una de las sillas y también se fue.

Fui a lavarme las manos. Al entrar al baño me vino un olor asqueroso, como de carne cruda. En el lavamanos había manchas de sangre, preferí no lavármelas. La puerta del patio estaba entreabierta. Podía escuchar los pujidos de esfuerzo que hacía mi tío. Me acerqué un poco. Intenté asomarme. Me acerqué más. Abrí la puerta. El cerdo colgaba de una viga, cortado por el torso en forma de cruz. Debajo de él se acumulaba la sangre en un charco. Fue entonces que sentí la punzada, como si algo afilado me estuviera picando la panza por dentro. En la pared de enfrente había un crucifijo colgado. La mirada adolorida de Jesús caía en el cerdo ya sacrificado. Mi tío me descubrió y enojado me dijo que me fuera a sentar a la mesa.

Me senté. Intenté distraerme con el celular de mamá, pero la punzada no se iba. El vaso estaba vacío sobre la mesa, como esperando que sirviera la coca, pero ya no tenía ganas de comer ni tomar nada. El dolor en la panza se hacía más fuerte y no podía dejar de pensar en el cerdo.

El cuerpo de cristo. El padre levanta la hostia, la mete en la boca de la anciana. La gente sigue cantando. *El cuerpo de cristo.* Levanta una hostia nueva. El muchacho dice amén.

Cierro la boca con fuerza. El chillido del cerdo se me revuelve en el estómago y me sube hasta la garganta dejándome un sabor asqueroso. Entonces recuerdo el sabor de las carnitas en la terraza. Recuerdo a mamá diciéndome si no te las comes no te daré pastel y tampoco vas a jugar con tus primos.

Es mi turno. *El cuerpo de cristo.* Cierro los ojos. Mamá se va a enojar. *El cuerpo de cristo.* Todos en la fiesta escucharon a mamá regañarme por vomitar sobre su vestido y sobre la mesa. Ese día no jugué. No comí pastel. No dejé de pensar en el cerdo.

—Niño, ¿vas a recibir el cuerpo de cristo, o no?

Abro los ojos. De pronto se me figura que el padre se parece un poco a mi tío. Parpadeo fuertemente. No, no se parecen en nada. Me mira con el ceño fruncido y la hostia en la mano. La señora de atrás me pone su mano en el hombro y me dice al oído no tengas miedo. El chillido del cerdo sube con fuerza. No puedo aguantar más.

CAMINANTES

Bladimir Ramírez

Mis papás y yo salimos del Oxxo. Era domingo por la tarde y las calles del centro de Zapotlán estaban llenas. Mi mamá iba distraída en su teléfono y mi papá soplaba su café, apurado, quería llegar rápido a la casa para ver el fútbol. Yo estaba detrás de ellos e intentaba abrir mis galletas marías. Un hombre de barba negra abrió la puerta, sus manos parecían contaminar el aluminio del marco. Mi papá y él se observaron cara a cara. El silencio se apoderó de la tarde algunos segundos hasta que el hombre dijo:

—Tienes el corazón más duro que una piedra.

Mi papá sonrió, al principio creí que soltaría una carcajada, que respondería al insulto con algo burlón, algo como “y tú qué te crees, muerto de hambre”. Pero no, sin perder la calma ni el silencio, le quitó la tapa a su vaso y se lo aventó al hombre en la cara. Vi el vapor del café recorrer el rostro y el cuello del portero; su barba tenía manchas grises y amarillentas, humedecidas por el café. Su rostro se contrajo como un trozo de cartón bajo la lluvia. Exhaló un aullido de dolor y, en lugar de gritarle a mi papá o atacarlo, el hombre esbozó una sonrisa y dijo:

—Así es como eres, Alejandro.

A pesar de que su cuello y su mejilla izquierda estaban enrojecidos, encendió un cigarro mientras le abría la puerta a una viejita. Las manos de la señora eran blancas como dos hojas de papel. Ella le dio una moneda de diez pesos y con una sonrisa generosa, dijo:

—Muchas gracias, Felipe. Dios te bendiga.

Mi papá me jaló de la mano para que me apurara. Yo avancé mirando a Felipe. La humedad del café se incorporaba al

resto de las manchas de su ropa. Él fumaba con tranquilidad, sonreía a la gente que entraba y salía del Oxxo, algunos le daban monedas. No le importó el café hirviendo, la complicidad de mi mamá ni la agresión de mi papá. ¿Quién era Felipe? ¿Por qué sabía el nombre de mi padre? ¿Por qué dijo eso de su corazón?

Al subirnos a la camioneta revisé la hora en el estéreo. No llegaríamos a tiempo para el partido. Mi papá vio la mitad del segundo tiempo solo, yo me fui a mi cuarto porque no me gusta el fútbol y tenía que terminar mi tarea.

Esa noche soñé que Felipe le abría la puerta del Oxxo a personas, a animales y a luces. Vi a un zorro, a un pato y a dos ranas cruzar la puerta. Vi a un niño con pétalos azules en el cabello y a un hombre en silla de ruedas. Vi luces azules, verdes y rojas, Felipe les deseaba buen día y pronunciaba una frase. Yo observaba a las personas muy de cerca, pero no podía escuchar lo que él decía, sólo veía sus reacciones. En el sueño nadie le aventó café, tampoco le dieron monedas.

Sonó mi alarma, como todos los días, a las 6:00 am. Desperté y mi cuarto se sentía lleno de un olor a cigarros, fruta podrida y vinagre. Inicé mi día con náuseas. A pesar de lo real del sueño me sentía descansado. Antes de salir de mi cuarto me pregunté ¿cómo evitar que el corazón se endurezca? Con esa pregunta en la punta de los dedos bajé a desayunar.

Desayunamos huevos revueltos y jugo de naranja. Poca conversación en la mesa, ¿el corazón de mi papá siempre había sido una piedra o fue endureciéndose con los años? ¿Cómo era para mi mamá vivir con un hombre así? Ni mi mamá ni papá podían responder a estas preguntas, Felipe quizás sí. Pero él no tenía derecho a faltarle el respeto a mi papá de esa forma, uno no puede decir eso así como así. Tenía que preguntarle por qué lo había dicho, y exigirle una disculpa. A pesar de mi coraje,

me asustaba la idea de que el endurecimiento del corazón fuera hereditario, que tarde o temprano a mí también me pasara.

Estaba seguro de que mis papás no responderían mis dudas, así que decidí volver al centro, buscar a Felipe y obligarlo a que me dijera la verdad.

Ese martes por la mañana le dije a mi mamá que iría a comer a la casa de Roberto después de la escuela. Le pedí que no fuera por mí y que me diera permiso, que yo llegaría a la casa más tarde. Sin hacer muchas preguntas, accedió.

—Te portas bien, le das las gracias a la mamá de Roberto y te vienes rápido a la casa. Máximo a las 6 aquí te quiero.

Dije que sí a todas las instrucciones. Un martes por la tarde, sin tanta gente ni ruido sería un buen día para encarar a Felipe, pensé.

Hablé con Roberto para contarle de mi plan y decirle lo que había pasado.

—Es sangrón tu papá, ¿no? Contigo, con tu mamá, con ese don.

—Eso no es importante, si te preguntan, estuve contigo.

—¿Para qué quieres buscarlo? Te vas a enojar más. Si tu papá se entera de que andas hablando con loquitos te castiga un mes, te quitan la tele, te hace lavar el carro y no te deja ni asomarte a la ventana.

Aunque Roberto tal vez tenía razón, mantuve mi plan. Felipe tenía que disculparse. De la escuela al centro iba pensando en cómo reclamarle. Era probable que se acordara de mí y de mi papá. ¿Y si me atacaba? ¿y si su forma de vengarse de mi papá era lastimarme? Tuve desconfianza de lo que el hombre pudiera hacerme. Agarré una piedra y me la guardé en el pantalón, “por si acaso,” pensé. Me paré a contra esquina del Oxxo y vi sus manos manchando el aluminio de la puerta. Estaba ahí cumpliendo su labor, igual que el domingo, igual que en mi sueño.

Crucé la calle. Sentí que mi lengua estaba seca. La piedra me quemaba el muslo derecho. Su cabello era negro con algunas canas, parecido a su barba, sus ojos eran muy grandes y oscuros. La ropa que usaba era la misma de la semana pasada y la mancha del café de mi papá comenzaba en el cuello y descendía hasta su regazo como una cicatriz. Estaba listo para exigirle que pidiera perdón. Pero cuando estuve frente a él, mis reclamos se perdieron, las palabras se me fueron de la boca. El peso y el calor de la piedra fueron disipándose.

—Perdón, perdón, yo... El otro día mi papá... No sé por qué lo hizo, pero yo, yo, quiero disculparme. Mi papá no es así, es que estaba enojado, tenía prisa.

Dije lo primero que se me ocurrió para que no pensara que también quería lastimarlo. Me sentí decepcionado porque desaproveché mi oportunidad. Tal vez no era un mal hombre y la quemadura del café no lo hizo odiarme, él no me hizo daño. Mis dificultades para hablarle me hicieron creer que había más gente como mi papá, que tal vez ese café caliente no era el primero que le habían aventado a la cara. Después de escuchar mis palabras, Felipe me miró fijamente y con una voz clara, dijo:

—Llegarás a ser un gran hombre si escuchas tu corazón.

Después de decirme esto, abandonó la puerta y comenzó a caminar a paso veloz, alejándose del Oxxo y de mí. Me quedé parado, pensando en lo que había ocurrido, tenía más dudas que al principio y él ya no estaba ahí.

Caminé por el centro pensando en lo que Felipe me dijo. Supongo que eso significaba que mi corazón no era de piedra o, si lo era, al menos mi piedra no era muda. Yo no había reflexionado en eso, ni en escuchar a mi corazón ni en ignorarlo, es más, antes de ese día no había pensado en lo que mi corazón pudiera decirme. Tampoco había pensado que el corazón de

mi papá fuera duro como una piedra. ¿Por qué Felipe sabía el nombre de mi papá? Pensé que a lo mejor se conocían de la escuela, pero era difícil saber si él y mi papá eran de la misma edad. Tal vez mi papá lo conocía de hace mucho y Felipe lo ofendió en el pasado y por eso le aventó el café, como una venganza. O tal vez estuvieron juntos en la prepa y algo entre los dos salió mal. Tal vez fueron amigos y uno de los dos traicionó al otro. Tal vez mi papá llevaba mucho tiempo con el corazón endurecido.

Las calles del centro se sentían vacías y acaloradas. Era un martes de mayo y el sol manifestaba su fuerza sobre nosotros. Había poca sombra. Bebía agua mientras caminaba, cuando vacié la botella me senté en una banca bajo la sombra de un zapote. La temperatura era agradable, igual que el murmullo de las calles que comenzaba a apagarse. La tranquilidad y la frescura del árbol me relajaron. Poco a poco, entre el cansancio y las preguntas sin respuesta, me quedé dormido. Me despertó el canto de los pájaros y la risa de dos viejos burlones. Al abrir los ojos vi el atardecer, ya no eran las 5 de la tarde. Tenía que llegar pronto a casa e inventar una buena historia para que mi mamá no hiciera preguntas.

Al llegar, la mirada acusadora de mi mamá me congeló por varios segundos. Ella se quedó callada, sabía que su silencio era suficiente para provocar miedo. Agaché la cabeza y en voz baja dije:

—Perdón, no vuelve a pasar.

—Estaba a punto de ir por ti de las greñas.

Fue lo que dijo antes de que me metiera al baño a refugiarme y a orinar. Tenía que llegar a mi cuarto para quitarme el uniforme y bañarme. Me quité la playera, una hoja seca cayó al piso. La hoja, pese a la resequedad, mantenía su forma y decidí guardarla. Saqué la piedra, era lisa y redondeada, la puse

al lado de la hoja, en mi buró, encima de mis libros, a un lado del despertador.

La espuma del champú y el jabón tapizaron mi cuerpo, pero yo no percibía los aromas a manzana canela ni a lavanda. Mi concentración estaba en Felipe. Cuando era más chico había visto hombres como él, pero no abrían las puertas ni decían frases profundas. A lo mucho, cantaban alguna canción triste y desafinada, pedían dinero. Otros simplemente caminaban, callados, hablando solos o gritando, sin ir a ningún lado.

Después de mi baño me preparé para la cena. Vendrían preguntas difíciles, regaños, tal vez amenazas, castigos. ¿Y si mi mamá había llamado a casa de Roberto? ¿Y si algún conocido de mis papás les decía que me había visto con el uniforme de la escuela dormido en una banca? Era posible que mis papás ya supieran dónde estuve toda la tarde. Me senté a la mesa, intentaba ser yo mismo, actuar naturalmente. Sólo mi mamá hizo preguntas.

—¿Te portaste bien? ¿Qué comieron? ¿Le diste las gracias a la mamá de Roberto?

—Sí, no molestamos a nadie. Nos portamos bien. Comimos caldo de pollo, le di las gracias a la señora, dije que estaba muy rico.

Terminé mi cena y fui al cuarto a hacer la tarea. Mientras repasaba la tabla de multiplicar del nueve, pensaba en por qué Felipe me había dejado solo en la esquina y en por qué no pude reclamarle. No se despidió, no miró atrás, no dio las gracias, sólo empezó a caminar. Y yo estaba ahí parado, buscando las palabras correctas. Mientras doblaba mi ropa y sacudía mi librero, me preguntaba a dónde se había ido ¿a su casa? ¿con su familia?

Cada vez que iba al centro pasaba por el Oxxo de Felipe. Sólo encontraba el marco gris de la puerta, los cristales, la gente que entraba y salía sin nadie que abriera la puerta ni les dijera

una frase que probablemente preferían no escuchar. En cada viaje entraba a la tienda y le preguntaba a la cajera por el señor que abría la puerta. Nadie lo había visto en semanas.

Después de estos intentos fallidos de buscar a Felipe, me iba a caminar. Había tantas calles de Zapotlán que no conocía. Tantos árboles, bancas y pájaros que siempre estuvieron ahí y que yo no había querido ver. Estos paseos sin destino tenían una pequeña esperanza de encontrarlo. Recorrí varias veces los 12 Oxxos, los 8 Kioskos y las 3 Farmacias Guadalajara y no lo encontré en ninguna puerta.

Con Roberto ya no podía hablar del asunto porque se burlaba de mí o se enojaba.

—No piensas en otra cosa, Alex. Ya supéralo. Seguro lo atropellaron o lo metieron a la cárcel o se murió de hambre. No lo vas a encontrar.

Yo seguí caminando, mis papás me daban permiso de vez en cuando. En uno de mis paseos me agarró la primera tormenta de agosto. Para evitar el río lodoso que atraviesa el centro, caminé hacia arriba, para el cerro. Mis zapatos negros de la escuela estaban forrados de lodo. Sentía el agua recorriéndome desde la frente hasta la punta de los dedos.

Llegué a Cristo Rey, era mi primera vez en esa colina pedregosa que conducía al centro. la tormenta llevaba un par de horas y las nubes seguían oscuras. Cuando dejó de llover supe que era momento de volver a mi casa. Caminé sin prisa, me concentraba en cómo el agua poco a poco iba dejando la tierra. El río vigoroso de hace unos minutos empezaba a desaparecer. Aunque era de noche y estaba en un lugar desconocido, no tenía frío ni miedo. Disfrutaba el paseo.

No supe a qué hora llegué a mi casa, pero ya era de noche. Mis papás me estaban esperando en la sala. Apenas me vieron, comenzaron sus ataques.

—Es que de veras eres pendejo, Alejandro. Ve nada más cómo vienes. Pareces un muerto de hambre. Un vagabundo trae los zapatos más limpios que tú.

Mi mamá no decía nada, una parte de ella estaba de acuerdo con mi papá y la otra quería secar a su hijo y prepararle un chocolate caliente. No hice caso a los reclamos, simplemente dejé mi mochila en el patio y fui a bañarme. Al entrar a la regadera pensé en lo que había visto. La gente. Las calles. La lluvia. Los perros callejeros. Las ranas. Los pájaros. La fotografía panorámica que no podía sacar de mi cabeza. No tenía ganas de dormir, quería regresar a la calle, seguir caminando. Pero el cansancio por el paseo hizo que durmiera. Esa noche soñé con la parte más alejada de los cerros de Zapotlán. Esa parte todavía boscosa, sin casas, ni gente ni bebés que lloran cuando llueve.

Desperté con la frente mojada. Era una mañana lluviosa y afuera el mundo se mojaba. ¿Qué había más allá del cerro? ¿Qué encontraría cuando no hubiera casas? Tenía que seguir caminando. Esa mañana, mientras tomaba café, mi papá me dijo que no me compraría otros zapatos para la escuela, que a ver cómo secaba mis libros y mis cuadernos.

—No te voy a dar un solo peso, cabrón, para que se te quite lo pendejo.

No discutí con él. Terminé mi desayuno, busqué una mochila que guardaba en el clóset y escogí mi ropa más cómoda. Tomé un cuaderno que tenía en mi buró y lo envolví en una bolsa de plástico amarilla.

Antes de salir de mi cuarto, vi la hoja seca que seguía entera. Observé cada rincón de mi cuarto. Mis libros, los juguetes que ya no usaba, mi ropa y mis zapatos. Las paredes azules y el techo blanco nunca me habían parecido tan aburridos. En esas cuatro paredes no había nada para mí. Salí de la casa, empecé a caminar.

¿QUÉ PENSARÁ LA VACA?

Humberto Arce Cordero

Ha de ser muy incómodo cagar parado. Nunca lo he hecho, ni siquiera lo he intentado. Hace tiempo se me ocurrió esa idea, al ver que una vaca de las de mi abuelo estaba cagando y la mierda se le embarraba en las patas poco a poco mientras caía. Pobre vaca, pensé. Pero sólo al principio, porque luego vi que estaba como si nada, rumiando todavía la alfalfa que le di hace unas horas y careando algunas moscas con el rabo. Méndiga vaca, dije después, y en eso se echó debajo del mezquite viejo que está en medio del corral. Dejé de verla un momento. Quise pensar en el calor de este día soleado, en lo fresco del agua del canal, en las ganas que tengo de bañarme desnuda en esa agua. Intenté imaginar los amaneceres nublados, esos en los que no te das cuenta por dónde va caminando el sol, en la brisa de esos días, que te baña poco a poco, que te roza la cara y te besa los labios, que te envuelve con sus brazos de humedad y de olores, de pájaros que cantan. Quise pensar en todo eso y no pude. No dejo de ver a esa vaca con la mierda embarrada entre las piernas. ¿Estará triste? me pregunté, al verla levantarse trabajosamente, como si caminar le doliera. Y eso no es todo. El lodo que se forma a partir del bebedero y que casi cubre la mitad del corral hace que sus patas se hundan, y la pobre vaca más trabajosamente camina. ¿Qué pensará la vaca?, eso es lo que me pregunto cada vez que la miro.

He vuelto al corral a darles de comer otra vez a las reses. En cuanto saqué la alfalfa y empecé a ponerla en el comedero, todos los animales se arrimaron hambrientos. Todos menos uno, la vaca de las patas embarradas. Allá está la pobre, aislada de todos, con las pezuñas cubiertas por el lodo y mirando

fijamente en dirección al atardecer. Por el rumbo aquel donde las chacuacas andan en parvada de un lado para otro, se queda como pensando en qué habrá detrás de aquellos cerros azules. Yo le hablo, le digo que se vaya que es un corral viejo, con muchas salidas y ella siempre se queda adentro. No me escucha ni puedo hacer que lo haga, y eso que todos los días es lo mismo.

Mi abuelo a veces me regaña porque les hablo a las vacas, dice que ellas no entienden nada, que nomás están para dar leche y parir becerros. Pero yo estoy segura que por lo menos una de todas esas vacas siente algo, tiene un brillo muy raro en sus ojos y siempre se la pasa mirando fijo, como si estuviera pensando, como si estuviera arrepintiéndose de algo. A veces quisiera ser vaca para saber qué piensan cuando están sin hacer nada, para ver el atardecer sin ningún temor de que oscurezca, para ver de lejos y sin entender, y vivir sin preocupaciones.

Por esta época del año se dan mucho las flores en todas las plantas y en todos los árboles, en especial los girasoles. Qué bonitos son. Siempre me han gustado, pero ahora me gustan mucho más, porque mi novio, el Remigio, me trae girasoles cada vez que viene a verme. Nadie sabe que somos novios. Él me visita a escondidas y, cuando está aquí, me dice cosas muy bonitas y me hace reír mucho. Dice que está enamorado y que un día de estos me va a robar. Pero la verdad no sé si creerle. Yo creo que él está confundido y todo lo que siente es puro cariño. Cree que me quiere, pero no es así. Lo sé desde el primer día que nos escondimos en las palmas que están junto al pozo. Empezó a ponerse muy cariñoso conmigo. Yo estaba nerviosa, pero nomás al principio. Él temblaba y como que la respiración no lo dejaba hablar. En eso empezó a tocarme y fue entonces que supe que no me quiere. Fueron muy raras sus caricias. Cerré los ojos para dejarme llevar por el cariño que le tengo a Remigio, pero sólo vino a mi mente la imagen de esas

noches en las que escucho pasos que se acercan poco a poco, más lentos de lo común. Cuando se abre despacito el pasador de la puerta como para no despertar a nadie. Y cada caricia de mi novio era igual o se parecía mucho a las de esas noches. Sólo que el Remigio no me dijo que guardara silencio, ni tampoco me decía “tranquila, puñito de estrellas”. Entonces supe que no me quiere tanto como dice. Pero no me importa, porque él me hace reír mucho, y tal vez un día de estos me llegue a querer, y entonces me tocará como yo creo que se toca cuando a una la quieren como mujer. Además, me regala unos girasoles muy bonitos.

Me acuerdo que mi papá le cortaba casi todas las mañanas girasoles a mi mamá y se los ponía en la cocina, desde entonces ya me gustaban esas flores. Ahora que los dos se fueron al norte a trabajar y me dejaron aquí con mis abuelos, corto girasoles y los pongo en la cocina. A mi abuela sí le gustan, a mi abuelo casi no. Aunque casi nada le gusta. Pero eso no le quita lo cariñoso que es. A veces siento que a mi abuela no le gusta que mi abuelo sea tan cariñoso conmigo, y me pega mucho. A veces la escucho que llora, a veces que grita, y a mi abuelo eso no le gusta y también él grita. Pero a mí nunca me grita, a mí me quiere mucho. Yo mejor no me meto en problemas y trato siempre de poner girasoles en la mesa de la cocina y después irme a trabajar con las vacas.

Esos girasoles que no duran mucho, porque siempre me da por quitarles sus pétalos en el juego interminable del “me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere”. Poco a poco voy desarmando el girasol, pienso en la noche aquella. Aquella noche donde me adueñé de este vicio interminable de destruir girasoles, con esa ansia que me hace llorar poco a poco mientras me pregunto “me quiere, no me quiere, me quiere”. Y cuando el último pétalo cae, lloro y cuando lloro ya va a

ser noche y otra vez escucharé “tranquila, puñito de estrellas”. Mientras yo cierro los ojos y pienso en mi vaca de las patas embarradas, y quisiera ser ella, para no mortificarme tanto en estas cosas, para ver el atardecer por el rumbo aquel donde las chacuacas andan en parvada, para no descuartizar girasoles. Pero no puedo.

UN MARTES COMO SI RARO

Samantha Carolina Torres Hernández

Gaby se sujeta de mí. Con su manita siempre se aferra a mi camisa, mochila o suéter, cualquier cosa que esté al alcance de mi cintura. Cuidar a Gaby es *mi responsabilidad*, ella lo repite todos los días, y cada que pregunto “¿Por qué?” ella dice. “Yo tengo a Lorena, es más pesado para ti cargar a una bebé que cuidar a una niña de dos años.” Y después del segundo “Pero, por qué” me grita molesta, “Porque soy tu madre y listo.”

Así, con Gaby sujetada como chinche a mi suéter recojo los jitomates del suelo. Hoy es martes. Y, como todos los martes, esperamos a que el tianguis se quite para poder juntar lo que para nosotros pudiera ser la comida o cena. En ocasiones no tenemos suerte, otras tantas parece que es navidad. Navidad con platanitos pecosos que encontramos.

Pero, este martes es diferente. Yo siento que es distinto, como *triste*, como *cansado*, como todo lo *feo*, como todo lo *malo*. Como *niña malcriada*, cuando siento que mis piernas ya no pueden caminar a su paso, nomás para llegar a tiempo a la misa donde reparten comida, como si fuera *una inconsciente ¿qué no ves que sola ya no puedo? Sólo tienes que pedir dinero y ya. No es algo imposible de entender.* Como si *¿de plano no sabes que no hay tiempo de jugar? Ya no eres una niña.* Como si raro.

Volteo a verla; trae a Lorena en un brazo y con la otra mano se lleva un pedazo de melón sucio para limpiarlo con la ropa y luego echarlo a la bolsa. Pienso en que ya no quiero, pienso en que ahorita no hace frío, pero, en la noche no nos va a alcanzar la cobija que traigo en la mochila para todas. Pienso en que me duele el cuerpo.

Quiero soltar a Gaby y decirle que corra hasta que ella no pueda alcanzarla, para que sea libre, quiero decirle: *No. Ya no quiero; quiero dormir en mi cama otra vez.* Quiero decirle que no puedo ser mamá como ella. Que una mamá no hace estas cosas porque, las cosas de mamá son difíciles, porque yo quiero abrazar a *Momo* y quedarme en el piso sin hacer nada, aunque sea de *niñas malcriadas*. Quiero dejar de comer jitomates que huelen feo o que *“están poquito llenos de tierra, nomás límpialos.”* Pero no puedo. No puedo hacerlo porque Gaby no corre tan recio y *Momo* se quedó en la *casa* que ya no es la *casa*. No puedo *porque “soy tonta y no sé lo que digo.”*

Solo puedo seguir recogiendo estos cochinos pedazos de fruta ruñidos para que no me duela la cabeza otra vez. Para que no se enoje conmigo y que Gaby pueda crecer bonita y chinita. Sólo puedo seguir volteando para abajo a ver si a alguien se le olvidó recoger su mandado, para que nos toque una comida o cena rica. Solo puedo seguir siendo esto que no es una niña, pero tampoco es una adulta porque no sabe lo que está diciendo y que *cuando crezca por fin lo entenderá.*

GATOS EN LA AZOTEA

Aurelio del Toro

—¿No oyes llorar a mi bebé?

—Tranquila, Lucrecia, son los gatos —le dice María desde su celda.

—¿Qué no oyes cómo llora mi niña?

—¡Ya cállate y duérmete, y deja dormir! —le grita—, aunque Lucrecia no duerme —dice ahora dirigiéndose a su compañera de celda—, no desde que llegó al reclusorio. Los gatos son los únicos animales con la libertad de entrar y salir a su antojo de esta prisión, se pavonean por la azotea e inundan la noche con sus chillidos; y Lucrecia se va volviendo más loca. No es la única, muchas cargan a sus demonios y también escuchan el llanto inconsolable de algún niño que dejaron afuera en el mundo, de los vivos o de los muertos, no hay diferencia. No las culpo; no sé cómo estaría yo en su lugar. Lo único que sí me jode la vida es que no me dejen dormir, ya de por sí nos hacen madrugar bastante. La mayoría de nosotras no deberíamos estar aquí, tú crees que todas somos criminales, crees que Lucrecia es capaz de hacerle daño a alguien, si es la persona más dulce que conozco; eso sí, ya no encaja en el mundo, estoy segura. Ella tampoco es de la ciudad, se vino de su pueblo para buscar trabajo, igual que tú y que yo; la misma historia de todas. La ciudad es mala, Justina, y malea a una. No importa qué tan buena seas, ni cuánto te esfuerces en hacer el bien, la ciudad siempre te mastica y te escupe y te hace conocer la miseria; no hablo de la miseria económica, sino de la humana.

—¡Ay, mi niña!

—¡Ya cállate, Lucrecia! —grita María—, esta mujer que no se calla —le dice a Cristina—; por culpa de esos pinches ga-

tos escandalosos. Al principio que me vine a la ciudad hacía la luchita de vender mis artesanías, pero me estaba muriendo de hambre. Me dieron trabajo en una casota, de lo único que puede hacer una mujer sin escuela como nosotras: de chacha. Mis patrones eran buena gente, una pareja de recién casados. Pronto me agarraron confianza y cariño. La mera verdad no me podía quejar, no ganaba tantísimos billetes, pero me alcanzaba para no preocuparme del hambre ni de la enfermedad. Los años pasaron y la joven pareja se dio cuenta de que algo no iba bien; por más que habían intentado encargarse de un bebé, ella no quedaba embarazada. Probaron un montón de tratamientos médicos muy caros, sin ningún resultado.

—¡Mi niña, por qué lloras!

—¡Que ya te calles, vieja local!

—¡No estoy local!, ¿no escuchas cómo llora mi bebé?

—¡Te digo que son los gatos! Lo bueno que tú eres muda, Cristina, y no andas gritando estupideces en la madrugada. Que qué pasó con mis patrones. Quién crees que les ayudó; pues yo merita. Conozco remedios para muchos males, aprendí herbolaria con la curandera de mi pueblo. La naturaleza tiene las mejores medicinas. Yo le di a mi patrona tes, infusiones, masajes y limpiezas que activaron su fertilidad; y un buen día el milagro sucedió. Pronto llegó una bebida a bendecir aquel hogar. La llamaron Fernanda. Nació sana y fuerte. Yo la cargué con estas manos. Que por qué nunca me quito los guantes. Porque mis manos son monstruosas, Cristina. Tengo cicatrices de quemaduras hasta los codos. Es una maldición, una marca que llevaré a la tumba, para que no me olvide de mis pecados. No creas que los maullidos no se me figuran al llanto de un bebé, pero soy fuerte de mente, Cristina, si no, ya estuviera como Lucrecia. Cuando veo mis manos me acuerdo de mi pequeña. Yo

era su nana, le cambiaba el pañal, la arrullaba, le daba biberón, nomás me faltó amamantarla.

—¡Ya no llores, mi niña! ¿Por qué me atormentas?

—¡Son los gatos, Lucrecia, los gatos!

—¡Ay, mi bebita!

—¡Que ya te cayes, con una ching...! Ay esta vieja loca. De todas formas casi nunca duermo, no en paz. Me gustaba llegar por carnitas los domingos de regreso del mercado. Casi siempre su mamá cuidaba de Fernanda mientras yo iba por el mandado. Algunas veces, cuando la señora estaba ocupada, o yo sólo iba por poquitas cosas, la llevaba conmigo, en su carriola, en brazos, o envuelta en mi rebozo; me gustaba llevarla así, era más seguro, y fácil; me quedaban las manos libres. Además, mi niña era bien portadita, pero ese día estaba muy inquieta. Cuando veníamos de regreso me detuve a saludar a don Chema, el de las carnitas. “Llegó justo a la hora, están en su mero punto, escójale”, me dijo. “Se ve que sí, don Chema, huelen bien rico”, le dije aspirando hondo, y me asomé al cazo. Vi cómo burbujeaba. Ya me las saboreaba con una salsa de tomate y tortillas. Me estaba enderezando cuando sentí que se me salía el alma. A mi niña se le ocurrió darse la vuelta, casi como si ya lo tuviera planeado. Los bebés saben cuando sólo vienen de pasada, creo que sus almas se ponen de acuerdo antes de nacer, desde el más allá. Tú crees que van a estar penando por el mundo, si ellos son criaturitas de luz, no saben de la maldad. Acababa de cumplir cinco meses la pobrecita. Todo pasó en menos de un segundo. Ni siquiera sentí la lumbre en mis brazos, sino hasta después. Todavía me arden a veces. Mi niña Fernanda no alcanzó a llorar, nomás lanzó un chillido que se apagó al instante, parecido al maullido de estos gatos del demonio.

BLANCO COMO PORCELANA

Hiram Ruvalcaba

Le advirtieron que habían repartido el esqueleto de Lucía entre varios departamentos de la Escuela de Medicina. Que, aunque se había hecho lo posible para completarlo, la premura de la solicitud, el consecuente papeleo y otras incomodidades burocráticas terminaron por entorpecer el proceso. Por lo tanto, don José tendría que acompañar al Dr. Hernández, asistente personal del Director, hasta el edificio de Traumatología, para recolectar las pocas piezas que faltaban.

—Una lástima, lo de... ¿Camila, me dijo? Aquí le decíamos Paquito; lo bautizó un estudiante y el nombre se le quedó. Muy pegajoso, ¿no? Lo vamos a extrañar mucho, era un espécimen en verdad fascinante: huesitos blancos como porcelana, un cráneo de una redondez notable —Hernández avanzaba con holgura. En su mano cargaba una carpeta con la lista de los huesos que faltaban por recolectar. Tratando de suavizar la situación, hablaba sobre el prestigio de la Escuela, los médicos famosos que habían egresado de ahí, los laboratorios de primer mundo. Cosas que don José no lograba entender plenamente. Él, en cambio, iba arrastrando los pies y sentía un poco de dolor en la espalda por los días que llevaba sin descansar. A veces miraba de reojo por los pasillos de la universidad, nervioso, como si tuviera vergüenza de que alguien lo reconociera.

Piezas: así las habían llamado. Sintió en su mano derecha el peso de la mochila que le entregaron en la oficina del Director. Producía sonidos sólidos cuando caminaba. Cloc cloc cloc cloc. Cuando entregó los documentos para recuperar a su hija, el Director frunció el ceño: “¡esto sí que fue el colmo!”, fue todo lo que le dijo a él, al padre que se hacía pequeño bajo

aquellos muros blancos. El resto fueron instrucciones gritadas a la secretaria para que trajeran todos los huesos que habían alcanzado a recoger.

No faltaban muchos: de las doscientas seis piezas que compondrían el esqueleto que una vez fue su hija, la mochilita negra con el sello universitario ya cargaba la mayoría. Faltaba poco para terminar de armarla y eso, por todo el cansancio que había acumulado durante los meses de búsqueda, lo aliviaba un poco.

—Lucía —dijo por fin, cambiándose la mochila de mano—
... Su nombre era...

—Mi padre siempre quiso que yo estudiara osteopatía, ¿sabe? —dijo Hernández, que no lo había escuchado—. Y aunque al principio me rebelé contra la idea, ahora le agradezco que eligiera este camino para mí. Cuando yo era estudiante, las cosas eran muy distintas. Ahora, si viera los cuerpos que nos provee el SEMEFO, es tan difícil encontrar uno como el de Paquito —suspiró, sus ojos navegaron en la memoria—. Son los tiempos que corren. Cuando logramos hacernos de uno (a veces por medios no tan... éticos, dirían algunos), lo celebramos en grande, y lo aprovechamos para todas las prácticas posibles.

Don José se estremeció, pero su gesto fue tan breve que Hernández no se dio cuenta. Se preguntó si Lucía habría visitado en algún momento aquella universidad, pero no era muy probable. No le hubiera dado tiempo porque se había ido a Tlayolan para trabajar.

—Yo participé en la preparación del cuerpo, ¿sabe? Desde cortarle el cabello, hasta repartir los órganos en bandejas. Retirar la carne es lo más difícil, en mi opinión. Hay que ser paciente, porque toma tiempo... —don José miraba los zapatos blancos de Hernández, tratando de pensar en otra cosa,

incapaz de hablar. Hacía tiempo que él y su mujer habían dejado de hablar, como si el mundo sin la hija hubiera engullido sus palabras— y luego los echamos en cal viva para separar los tendones y los restos de piel del hueso. Después los dejamos reposar y, cuando se requiere, se hacen pequeños orificios para unir todo el esqueleto con alambre, aunque en este caso... ¡Vaya, qué rápido llegamos! Por aquí, por aquí. Pase por favor.

Entraron a un edificio muy alto lleno de ventanas pálidas. A pesar de la iluminación, la luz del interior se veía inquietante, hosca. Don José corría detrás del médico que lo adelantaba con sus largas zancadas de flamenco. A su alrededor pululaban jóvenes vestidos de blanco, disolviéndose en las paredes o en las puertas también blancas del edificio. Sus batas les daban el aspecto regio de los cisnes, también el de las gallinas cacareando de un lado para otro.

—Aquí en Traumatología se realizan operaciones de todo tipo. Los estudiantes tienen acceso a los mejores instrumentos y hacemos siempre lo posible por procurarles especímenes en buenas condiciones, algo que no cualquier escuela puede proveer. Sin duda alguna, la mejor opción para estudiar medicina, ¿no le parece?

—No sabría decirle, doctor. La verdad yo no estudié más que la primaria.

Hernández le dio una palmada y se rio, como si hubiera escuchado un chiste. Con paso siempre veloz, lo condujo a través de un largo pasillo hasta una oficina también blanca, ocupada por una gallina atareada.

—Dr. Mendoza, ¡qué gusto verlo! —dijo Hernández, sonriendo con media boca. El colega lo saludó sin levantarse del lugar. Por su rostro, don José tuvo claro que no le agradaban las visitas.

—Así que es cierto —dijo Mendoza, repasando a don José un par de veces, como auscultándolo—. Cuando me dijeron que tendríamos que separarnos de Paquito, quise pensar que era un rumor.

—Pues ahora lo ve, Dr., resulta que Paquito era la hija de don José, aquí presente.

—Lucí...

—Y trae el oficio de requisición, supongo, para asegurarnos que se trata de la misma persona que usted busca —dijo el colega, mirando a don José con severidad y extendiendo una mano pulcra y visiblemente suave.

Don José metió la mano en su morral, sacó una carpeta y rebuscó entre los papeles unos segundos. Luego extendió un documento que el otro leyó con calma.

—¿El acta de SEMEFO? ¿El parte del médico forense? ¿La firma del Director? ¿El visto bueno del hospital universitario? ¿La autorización del ministerio público?

A cada nuevo documento nombrado, don José extraía un papel de su carpeta. El escritorio de Mendoza quedó cubierto por una fina capa de actas selladas.

—Todo está en orden, Dr., como usted podrá notar —intervino Hernández, cambiando su expresión, un poco decaído.

—Me lleva el carajo, Dr. —intervino Mendoza—, con lo difícil que es encontrar un cuerpo como el de Paquito.

El otro inclinó la cabeza y señaló socarronamente a don José, como si dijera: “lo mismo le dije yo”.

—Y estando los estudiantes tan encariñados, Dr., lo difícil que será la separación para algunos.

—Se acostumbran a ver siempre el mismo cuerpo —dijo, dirigiéndose a don José—. Les da tranquilidad.

—Eso lo sabe usted porque es un buen doctor, Dr.

—Es una lástima, en verdad. Comprenderá que esto supone un problema para nosotros. Es una situación irregular, s u m a m e n t e irregular —Mendoza se llevó la mano derecha a la barba—. Después de todo, seguimos el procedimiento adecuado para la adquisición del cadáver. También esperamos el tiempo suficiente para que alguien lo reclamara. No se imagina el papeleo que requiere este trámite, s e ñ o r. Y todo por el bien de la educación. Si fuera mi cuerpo, yo permitiría que se quedara en esta escuela: ¡qué mejor manera de aprovechar la vida después de la vida, que entregándose a la ciencia! ¿No lo cree así, Dr.?

—Sin duda alguna.

—Una lástima —bajando la cabeza, meciéndola suavemente—. Una...

Lástima.

Don José no dijo nada. Aunque se sentía apenado por los inconvenientes, no dudaba de sus motivos: tenía que sepultar en sagrado a Lucía. Pero no hallaba cómo explicarse: los meses de búsqueda, sin saber nada de su hija, ni siquiera una dirección; las trabas de las autoridades cuando por fin le dieron razón de ella, la visita al SEMEFO, la llamada a casa cuando le dijeron que sí, que era su cuerpo, el rastro hasta la universidad. Las palabras se le hacían remolino en la lengua como si su boca fuera un hormiguero. Mendoza siguió quejándose, pero don José trató de ocultar el disgusto que desde hacía unos minutos estaba sintiendo. Afuera de la oficina escuchaba el cuchicheo de un poco más de treinta estudiantes o profesores que iban y venían, probablemente hablando sobre él. Al verlos pensó en Lucía correteando a los pollos cuando era pequeña.

Una flor de hielo se instaló en su corazón.

—Perdóneme. No era mi intención... —dijo al fin, masticando otras palabras.

Mendoza, cruzado de brazos, asintió.

—“No era su intención”. No era su intención, dice —resignado, golpeteaba su escritorio con los dedos—. Entiendo. Debe usted entender también la gravedad del asunto de Paquito. Si llegara a ver la luz...

—Sería un terrible golpe en nuestra credibilidad.

—¿Puedo...?

—Impensable, las arpias de los diarios se darían un festín con nosotros, Dr.

—Sería un impacto para el estatus de la institución.

—Perdón, ¿puedo...?

—Perderíamos la confianza de los miembros de la comunidad.

—Los estudiantes correrían a otras escuelas en parvada.

—¡Quiero ver a mi hijo! —dijo, avergonzado por la dureza de su voz.

Los doctores lo miraron como si fuera un bicho raro. Mendoza asintió, un poco afectado. Se paró, fue hasta uno de los anaqueles de su oficina y lo abrió. Extrajo de ahí una caja que cloqueaba rítmicamente. La colocó en el escritorio para que don José la examinara. Ahí estaba el cráneo de Lucía, y otros huesos indistinguibles para él. Todos se veían pulcros, blancos. Y delgados, acordes al cuerpo que tenía ella el día que se separó de la familia.

Se estremeció. Oprimió el cartón con sus dedos llenos de callos. Sus ojos miraban el suelo. Hernández se asomó por encima de su hombro.

—Nosotros trajimos a Paquito a la escuela, ¿sabe? —dijo, en su voz se distinguía un poco de orgullo, casi un tono de complicidad—. Vaya que recuerdo el día. ¿Usted, Dr.? El reporte del SEMEFO parecía sacado de un western. “Herida múltiple de bala”. Impactos en el pecho y en el estómago, des-

anagramiento. Lo encontraron en una cuneta en la carretera a Guadalajara. Tendría apenas unas horas de fallecido. Un caso lamentable, aunque común a nuestros tiempos.

—Creímos que estaría en malas condiciones para la institución, pero, exceptuando algunos órganos, su estado era casi óptimo. Con seis impactos de bala, ¡un golpe de suerte! Está en tan buen estado que no me extraña que quiera llevárselo —dijo Mendoza, lastimero.

“Dios mío”, pensó don José, “en dónde te fuiste a meter, Lucy. ¿Cómo se lo digo a tu madre?”. Carraspeó. Cuando dejaron de tener noticias de su hija, había supuesto que algo andaba mal. Pasado un mes, incluso, se prometió que estaría listo para lo peor. Pero seis impactos de bala. ¿Qué tiene que hacer una muchacha de 19 años para ganarse seis balazos?

—Diversos signos de violencia, Dr.

—Marcas de presión en cuello y manos, Dr.

—Hematomas en los glúteos, Dr.

—Signos de penetración *post mortem*, Dr.

Sintió que sus piernas flaquearon. Pensó en el día en que Lucía había tomado el camión a Tlayolan: se despidió de los padres prometiendo que volvería pronto. Cuando los abrazó, les pidió medio en broma que no la dejaran irse.

Hernández revisó de nueva cuenta la lista que llevaba. Asintió varias veces con gesto satisfecho.

—Cráneo, vértebras, dedos, un fémur... bien bien. Veo que tenemos todo lo que necesitamos aquí, ¿no es cierto? —don José no respondió. En un movimiento lento, calculado, abrió su mochilita y empezó a trasladar, uno a uno, los huesos que había en la caja. Acarició el cráneo con las yemas de sus dedos. Se detuvo. Lo contempló un instante.

—Perdón... —don José escuchó cómo se le quebraba la voz. Respiró profundamente, tratando de controlarse—. Per-

dón pero, ¿qué le pasó a la cabeza de mi hija? Es que casi no tiene dientes.

Mendoza se escandalizó. Murmurando impropiedades, se levantó de golpe de su escritorio y avanzó hasta el lugar donde estaba don José. Tenía la cara roja.

—Esos irresponsables, ¡sólo eso nos faltaba!

—¿Qué pasa, Dr.? ¿Algo le molesta?

—Esos alumnitos del club de teatro. Tomaron el cráneo para presentar una obra y de seguro se les cayó en los ensayos o en la presentación. Pobre Paquito —Mendoza tomó el cráneo y empezó a acariciarlo con lamentación—, tanto que te habíamos cuidado.

—Debe haber algo que podamos hacer.

El otro lo miró, asintiendo.

—Usted disculpará lo de los dientes. Suele pasar por aquí, —siguió Hernández—; no es algo que afecte mucho el espécimen, y por eso no le damos gran importancia. Además, es tan raro que vengan a reclamar osamentas. ¿No es así, Dr. Mendoza?

El otro asintió.

—Supongo —dijo Mendoza, con un tono de orgullo— supongo que podríamos sustituir sus dientes con piezas de cerámica.

—Podríamos llamar a nuestros colegas de Odontología.

—Alguna prótesis que se adecúe a...

—Así está bien, así está bien ya —don José tomó el cráneo y lo dejó a un costado del escritorio. Después empezó a acomodar el resto de los huesos en la mochila, tratando de deshacer el nudo en su garganta.

Cuando iba a tomar el fémur, Hernández lo detuvo. Luego, con delicadeza, levantó el hueso de la mesa y lo contempló por un momento. Su rostro se ensombreció.

—Dr. Mendoza, ¿no le parece que éste es demasiado largo? —introdujo la mano en la mochila y extrajo el otro fémur. Los colocó en la mesa el uno junto al otro.

No coincidían.

—¿Qué dice? ¡Debe haber un error! —exclamó Mendoza, que tomó ambos huesos y los comparó a contraluz, como si la oscuridad de su oficina les estuviera gastando una broma.

Pero la diferencia era evidente. El nuevo fémur era al menos un par de centímetros más largo que el que habían entregado en dirección. Más grueso, además. “¡Me lleva!”. Apresurado, Mendoza se precipitó sobre el anaquel de donde había sacado la caja. Durante varios minutos, los dos hombres lo observaron abriendo cajones, cerrándolos, volviéndolos a abrir. En un momento dado introdujo el brazo completo en ellos, como un mago tratando de sacar un conejo de la oscuridad. Sin éxito.

Finalmente, rendido, volvió a su lado. No había encontrado nada.

—No tengo idea... yo, le juro Dr. Hernández que hice todo al pie de la letra. Aquí tiene los oficios... yo... —abrió un cajón de su escritorio y extrajo una carpeta, la depositó lastimeramente frente a los dos— no sé qué pasó... ¿Qué podemos hacer?

Por primera vez en la tarde, Hernández se quedó callado. “denos un momento, por favor, don José”, dijo, y se alejó unos cuantos pasos para hablar con Mendoza. Cuchichearon un rato. Durante la conversación, ambos doctores miraban a su alrededor y, de vez en cuando, torciendo el gesto, hacia don José. “No, no podríamos”, musitaba uno, “Quizás si estuviera dispuesto a”, respondía el otro. “Y si volviera luego”. “Se lo podemos mandar por paquetería”. Hernández repasó los documentos que Mendoza le había extendido

Entretanto, don José había recogido los dos huesos y los había alzado a la altura de sus ojos. Cansado, depositó la mochila frente al escritorio y se sentó frente a ella. Apretó la base de su nariz con los dedos. Sintió que sus ojos se humedecían. ¿Cuándo sería la misa? ¿Qué pensaría la mujer cuando lo viera llegando con una mochila?

Tomó por segunda vez el cráneo y lo examinó con calma. Su blancura era desconcertante. Su redondez lo hacía traer memorias muy viejas y queridas. Pegó sus labios en la frente y lo besó en silencio. “Mi niña”, dijo, casi a punto de derrumbarse.

—Debe de ser el fémur de Isabel, el muchachito que nos llegó en diciembre. No tengo idea de cómo se intercambiaron —Mendoza se acercó con gesto amigable. Hernández repasó por décima vez los documentos. Se llevó la mano a la barbilla. Se rascaba.

—Es una situación muy vergonzosa, ¿no lo cree? —Hernández puso la mano en el hombro del campesino y lo oprimió con complicidad—. Podríamos hacer un par de cosas, porque la celeridad del proceso nos ha tomado desprevenidos.

—Podría dejarnos los dos huesos, en lo que encontramos el que completa a Paquito.

—Podría esperar en Tlayolan un par de días, hasta que le notifiquemos que puede pasar por él. El auténtico, quiero decir.

—Aunque, por experiencia, le diré que difícilmente lo vamos a encontrar pronto... si es que llegáramos a encontrarlo.

—Lo que nos lleva a la otra posibilidad.

—Podría llevarse estos dos: después de todo sería lamentable que no fuera capaz de armarlo. Con lo bonito que se ve cuando está montado.

Cuando dijo esto, Mendoza extendió los dos huesos como si estuviera deshaciéndose de una estafeta. Al mirarlos, don José se imaginó a su hija, llegando al cielo hecha pedazos. Los

doctores blandían una sonrisa nerviosa. Pero no dijeron más. Sintió que su cabeza empezaba a calentarse. Apretó los dientes.

Sin decir palabra, tomó ambos huesos y los guardó. Quiso meter también el cráneo, pero la mochila ya no cerraba. Espiró con fuerza, lo acomodó en su brazo derecho y salió sin despedirse. “Lucía. ¡Se llamaba Lucía!”, alcanzó a decirles, pero ellos se entablaron en un nuevo cacareo sobre el destino de Isabel y ya no lo escucharon. Don José apretó el cráneo contra su torso, lo detuvo así unos segundos y salió del lugar. La escuela de medicina se abría frente a él, pero ya no le parecía amenazante. La sensación era de hastío: la claridad de los edificios lo desesperaba. Pensó en su hija, en el camino a casa, en el entierro que tenían programado.

Al salir del edificio, sintió cómo el sol se pegaba en su rostro con encono. Avanzó rápidamente. Los estudiantes pasaban junto a él como una parvada de palomas. A su paso, los huesos hacían cloc cloc cloc cloc y, en su mano derecha, el cráneo chimuelo de Lucía parecía sonreírle a la gente que se cruzaba con ellos.

LA ESPERA

Milton Iván Peralta

I

Cae de la cama. Gateando intenta llegar a la cocina. Siente mariposas revoloteando en su estómago. Poco a poco intenta enderezarse. Después de mucho tiempo lo logra. Los aleteos continúan. Exhala en sus manos y piensa “esto me sucede sólo en octubre”. Por fin logra llegar a la cocina, para tomar algo que calme al animal que trae en sus intestinos. Siente remolinos fríos en su cuerpo.

En la cocina, recuerda que se encuentra solo. Se recarga en el fregador. Calienta café, a pesar de tenerlo prohibido. Raspa el tarro del azúcar, logra sacar media cucharada. Intenta vaciar el agua caliente, pero un feroz retortijón le hace caer y vuelve a vomitar. El café se mezcla con la sangre. Gateando, intenta llegar al baño, afuera explotan los cohetes avisando el inicio de la feria.

Con los ojos llorosos vuelve a soltar ese asqueroso líquido de vida, escapan coágulos revueltos con babas. “Esto me pasa sólo en octubre”, cavila mientras intenta meter la cabeza dentro del escusado.

II

Le gusta pasar largas horas viendo su reflejo en la laguna, le parece ver el inexplicable espectáculo que ha sido su vida. Los lunes espera en la estación el autobús con el correo, ahí se puede encontrar la esperanza de que llegue la carta tan deseada, era lo único en su vida sin llegar. La muerte fue algo que no debió aparecer, pero se hizo presente. La brisa diaria de octubre provoca que la gente espere el correo bajo el paraguas, el médico

del pueblo es uno más entre ellos. Gabriel se sentó a esperar lo que nunca llega, la carta de su hijo con la confirmación de que no murió al intentar cruzar la frontera.

III

Gabriel camina entre la multitud que sigue a las imágenes de san José, la virgen María y el niño; ya les perdió la fe.

Llegar a casa le recuerda a su esposa muerta, “la ilusión de esperar la carta de nuestro hijo”, ver los espacios vacíos donde algún día hubo muebles, sólo queda colgado en la pared el inservible reloj.

Recostado en la hamaca, imagina a su esposa en la cocina, con sus problemas de asma o platicando con su hijo. Se dirige a la mesa a observar el milagro de la multiplicación de los panes, ya que Salma —la novia de su vástago— lleva comida para ambos; ella trabaja como mesera y el poco dinero que gana es para ellos.

Gabriel cogió el pan, lo levantó hasta la altura de sus ojos, lo trozó y comió un pedazo. Siguió revisando la bolsa, donde encontró frijol, café, arroz, algunas cosas para sobrevivir hasta la próxima semana. “Para qué comer, si al rato será expulsado. Qué desperdicio”. Se recuesta en su hamaca, el frío y la lluvia lo sumen en un profundo sueño.

IV

En las tardes, Gabriel sale a pasear al jardín, en este tiempo lleno de gente, de olores, de comida y juegos. Las calles enlodadas se vuelven difíciles de pasar, aun así, las personas dan la vuelta. Odia que alimenten a las palomas “parásitos que viven del desperdicio de uno”.

Los lunes es lo mismo, ir a la central a esperar el autobús con el correo. Seguir al que lleva las cartas hasta la oficina. Esperar horas, para qué preguntar, le dirán lo de siempre: nada.

El resto de la semana es intentar sobrevivir, algo que al parecer su hijo no aprendió.

Gabriel, visita la cantina para ver beber a los amigos de su difunto. Salma, en algunas ocasiones, le acerca botana y una cerveza, después ella los pagará con las propinas.

En la cantina escucha la misma historia contada por los mismos ebrios. En su gran aventura cruzando el río cuando los sorprendió una lluvia de balas. Uno asegura que Salvador —el hijo de Gabriel— lo sacó a él herido, pero que la migra los agarró y fueron separados. Otro afirma que Salvador fue lesionado y que la corriente se lo llevó. El último dice que no le pasó nada, que se fue porque no deseaba saber del pueblo y es muy feliz en el norte, incluso han discutido sobre el abandono en el que tiene a su padre.

Gabriel, recuerda cómo antes soltaba una lágrima dentro del tarro de cerveza con esa historia, pero ya no. Como siempre, al cambio de plástica se va.

De repente siente que su estómago va a hacer erupción, un líquido ardiente sube intentando salir por su boca. Gabriel se detiene en una pared. De su garganta sale lava, le mancha su traje que algún día fue blanco. Cae de rodillas en un charco, expulsa más líquido rojizo que se mezcla con el lodo. Vomita y siente que la vida se le va por la boca. Se tranquiliza un momento, siente haber hecho un esfuerzo descomunal. Como puede, Gabriel se levanta y, dando tumbos, intenta llegar a casa.

V

Sentado en la cama, Gabriel pretende taparse la cara con las manos para no llorar, Salma lo abraza “Quién se acordará de nosotros”, reniega con poco aliento.

—Gabriel, mañana será lunes, tal vez ahora sí llegue la carta.

—Se necesita tener esa paciencia de buey que tengo, para esperar una carta durante siete años, que nunca llegará.

Gabriel, camina al baño y expele lo poco que le queda de vida, Salma se inclina a su lado y le soba la espalda. Más débil, intenta resistir los aleteos en su estómago. Se queda en los brazos de Salma. Afuera, los cohetes y la lluvia son el paisaje del fin de las fiestas de octubre.

EL AÑO MÁS CALIENTE

(Fragmento de novela)

Isaac Álvarez

Está afuera de una reja ladeada pegándole al portón con una piedra. Alguien le grita por una ventana abierta y tira la piedra y entra hasta la casa. Mete la mano por la hoja de la ventana y jala el pasador para entrar. La barda de la propiedad bajaba hasta el antiguo río seco. Era un terreno pedregoso y había un batidero de piedras amontonadas en el lecho muerto que habían quitado del solar posterior a la finca cuando araron. Hacía dos años que no sembraban.

—Slijuala Xanuc —dijo un viejo sudoroso y con un ventilador en la cara cuando Ernesto entró.

—Viejo loco —respondió Ernesto.

—No porque me digas viejo loco te vas a hacer más pálido, si eso es lo que quieres.

Ernesto se quedó de pie con la espalda contra la puerta. Lo primero que lo recibió al entrar fue la cama con rueditas a mitad de la sala. El hombre sobre ella estaba muy viejo, parecía pegado al colchón y sus piernas estaban amputadas por encima de las rodillas.

—¿Cómo sigues? —dijo Ernesto.

—No muy bien, aunque tampoco muy mal.

—¿Todavía te duelen las piernas? —Ernesto levantó una mano y apuntó a los muñones.

—Me dolerían si las tuviera.

—Cierto. Oí que hay personas que luego de perder una pierna todavía la sienten.

—¿Y a ti cuántas veces te han mochado una pierna pa' que sepas? —respondió el que estaba en cama—. Siéntate ¿Quieres

algo de beber? Tengo coca y creo que también agua fría, ve en el refri.

—Agua está bien.

—Tendrás que ir tú. Mejor ve antes que te sientes.

La sala y la cocina eran un mismo cuarto largo sembrado en bolsas de plástico y cajas grandes de cartón y cajas pequeñas con pastillas. Olía a humedad.

—¿A ti qué te sirvo? —dijo Ernesto abriendo el refri.

—Dame la coca.

—¿Y los vasos?

El viejo sin piernas dijo que en la botella estaba bien. Ernesto le dio el envase de dos litros de coca-cola y se lo pegó como becerro. Ernesto bebió agua en la botella y tomó asiento.

—¿Cómo va la diabetes? —preguntó el visitante.

—Ahi va.

—¿Tu doctor sabe? —dijo Ernesto mirando el envase de refresco.

—Esta cosa no va a parar ya. Nos vamos a ir juntos —hizo una pausa—. Tenías mucho sin venir, Slijuala Xanuc. Tu vida de blanco no te deja tiempo para visitar a los amigos.

—¿Mi vida de blanco? Tragas refresco como gringo.

—Ahora es nuestro balché.

—No creo que tu balché te esté purificando.

—La Liebre vino a verme —comenzó el que estaba en cama—, me dijo que no querías venir. Que tenías miedo. Tenías mucho sin venir.

—Cuando hacen chicharrón de gente no te queda mucho tiempo pa' visitar a los amigos.

—Pretextos.

El viejo en cama le contó que los muchachos habían encontrado nuevas piezas la última vez que se propusieron arar. Las tenía en un frutero y se las mostró: un montón de figurillas

de barro cocido. Caras morenas partidas por mitad, puntas de flechas talladas en piedra.

—Cuando aún podía caminar hallé restos —dijo el viejo sin piernas—. Tal parece que parte del pueblo está sobre un cementerio indio, a lo mejor todo. No entiendo porqué tendrían que asentarse aquí.

—Ni yo.

—Y luego por qué no vienes si te ando aburriendo con cuentos de indios.

—No me aburres, pero ahorita me apuran más los vivos —dijo Ernesto. Sobaba inconscientemente su mano derecha.

—Los vivos. ¿Qué hicieron los vivos?

—Sorprenderme. Cuando... me vine de Oaxaca todo esto era diferente. Como quien dice, pues, el pueblo ha perdido brillo desde entonces.

—Salimos de nuestras casas pensando que acá sería mejor. Me pasó cuando salí de Chiapas, es normal, a todos nos pasa.

—No es normal que esta gente llegara a tanto.

—¿Y qué piensas?

—Que vine de allá buscando un cambio, pero ora, las cosas cambiaron demasiado.

—No —respondió el que estaba en cama, apagó el ventilador y dejó la botella de refresco en el suelo—, cambiamos nosotros. Cambio; esos son delirios, codicia. Viniste a abrir un gran negocio, a ganar dinero, a blanquearte la cara.

—Vine queriendo sobrevivir. Supongo que esta gente es lo que quiere, por eso hace lo que hace.

—Sobrevivir es codicioso.

—Se te ha aflojado la boca con los años ¿no crees? —dijo Ernesto prendiendo el ventilador de nuevo.

—Estar ya pa' morirse uno aclara la mente.

—Entonces me hace falta morirme un rato.

Se quedaron callados, Ernesto agarraba aire frente al ventilador, el viejo inválido bebía refresco en su envase retornable. Miraba a Ernesto con ojos duros y pesados y casi no parpadeaba.

—¿Alguna vez te conté cuando me quería comer un jaguar? —preguntó el inválido.

—No me acuerdo.

—Me quería comer un jaguar, fin de la historia —se rió—. Fue en la sierra, antes de venirme. Salimos a cazar mi primo y alguien, no recuerdo quien más. Fuimos pa' estrenar una carabina que me había conseguido. Estaba muy bonita. No cazamos nada. A media tarde ¡zas!, un jaguar me cae en el lomo desde las ramas. Me tapé el pescuezo pero me enterró las garras en la espalda, en los brazos, casi me abre la panza a la altura del ombligo. El méndigo animal me hizo sufrir un rato, en cama. Cuando me curé me dijo mi primo que fuéramos a buscarlo. Yo le dije que no. A él le hizo gracia.

—¿Por qué no quisiste?

—Un animal en dos patas perjudica más. Ese animal estaba defendiendo su casa. Es su naturaleza, nosotros lo invadimos. Ellos hacen lo que tienen que hacer, nada más. Intentar cambiar eso es un delirio de grandeza.

VIERNES SANTO

Arturo Isaías

1

Jueves

12:00 p.m.

La tarde en la que Juan Gracia paseaba por Santa Bárbara Inquisidora era especialmente caliente. Iba por la vía pequeña, tan pronto como dio vuelta para regresar por la otra, que era más grande, notó que el pueblo se congregaba.

“Otro evento al cual no fui convocado”, lamentó.

Cuando lo ataron y amordazaron, supo que iban por él.

1:00 p.m.

—Poncho, aquí te traemos a este cabrito—dijo el líder, un hombre barbudo, alto y con sobrepeso. Se dirigía a Alfonso, quien al mismo tiempo era el alcalde, el comisario y el juez.

Para los santabarbarainquisidores, cabrito era una especie de majadería, similar a cabrón, pero más insultante.

—¿Qué has hecho, Juan? —le preguntó el alcalde en voz baja. Después se dirigió a los demás —¿Qué ha hecho este hombre?

—¡Ahórquenlo! ¡Ahórquenlo!— respondían coléricos.

—Pero ¿qué hizo para merecer eso?

—Si este fuera inocente lo habríamos llevado a la cantina —contestó una mujer.

Al comisario no le gustaba dilatar las sentencias, despachar injusticia pronta y expedita le salía mejor.

—Hay causa— resolvió—, llévenlo mañana al teatro del pueblo. Ahí lo juzgaremos.

Los acusadores salieron felices con Juan a costas. Sólo Dios sabe en dónde lo guardaron para el día siguiente, si fue alimentado o al menos le dieron agua con vinagre.

2

Viernes

Temprano por la mañana, varias cuerdas colgaban desde la cima de un poste, el cual, los pobladores audazmente lograron instalar sobre la plancha del teatro. El teatro del pueblo era la parte central, lo que en otros lugares es nombrado Plaza principal, El centro o simplemente La plaza.

Las sogas no tendrían razón para estar, sin embargo, la mayoría decidió adelantarse a los hechos, pues lo más seguro era que Juan fuese condenado a morir ahorcado. Querían tener la seguridad de que, si una soga fallaba, tendrían otras de repuesto.

10:00 a.m.

El Juez no llegaba

11:30 a.m.

La multitud comenzó a impacientarse. Pusieron las sogas sobre el cuello del acusado, las midieron. El Juez no llegaba.

1:00 p.m.

Debido a la tardanza un anciano encajó su navaja en la pierna de un niño, un hombre se vio orillado a emborracharse y otro a golpear a su mujer. El juez no llegaba.

2:00 p.m.

Hora de la comida.

Cuando el juez llegó, distinguió el hambre en las posturas de la gente. Observó las sogas, el poste y a Juan amarrado con cadenas. La plancha del teatro tenía mal diseño: sin techo y sin gradas para acceder, el alcalde necesitó ayuda para subir.

2:15 p.m.

—¿De qué acusan a este hombre? —fue la pregunta inicial.

—Es muy inteligente —dijo alguien.

—¿Cómo puede eso ser un delito? Ni siquiera es inmoral — replicó Alfonso.

La multitud continuaba con la exigencia —¡Ahórquenlo! ¡Ahórquenlo!—. Alfonso pidió silencio. Callaron. Aprovechando ese permiso preguntó:

—¿Qué ha hecho para ganarse la muerte?

Entre el público un hombre tomó la palabra con mayor seriedad.

—Compra a las personas, las manipula.

—Explica, ¿Cómo hace eso?

—Señor Juez, verá, él presta dinero sabiendo que no le pueden pagar.

—¿Y eso cómo les afecta?

Este no respondió, en su lugar continuó otro:

—Lo hace para comprarnos.

—Explícate.

—Señor, regalando, Juan parece perder, pero gana mucho. Todos estamos comprometidos con él. Debemos respetarlo, contestarle el saludo e invitarlo a fiestas o simples comidas. Si no repartiera ayuda ¿usted cree que le tendríamos tales cortesías?

—Si no quieren estar en deuda con él, ¿por qué aceptan su ayuda?

—Señor juez, ¿quién teniendo entre la vida y la muerte a un enfermo podría negarse a recibir unos cuantos centavos? ¿Quién corriendo el riesgo de quedar en la calle con hijos y esposa rechazaría la ayuda?...

Mientras éste hablaba otra voz acusadora surgía.

—Eso no es todo señor juez, hizo que mi mujer me abandonara.

—¿Cómo logró eso?— quiso saber.

—Señor. Como todos saben, entre mi esposa y yo existen problemas. El matrimonio tiene problemas, la vida tiene problemas. ¿Quién no ha discutido con las mujeres alguna vez? ¿Quién dominado por la monotonía no se equivoca con ellas? Hace semanas vieron a Juan conversando con ella, me veo obligado a esconder la identidad de quienes me cuentan. Aquel mismo día, ella se marchó. Se fue. Es evidente —entrecortó la voz—, Juan le dijo todo.

—¿A qué te refieres con todo?

—Todo, señor, todo. Le contó mis amoríos con la niña Virginia —se puso a llorar.

Dado el suspenso, y el drama, el juez decidió otorgar la palabra a Juan. Así daría tiempo al sollozante para reponerse.

—¿Cómo respondes a esto, Juan?

Juan intentó hablar, la multitud no se lo permitió. Los gritos ensordecedores “Mátenlo” “Ahórquenlo” predominaron. Alfonso pidió por tercera vez silencio. La masa concedió.

—Explícate —solicitó a Juan.

—Señor, es cierto...

“Increíble”, “No puede ser” “Cínico”, decía la muchedumbre indignada al escuchar su respuesta.

El juez pidió a Juan que continuara con la defensa pese al bullicio.

—Señor Juez, como le estaba diciendo, es cierto, yo le presté dinero a muchos en este pueblo, incluido usted. Lo hice por la razón evidente: amistad.

—Lo está aceptando — gritó quien encabezaba a la multitud, el de las barbas grandes.

—Queda claro —interrumpió el juez—, aceptas la culpa. ¿Cómo respondes sobre el asunto de la pareja a la que dividiste?

En su fuero interno, Juan no aceptaba la culpa, habría deseado aclararlo, abundar en la primera acusación antes de cambiar al siguiente asunto.

—Señor, esa pareja estaba dividida desde antes. Yo no busqué a la señora, la encontré por causalidad caminando por la calle. Apenas la saludé, se puso a contarme las vicisitudes de su matrimonio. Se iba del pueblo. Me confió que cierta mañana tomando un poco de valor, se fue de casa. Pensó que así resolvería los problemas. Su marido la trajo de regreso, arrastrándola de los cabellos. Más que esposa, era prisionera.

—¿Y tú qué hiciste?

—Yo nada, señor. Lo que le cuento son actos del marido, de este quien me acusa.

—Quiero decir: ¿Qué hiciste cuando te contó?

—La escuché.

Alfonso replanteó:

—¿Ella te dijo algo sobre los amoríos que su marido mantenía con la señorita Virginia?

—Sí, señor Juez. Fue enfática, muy precisa.

—¿Qué le respondiste?

—Le contesté que era algo muy sabido en el pueblo y no necesitaba decírmelo.

—¿Entonces aceptas haber intervenido?

—No entiendo señor.

—¿Aceptas haber acusado a este hombre con su esposa?

—Yo diría...

—Responde sí o no —exigió Alfonso—. Ella te contó sobre los amoríos, tú en lugar de negarlo o quedarte callado, diste fe al decir que es “muy sabido por el pueblo”.

—Señor, si lo pone de esa forma, sí, sí lo hice.

—Entonces eres culpable —dedujo Alfonso.

La multitud aplaudía la eficiencia del juez.

—Señor —se escuchó a una mujer entre el público—, yo nunca he visto actuar indebidamente a Juan. Siempre ha sido muy decente y formal, en pláticas privadas o públicas. Me ha confesado el gusto que tiene por ayudar. Yo, que he pasado mucho tiempo con él, no podría señalarle algún mal acto.

—¿Entonces lo defiendes?

—No señor juez, quería decir, sin duda lo ha actuado para que yo lo defienda en momentos como este. Tanta perfección me cautivó —se detuvo, parecía dudar en lo que iba a decir—. Me enamoré de él —rompió en llanto—. Ahora me doy cuenta, me ha manipulado.

Varios maldijeron a Juan. Volvieron los gritos, las exigencias, la solicitud de ahorcamiento. Si el juez hubiera rechazado el clamor popular lo habrían linchado. Como tantas veces, temió a la multitud.

—En vista de la evidencia, declaro culpable al acusado —sentenció—. Te condeno a morir ahorcado en este mismo momento.

2:56 p.m.

No le vendaron los ojos. Querían ver su expresión recibiendo el máximo castigo.

Lo subieron a un banquillo. Colocaron una soga sobre su cuello.

2:57 p.m.

Un ruido similar a mil carretas juntas sonó. El cielo se estremeció. Entre las nubes venía algo con figura de hombre. Pocos podían creerlo, era el mismísimo Jesucristo. Sus ojos parecían envueltos en llamas. Nadie pudo decir ni mover nada.

Jesús bajó hasta colocarse a la izquierda de Juan.

—Este es mi hermano amado —dijo—. En verdad les digo, predica con la verdad. Crean y ámenle todos como yo lo hago. Compartan el pan en conmemoración de este día.

2:58 p.m.

Ascendía Jesús a las alturas. Estando en lo alto, se detuvo, miró atrás y alzó la mano diciendo “Recuerden, el que me escucha a mí, escucha a mi padre. Yo no sólo soy el camino, soy la verdad”.

Se perdió entre las nubes.

2:59 p.m.

Santa Bárbara Inquisidora estaba estupefacto. El silencio podía escucharse.

—¿Vieron eso? —dijo alguien—: Manipuló a Cristo.

—¡Mátenlo!

3:00 p.m.

Juan murió ahorcado.

UN CUENTO SOBRE CANGREJOS

Edgardo Aguilar

Quiere decir que van como los cangrejos, respondió Yeico con esa frase trillada. Sí, como los cangrejos, afirmó Ranchero, pero como los cangrejos del chiste, agregó e hizo una pausa esperando que Yeico le preguntara por el chiste. Yeico parecía pensar en otra cosa. ¿Sí conoces el chiste? Apuró Ranchero. La verdad es que no me gustan los chistes, respondió Yeico. Pues es más bien una fábula... Resulta que un día estaba en los portales del centro un vendedor de cangrejos. A ver espérame... hay algo que no entendí, cuando vino Toño López a explicarles que ya no les iban a dar el bono, por qué no llamaron a alguien del sindicato. ¿El sindicato? Pinche sindicato, es una burla que se llame primero de mayo. El sindicato es una herramienta de la empresa, a ellos les pagamos para que nos pongan la sogá en el cuello.

El representante del sindicato, esa voz de los trabajadores había permanecido en silencio aquel día fatal. Esa mañana cuando reunieron a todos para explicarles por qué las nóminas habían salido tan bajas, el portavoz se ocultó como una tortuga detrás del cubrebocas y no pronunció una palabra. Cuando Ranchero dijo, no quieras engañarnos, Toño, los bonos no son un regalo que nos haces, es más bien una forma en que nos completas el sueldo librándote de algunas responsabilidades, el representante del sindicato movió la cabeza en señal de negativa. Cuando Toño López dijo que todo era justo y apegado a la ley, el representante del sindicato movió la cabeza de arriba a abajo afirmando el argumento. Cuando Ranchero preguntó si les parecía justo que ganaran igual que en el surco aun cuando los requerimientos y los riesgos de trabajo son

mayores, el gerente y el representante del sindicato movieron la cabeza de arriba abajo para afirmar su postura. Y cuando finalmente preguntó si había alguna remota posibilidad de hacer algo por revertir la iniciativa o que por lo menos no fuera tan tajante: Antonio López, gerente de la división de estructuras y maquinarias, Jesús Calvario, gerente de recursos humanos, Carlos Chávez, ingeniero a cargo de los talleres, Petronilo Ruiz, el cuadrillero, Álvaro Cortés, el ayudante del cuadrillero y el portavoz del sindicato que no pronunció ni su nombre, movieron la cabeza de lado a lado para darle mayor fuerza a ese rotundo no. Nótese que he usado nombres propios, a pesar de que cada uno tiene su alias, hay que aclarar que estos tipos preferirían que se les llamara amo, sin embargo como esa palabra está en desuso, ahora les gusta que agreguen su título antes del nombre, el ingeniero fulano, el licenciado zutano, pero como muchos de ellos reciben grandes puestos sin tener títulos ni conocimiento en la materia, les gusta que al menos se les llame por su nombre y yo no pretendo herir susceptibilidades así que respetaré las jerarquías.

Qué cabrones, dijo Yeico frunciendo el ceño, demostrando una verdadera indignación. Una expresión similar en el rostro de sus compañeros, por aquellos días había desatado en su interior un espíritu cheguevarista, ahora le parecía un mero adorno de la charla, un aditamento extra que sólo servía para acompañar a las palabras, igual que el movimiento de las manos, era como la pintura que esparcían sobre aquellos fierros vencidos con los que construían las estructuras que las hacían parecer nuevas y resistentes, aunque por debajo fueran puro hierro hueco y carcomido. Sí, muy cabrones ellos y muy pen-dejos nosotros. Acabó la junta y todos escupiendo pestes regresamos a nuestro puesto.

Y ahora qué voy a hacer. Es un tercio del salario. Debo en Coppel y en Elektra. Tengo que pagar la renta, la luz, el gas, la comida, el internet, el cable, el netflix y los datos del celular, un chingo de mocosos en casa por el confinamiento ¿y si cancelo los servicios? No, tendría que entretenerlos yo y pa' acabarla de chingar ya no podré ponerme hasta el culo de borracho en las bandidas cada sábado, ni siquiera me va a quedar para la pinche coca del almuerzo y se reventó el barzón y sigue la yunta andando ¿buscar otro trabajo? Ni pensarlo, no hay, la pandemia está cerrando todo, ¿me voy al surco? Al solazo a ganar lo mismo y trabajar más, qué hacer, qué hacer...

Una huelga, pensó Ranchero. Pues ellos hacen como que nos pagan, nosotros hay que hacer como que trabajamos, pensó el Gordo. Y Ranchero, aunque no tenía ni la remota idea de todo lo que ello implicaba, empezó a soñar en un movimiento que no sólo generaría reacción en esa área de la empresa, sino que incluso los cientos de trabajadores que laboran de sol a sol bajo los plásticos de los invernaderos se unirían a la causa y exigirían también mejores condiciones. Y mientras Ranchero soñaba en su respectivo taller, el Gordo transmitió su iniciativa y se sentó. Sí, eso hay que hacer, dijeron sus compañeros alrededor. Entonces aquella sección del taller se cruzó de brazos. La empresa no esperaba menos, ya estaba todo arreglado no para que sólo cruzaran los brazos, sino para atarlos completamente. Lo que Berrimexi veía era un grupo de gente de clase baja, ignorantes, acostumbrados a la miseria, acorralados por la pandemia, sin aspiraciones, sin ganas de luchar, sin tiempo ni dinero para invertir más que en el día a día, sin opciones laborales, sin el apoyo del sindicato y con las oficinas de la procuraduría del trabajo cerradas hasta nuevo aviso. Será más fácil que arrear una manada de bueyes, pensó más de alguno.

Germanciano, viéramos de juntarnos saliendo pa' ver qué vamos a hacer. Sí, edá Ranchero, hay que ver qué piensan los otros, deja ir con el Gordo a ver cómo andan.

Germanciano, se te frunciéron las últimas tres letras en la junta. Pinche Gordo ahí es pa' que hubieras dicho algo no que siempre le haces al maldito y ahí te quedas callado. El Ranche-rito se puso perro ¿edá? Deja que le den una patada en el culo a ver si muy hablador. No, Gordo, el Ranchero tiene razón, oye, vamos como los cangrejos. Viéramos de juntarnos, pero todos pa' ver qué podemos hacer. No, Mostro, y quién va a dar la cara, nos corren a la chingada. Pues el Ranchero dice que hagamos una huelga. Pues sí estaría bien, pero ¿él se va a aventar adelante? Pues yo creo que es el que más le sabe, ya vez que le metió pleitos a la doña de la cafetería cuando lo corrió y aunque su marido es político y tiene palancas aun así le sacó una feria. Ta' pendejo que le iba sacar algo. Pos' si no, tú aviéntate Gordo, pero de que tenemos que hacer algo tenemos que hacerlo.

Antonio López disfrutaba su filete mignon en un lujoso restaurant, pensaba en lo difícil que a veces resulta su vida, tener que lidiar con esa gente que además de pobre, ignorante, testaruda y mal educada se siente con derecho a pedir explicaciones, como si no pudiera simplemente decirles, el que quiera, el que no a chingar a su madre, que de todos modos tengo un camión de chiapanecos que lo harían por menos. Ah, si no fuera por estos momentos, pensaba después de comer y beber una buena cerveza alemana. Después subir a la Hilux, lléname el tanque de roja. Ah, si tan sólo mi esposa fuera igual de fácil de manejar. Se dijo mientras pisaba el embrague para no tener que dar explicaciones por llegar tarde. Es que mi amor, vengo desde Zapotlán. Suficiente tengo de tus pretextos, como sigas así, tendrás que guardarte las explicaciones para mi abogado, eres

igual de corriente que tus trabajadores, no dudo que vengas de un putero de mala muerte de esos que frecuenta esa gente. Y el “prostíbulo” del que había salido ya había apagado las máquinas y cerrado los portones, y el personal se había puesto de acuerdo para reunirse donde solían comer borrego al pastor y hablar del tema de la reducción de los salarios y, por qué no, pedir unos tres o cuatro cartones de caguamas, nomás pa’ hacerle consumo al del borrego, y de inmediato se pondrían de acuerdo porque en esos temas se tenía que dar una rápida resolución y lo que más urgía era pasar ese trago amargo de la mala noticia.

Después de unos buenos tragos, después de ruñir unos huesitos de borrego la cosa empezaba a verse diferente, el panorama parecía más optimista. Entonces qué. Pues yo digo que, si ellos no nos van a pagar, no hay que trabajar a ver si no nos suben cuando vean que no hay producción. Antes nos corren a la chingada, por qué crees que firmamos contrato cada seis meses. Hay que ir con el sindicato. Cabrón, ya viste de qué lado está el sindicato. Vayamos a conciliación y arbitraje, les planteamos la situación y ya nos dirán qué opciones tenemos. Pero quién va a ir. Y todos voltearon a ver al Ranchero, que justo se empinaba la caguama. Simón, yo me aviento, manos les van a faltar a esos pendejos pa’ pelarme la verga. Ya está, pero mientras, todos vamos a bajar la producción, y dije todos, se trata de que jalemos parejo. Mmm pues cuéntate entre todos Gabrielano, porque eres de los más lamegüevos del taller. Tu culo me lame los güevos, puto Güero. De güevos te lo digo cabrón, no te emputes, pero yo te he checado, que ahí andas, ay Ruicito esto, ay Ruicito aquello. Que a ti nadie te trague no quiere decir que... A mí no me tragan porque hablo de frente y con los güevos en la mano cabrón y ya te traigo varias guardadas, tu dirás si quieres que te las suelte orita. Tranquilas mu-

chachas, tranquilas. Quítate a la verga puto Gordo que también pa ti traigo. ¿Ah sí pinche meco? ni le busques porque yo sí te rompo tu madre. Compañeros, compañeros, al menos por ahora debemos unirnos, les gritaba Ranchero, pero todo aquello se había vuelto un pleito de perros, surgieron viejos reclamos, golpes, rodaban caguamas, algunos confrontaban, otros separaban. Si no se aplacan llamaré a la policía, dijo el responsable de la vendimia, que no puedo decir el dueño del local porque solo eran unos toldos de coca-cola en la calle frente a un lote baldío donde la gente orina tras los arbustos. Después de un rato de forcejeos, ya todos sudorosos, rasguñados, enlodados y sin dinero se fueron dispersando, en medio de maldiciones.

A la semana siguiente, la cosa estaba peor. Extrañamente, el cuadrillero tanto como el ingeniero estaban enterados de todos los pormenores de esa reunión, así que la mañana del lunes los esperaban con impaciencia. Miren cabrones, es lo que hay, nosotros no tenemos la culpa, aquí están los contratos, el que quiera trabajar con esas condiciones venga y firme, el que no, la puerta está muy grande, aquí nadie es indispensable.

Ese día mandaron llamar a Germenciano y al Gordo aparte. Los cabrones llevaban el culo fruncido pensando que les iban a dar cuello, ya al rato viene el Gordo bien sonriente. Yo ya la hice, ya me dieron la planta. Ahi ustedes hagan lo que quieran, Germenciano y yo ya no podemos meter las manos por ustedes, pero eso sí, que no me entere qué andan haciendo porque mi pecho no es bodega. Después me hablaron a mí y me pidieron que entregara mi equipo de soldador y que estaba el puesto de chalán si quería seguir trabajando y, pues mira, ahora estoy acá reciclando la chatarra. ¿Y nunca fuiste a conciliación? Fui, pero las instalaciones estaban cerradas por el covid. Hablé por teléfono y me dijeron que me apoyara con el sindicato o que esperara que el semáforo estuviera en verde.

Por eso te digo que estamos como los cangrejos del chiste. De veras, de qué se trataba el chiste. Estaba el vendedor en los portales con un chingo de baldes a su alrededor, todos estaban tapados excepto uno... Ya es hora del lonche, interrumpió Yei-co. Pues vámonos, que ya ruge la tripa.

¿QUÉ PENSARÁ DIOS?

Ulises Araiza

Dicen que Dios creó el universo en siete días y fue en este último que creó a los humanos, tal vez estaré bien o mal, no recuerdo exactamente, pero, el caso es que hay quienes sostienen que su más grande creación fueron los humanos.

De niño tuve la creencia de que Dios estaba sentado en una silla dorada, entre nubes, era un viejo de barba y cabello blanco y tez aperlada, con unos ojos azules y mirada imponente, que tenía como arma un rayo con el que controlaba el universo.

Recuerdo que una vez mi mamá me platicó del chamuco, que si me portaba mal, él me castigaría y cada vez que lo hacía apuntaba en dirección al gorila negro que teníamos, que no era más que un mono de peluche grande que creo todavía está en casa de mis padres, pero lo cierto es que le tenía un pánico.

Con el paso del tiempo mi creencia acerca de Dios fue cambiando, ya no me parecía bueno como la mayoría lo pintaba. Para mí, en momentos era despiadado, una deidad que no tenía consideración por la humanidad, pudiendo salvar tantas vidas, él permitía que todo lo malo pasara y en momentos se ensañaba con el más jodido y esto era lo que pensaba yo de él, tenía mis argumentos, pero, a veces me surgía la pregunta y él ¿qué pensará de mí? y luego venía otra cuestión, ¿me verá como un buen hijo? a pesar de que no voy a misa y no bajo de puta a Natalia.

Yo no era tan buen cristiano, pero, tampoco tan malo, cierto, de vez en cuando le daba a Natalia lo que se merecía y bueno, a veces no la bajaba de puta, pero qué chingados tenía que ver a otros cabrones, el único Dios para ella tenía que ser yo y nada más.

A veces me preguntó ¿qué pensó Dios cuando expulsó a Adán y Eva del Paraíso?, no concuerda con lo que me dijeron de niño, que era un Dios bondadoso, noble y que todo lo perdona-
ba, ¡puras mentiras!, no perdonó a los seres que él creo, y salen con eso, si en verdad fue y es un ser noble, les hubiera dado una segunda oportunidad como Natalia me la da a mí, ella sí merece ser una Diosa porque siempre termina perdonándome.

Yo conocí a Dios por medio de mis padres que me hablaban de él, y confieso que en momentos llegué a confundirlos con Jesucristo, pero, un día, mi catequista doña “Conchita” me dijo que Jesús era el hijo de Dios y que al ser primogénito de este, él era como un mini Dios y que si cometía un pecado Dios me perdonaría por su intercesión, pero entre mí pensaba, si me he agarrado a putazos con “Lalo” y eso es más fuerte que robar una manzana, ¿cómo me perdonará?, sólo porque su hijo le habló bonito de mí, no lo creía.

A Natalia la conocí por medio de su aroma. Sí, suena poco creíble, pero hay mujeres cuyo cuerpo despide una fragancia que es capaz de volver loco a cualquier hombre y eso me pasó con ella. Recuerdo que estaba en el gimnasio, en eso pasó caminando con seguridad, como si supiera que era la Diosa de ese lugar, pero, eso no me cautivó, en el momento en que yo iba al baño me crucé con ella y sentí su aroma, quedé paralizado, el resto es historia...

Recuerdo que de niño cada vez que escuchaba hablar de Dios me infundía miedo, incluso, más que el Diabolo, por temor al castigo, trataba de portarme bien en lo que podía, pero, nunca me explicaba como aquél que diario me golpeaba no le hacían nada los maestros, hasta me daba coraje que siempre se saliera con la suya y yo todo ñengo, aguantando los golpes de semejante mastodonte, imploraba a Dios que parara, pero no, él seguía ahí triturándome hasta que se hartaba y se iba.

A veces le preguntaba a mi catequista ¿cómo si Dios es tan bueno, permitió que crucificaran a su hijo?, a lo que ella me respondía —Dios no lo mató, Jesucristo se sacrificó por nosotros para limpiarnos del pecado de nuestros padres y yo me quedaba pensando, bueno, ¿de cuáles padres, de Adán y Eva? pero, si fue hace mucho tiempo, ¿no se pudo haber ahorrado matar a su hijo si hubiera perdonado a Adán y Eva? y así me la pasaba divagando, lo malo fue que un día me escuchó doña Conchita decir y ¿para que se sacrificó Jesús si iba a resucitar?, yo no le veía el sentido, en eso ella se enojó tanto, que le habló a mis padres y no me dejaron hacer la primera comunión, hasta que cambiara de ideas y aquí me tienen hasta la fecha con más de treinta sin poder comulgar porque nunca cambié mi manera de pensar.

Natalia y yo empezamos a salir primero como amigos, hasta que después se dio la cosa y se fue a vivir conmigo, me propuse que fuera mi mujer y así fue, ella antes era un viejón, una mujer deseada por muchos, por donde quiera que pasaba tenía las miradas encima y aunque no le gustaba eso, era inevitable, no todos los días camina una mujer casi perfecta por el mundo y menos agarrada de tu mano, imposible no sentirte como un Dios.

Me acuerdo que en la primaria a veces platicaba de mis problemas y teníamos una maestra que contaba que había estado en un hospital psiquiátrico, yo lo dudaba, pensaba, ¿cómo? una loca dando clases, eso es imposible, pero me equivoqué, la maestra no impartía clases, daba el sermón del día y nos daba puntos si íbamos al “Santísimo”, yo no necesitaba puntos y me iba a mi casa, decía, ¿para qué quiero eso?, mejor me voy a ver Dragon Ball, pero en cierta ocasión la muy hija de la chingada me mandó seguir con mis compañeros de la escuela para que fuera a rezar, porque había cometido una falta y dije “patitas

pa qué las quiero” y corrí lo más rápido que pude hasta que llegué a mi casa. Al día siguiente la maestra me dijo que la había defraudado y fue así como a punto de salir de sexto “me valió madre la escuela” y empecé a bajar de calificación.

Al tiempo de vivir juntos Natalia dejó de ser la misma, ya no tenía ese brillo con el que cautivaba a muchos hombres, decía que yo la estaba asfixiando, que era un celoso, pero, ¿cómo no celarla? si todo mundo la miraba y la muy cabrona les sonreía, después de enojarme con ella iba con mi madre y le platicaba lo mal que estaba con mi mujer y ella me decía —hijo, a ti lo que te hace falta es Dios, ve con el cura Martín, y yo le decía que sí, pero no nunca iba, no me daba confianza, es más, hasta dudaba de la nobleza de Dios.

A veces me pregunto si Dios es tan bueno por qué permite que existan tantos asesinatos y guerras, ¿quizás para disminuir la población?, recuerdo en mis clases de Historia cuando nos hablaron de Hitler, que era el mero mero de la segunda guerra mundial y que hizo matazón de judíos, pero, si Dios en verdad fuera el ser que muchos queremos que sea le hubiera puesto un alto a Adolfo Hitler y así no tendríamos tanto judío muerto, ¿o será que no tiene tanto poder como nosotros creemos?, tal vez Satanás es el mero chingón, o, quizás sea otro Dios y no éste al que tenemos que apostar.

A veces pienso qué pensará Dios al no meterse cuando la agarro contra Natalia, no que tanto quiere a la humanidad, la pobre ya no ve lo duro sino lo tupido, y lo peor es que no entiendo por qué no ha intentado huir.

Me pregunto ¿qué pensará Dios de lo que pienso?, de mis actos, en lo que me he convertido, a lo mejor me odia, pero no importa, estamos de igual a igual, no le puedo llamar Dios porque ha cometido muchos errores, ha permitido el sufrimiento de mucha gente noble y no entiendo para qué nos creó, de qué

chingados le servimos, ¿de juguete?, de que nos hace sufrir para aprender lecciones, eso ya no se la creo.

A veces me preguntó qué pensó Dios cuando permitió el sacrificio de tantas mujeres por ser consideradas “brujas” en lugar de curar su esquizofrenia. Quizás no pensó nada, como nada estoy pensando ahorita.

A veces me pregunto qué pensó Dios cuando mis suegros visitaron mi casa y vieron a Natalia tan mal y no hicieron nada por protegerla, ¿estará contento de semejantes actos?, ¿les invitará una copa de *champagne* cuando ellos lleguen al cielo?, tal vez lo haga así.

Yo a Natalia la quiero, y mucho, pero, si Dios no ha hecho por salvar inocentes, por qué la salvará a ella de mí, es una entre más de 7000 mil millones de personas; si la humanidad nunca le ha importado, no salvó ni a los indígenas que no la debían con los españoles, menos a una simple mortal.

Me preguntó qué habrá pensado Dios cuando mandó una pandemia y muchos no sobrevivieron, ¿en verdad le creemos que necesitamos el sufrimiento para valorar la vida?, ¿ven cómo en momentos es un ojeté?, o ¿será que Dios es un invento de nosotros?, no lo sé, tal vez yo soy Dios que se sigue quejando de Dios.

A veces me pregunto ¿qué pensará Dios cuando voltee a verme y vea mi obra al lado de Natalia?

CASETA DE COBRO

M. M. González

Las manos del hombre que conducía por la autopista temblaban descontroladas. Se había tomado una taza de café antes de salir de casa. Hacía unos días había visto en las noticias que un tráiler embistió a varios vehículos que se hallaban formados en la caseta de cobro, porque el operador se había quedado dormido.

A unos diez kilómetros de distancia, se encontraba una caseta. Su destino estaba todavía lejos. Durante gran parte del trayecto, pensó muchas cosas. De pronto su mente recordó aquella fatídica noticia, y comenzó a llenarlo de ansiedad. Pensó; *¿y si un tráiler choca contra la caseta cuando me encuentre pagando el peaje?* Otra idea llegó a su cabeza; *¿y si ya me morí en algún punto de mi vida y no me he dado cuenta?* Y la idea que más le hacía reflexionar era esa que dicta que uno jamás sabrá con exactitud, si toda la gente que nos rodea de verdad existe o no. Sabía que no debía tomar café porque le causaba ansiedad y nerviosismo. Pero cada vez se engañaba a sí mismo, diciéndose mentalmente: *si se me antoja, ¿por qué no me lo voy a tomar? Al fin y al cabo, yo me lo merezco.*

La aguja del velocímetro estaba ligeramente inclinada a la derecha, indicando que el auto viajaba a ciento treinta kilómetros por hora. Para su sorpresa, de pronto un enorme tráiler que traía el contenedor vacío y golpeteaba con estruendo, lo rebasó. Hizo que se sobresaltara y que pensara; *va demasiado rápido, ojalá que no se quede dormido.*

Decidió dejar de ejercer tanta fuerza en el acelerador. La aguja quedó completamente erguida, señalando noventa prudentes (aunque no menos peligrosos) kilómetros por hora. A

esa velocidad no quedaba completamente exento de que un conductor que viajara mucho más rápido no alcanzara a reaccionar y lo golpeará por detrás.

Solo él y nadie más tenía la culpa de sus pensamientos de acontecimientos horribles. ¿Para qué tomó café si sabía que le hacía daño?

Ahora, viajando a esa velocidad, todos los autos lo rebasaban sin ningún esfuerzo. Decidió conducir con prudencia. Pero eso no evitó que a lo lejos divisara la temible caseta de cobro. Ahora se reprochó por no haberse ido por la carretera libre. De pronto se sintió como un prisionero. La autopista les brinda a los viajeros la posibilidad de poner a prueba la potencia de sus motores para llegar más rápido a sus destinos, pero al mismo tiempo, los encajona entre los muros de contención y los paredones, dejándolos sin escapatoria.

Lo único que deseaba era llegar de una vez por todas, sano y salvo, a su destino final. Pero para lograrlo le faltaban todavía muchos kilómetros de muros de contención y paredones. Y autos. Y tráileres. Y dos casetas de cobro.

A lo mejor ni siquiera paso de la primera.

Inspiró profundamente y fue soltando poco a poco.

Dales, señor, el eterno descanso. Que luzca para ellos la eterna luz

Si piensas mucho en algo, puede hacerse realidad.

Los accidentes no existen, sólo son errores humanos.

Sacudió la cabeza enérgicamente y se abofeteó.

La caseta de cobro estaba mucho más cerca de lo que hubiera querido.

¿Qué se sentirá morir?

Volvió a sacudir la cabeza.

Este podría ser el último día de mi vida.

Antes de que pudiera evitarlo (no podía evitarlo, no podía dar vuelta atrás para tomar la carretera libre, la autopista te

encajona y te conduce a tu inevitable muerte, aunque tú no quieras), se vio formado detrás de una fila de autos, esperando su turno (para morir junto con un puñado de desconocidos) para pagar el peaje y continuar con el trayecto.

Avanzó un auto. Segundos después otro. Y otro. Y ahora sí le tocó el turno al auto que estaba justo delante de él. El ocupante bajó la ventanilla y le alcanzó un billete a la señorita. Detrás de él había otros dos autos. Vio el retrovisor, y notó que un tráiler se acercaba rápidamente. Deseaba que la señorita se apurara a darle su cambio al de adelante, porque el chofer del tráiler parecía no percatarse de que se acercaba a una caseta de cobro. A lo mejor se había quedado dormido. La señorita se tardaba bastante. ¿Por qué no le daba su cambio? Tal vez era su primer día de trabajo y apenas se estaba acoplando.

Volvió a mirar el retrovisor y pensó; *viene demasiado rápido*. Ahora miró hacia la caseta; *por favor, señorita, por lo que más quiera, apúrese a darle su cambio*. Vio el retrovisor; *ojalá que no se haya quedado dormido*. Tragó saliva. El tráiler estaba cada vez más cerca y parecía no tener la intención de detenerse.

Dios quiera que no se haya quedado dormido.

LAS PUERTAS

José Manuel Casillas Sánchez

Qué quiere que le diga, mi comandante, si fue lo que pasó. Todo fue muy rápido, no pude reaccionar a tiempo. De verdad que se lo digo. Ya sabe, de pronto se prende todo y ni qué hacer. Empezaron con los cánticos, pero es normal. Apoyan a los Gallos Blancos y tiran mierda a los contrincantes. Lo de siempre. Unos se gritoneaban en los límites de la barra, donde los separan las puertas, pero de ahí no pasaba. Corría el minuto 63' y los visitantes iban ganando 0-1. Desde el minuto 28' comenzó a hervir la barra tras el gol. Aquello parecía reventar en cualquier momento, mi comandante. Cuando menos me di cuenta, las puertas se abrieron y los hinchas del Querétaro se dejaron ir como gallos de pelea contra los zorros del Atlas. Una ola de cabrones traía consigo sillas y barrotes que *no sé* de dónde sacaron. Quise interponerme, pero se abrieron paso y me tiraron al suelo. Ni caso me hicieron. A quienes querían matar era a los de Jalisco. Los ánimos estaban muy encendidos, mi comandante, si los hubiera visto, parecían enyerbados. Estaban fuera de sí. Hincha con playera del Atlas que veían, hincha que intentaban arrejolar entre cuatro o cinco y lo pateaban a placer. Parecían toros embravecidos. Muchos zorros se quitaron la playera por lo mismo. El pobre que caía al suelo no sabía ni qué hacer; si taparse, si tratar de pararse y salir corriendo o tratar de responder a los golpes y defenderse. Pero ni cómo hacerle, el cuerpo caía rendido y cedía a los golpes. Eran perros salvajes que no sueltan su presa hasta verla muerta; primero la separan de la manada y luego se precipitan sobre ella. Sólo quedaba esperar a que aquel minuto de infierno pasara, aunque ese fuera suficiente, como en las peleas de gallos, para terminar

con la vida del otro. Para acabarla, unos aprovecharon y les robaron sus pertenencias y desnudarlos, dejándolos tendidos en el suelo sobre un charco de sangre, semejantes a los cuerpos desconocidos que aparecen a las afueras de la ciudad. Algunos albiazules posaban para la foto con la playera del Atlas, como si de trofeo se tratara, con los tenis y puños ensangrentados. Los que no se unieron a la primera ronda vaciaban su enojo con patadas al ya difunto rojinegro. Muchos parecían estrenarse en aquel saco. El pobre ni ruido hacía, ya era un montón de carne. Aquello no podía detenerse, mi comandante, era un matadero. En una hasta me tocaba por jugarle al señor justicia. La verdad ni sé cuántos fueron, pero a unos diez alcancé a ver entre la multitud. Lo que hice, para evitar más pánico que el que de por sí ya había, fue llevarme arrastrando a varios a los baños, de uno en uno, para que no dieran mala imagen. Ni dejaban pasar por las gradas. Esto que le cuento pasó a no más de quince minutos, mi comandante. El partido se detuvo y los jugadores corrieron rumbo a los túneles. La gente comenzó a dispersarse, a correr al campo. Familias enteras no sabían qué hacer, el terror fue apoderándose de ellas; eran como una res encerrada cuando sabe que va a morir. Ya en el campo no supe qué pasó, mi comandante, se lo digo, fue todo muy rápido. Eso le sabrá decir otro guardia, yo estaba cuidando las puertas de la barra, que según tenían candado, pero ya ni sé.

RESILIENCIAS

L. Salazar

No es fácil salir de tu casa a la mitad de la madrugada, todavía modorro, con sueño y con frío, dejando a tus hijos dormidos a la voluntad de Dios, y tener que conducir entre la densa espesura de la noche en tu Italika roja, desquebrajada, que aún no terminas de pagar en Elektra, pasando por terracerías ásperas en cuyas vías no cuentas ni con la bendición de la luna llena que ilumine las sinuosidades. Y encima luchar por permanecer entero cuando estás hecho trizas. Mas mi corazón palpataba tan fuerte que parecía que saldría impulsado por mi boca reseca. ¿Por qué respondí a esa maldita llamada? Tuve que haber aguardado hasta el amanecer. ¿Qué tanto es tantito? Dormir plácidamente y luego despertarte con la trágica noticia. Sufriría igual o peor, pero al menos lo habría hecho descansado y sin sueño.

—Perdona la hora, mi amigazo, ¿eres tú Jesús Valvieda? —me preguntó el sujeto por teléfono—, vi tu nombre en una tarjeta que dice que eres profesor particular de música, la encontré en la billetera de un tipo que he identificado como Rubén Valvieda, ¿lo conoces?

—¿Quién carajos eres? —respondí emputado, apretando el teléfono como si fuese un plátano maduro—. Son las pinches dos y media de la madrugada, ¿qué carajos quieres?

—¿Eres tú Jesús Valvieda o no, vato? —insistió mi interlocutor, limitando mi respuesta.

—¡Yo soy Jesús Valvieda, y Rubén Valvieda es mi hermano! ¿Quién diantres eres tú y por qué tienes su billetera?

—Verás, mi amigazo; resulta que yo soy velador de unos cuartos que renta mi patrón acá por la vuelta del pueblo de San

Andrés. Tu hermano rentó un cuartito aquí ayer como desde las diez de la mañana. Lo acompañaba una mujer, que por cierto estaba muy chula, la condenada. El alquiler de las habitaciones es por ocho horas nada más, y tu carnal debió de haber salido como a eso de las seis, y pues mira la hora que es y...

—¿Me estás despertando para que vaya a sacar a mi hermano del cuarto? ¡No me jodas!

—Tu hermano está muerto, Jesús Valvieda, y yo sólo te hablo para avisarte y para ver si puedes venir a pagar las horas extras que tu carnal se quedó en el cuarto. Mira que ahora los huéspedes están agarrando la pinche maña de morirse con tal de no pagar—. Y así pasó.

Cuando llegué al cuarto había dentro tres personas además de mí; un oficial de la fiscalía y dos médicos forenses. Los demás peritos inspeccionaban el resto del putrescente lugar. El oficial me cedió el paso al ámbito, no sin decirme de pasada que yo no debería estar allí. Entré a trompicones, agitado, con mis manos frías, mis piernas flácidas y mi alma en los pies. Me planté junto a la cama que apestaba a nicotina y los vi. Los cuencos de mis ojos brotaron en tanto exhalaba un amargo gemido. Los dos estaban muertos en el catre desvencijado de ese cuartucho de quinta. Ambos yacían desnudos, uno sobre el otro, ella arriba de él, y acaso dormían bajo la placidez que experimentas tras haber hecho el amor por horas prolongadas. Sus cuerpos inertes parecían esculturas del museo Louvre, bruñidos sobre plata. Eran piezas argentadas deliberadamente labradas para encajar en su propio *puzzle*. Se complementaban en cada recoveco de su piel. Y si los estudiabas con cuidado, te dabas cuenta que destacaban por ser la clase de parejas que son perfectas para sí.

Ella, aun muerta, irradiaba frescura y sublimidad. Su cabeza se apoyaba en el pecho de mi hermano, y yo apenas podía

contemplar la lasciva femineidad de su perfil, con sus pómulos altos ensalzando su vanidad: su piel cetrina, su contorno cincelado, su abundante cabello de color burdeos recogíendose en su espalda, y aquella impactante mirada dormida, avasallando esa belleza aristocrática que me mantuvo arrobado por segundos. Sus piernas abundantes y sus contorneadas caderas reposaban con delicado esmero sobre las sábanas y los muslos de mi Rubén. Toda ella y su piel tenían una blancura excepcional semejante a la espuma del *champagne*. Sus labios fríos, mullidos y tumefactos estaban entreabiertos como si pronunciase una «o», susurrando una última voluntad. Sus desmedidos pechos, níveos y de sedosa textura, permanecían aplastados en los pectorales de mi hermano; y éste, con los ojos semiabiertos, me miraba con sus pupilas vacías, regodeándose entre risas de su gesta más prosaica ante mí, esbozándome una expresión sardónica que me indicaba que al menos había muerto satisfecho tras haber yacido una vez más con aquella mujer.

La certeza de que estaban muertos era su falta de pulso en las arterias y la violenta rigidez de sus cuerpos. Por lo demás no tuve dudas. Tampoco hallé impudicia en su desnudez y mucho menos en aquella artística postura. Lo único vulgar que contrastaba con sus bellas figuras, era ese sitio tan burdo e insalubre en el que se hallaban. Ni siquiera era un motel de paso, sino un apestoso deshuesadero de autopartes, en cuyo interior se reservaban siete cuartos propicios para la fornicación. El febril apetito de los amantes no les había permitido buscar un sitio más discreto y alejado de la ciudad, y se conformaron con la suciedad más inmediata a sus pasiones. Ese pueblo no tenía ni posadas ni moteles; mucho menos ofrecía dignidad a sus huéspedes que, por lo visto, les arrebatava la vida al llegar.

Apenas salí de mi estupor cuando el oficial, redactando un informe preliminar, dijo para sí algo como «intoxicación por

monóxido de carbono» y luego una murmuración casi traslúcida que entendí como «ni siquiera tuvieron tiempo de despertar. Y por lo que hemos encontrado, tal parece que hay marihuana, alcohol y sedantes en exceso en sus organismos. Una perfecta combinación para cuando quieres irte a la fregada.»

—No entiendo cómo no explotaron —murmuró uno de los peritos con morbosidad, restándole importancia a mi presencia—. Con la fuga de gas y estos dos en celo, mínimo el cuarto tuvo que haber detonado. No me explico cómo nadie advirtió el olor y por qué razón no llegó a las otras habitaciones. Todo es tan extraño, sobre todo porque nadie más lo olió.

Mi boca era un auténtico desierto. Sentía espasmos en las manos. Los lagrimones que escurrían por mis mejillas se confundieron con el sudor frío que me lamía sin piedad.

—Estos dos no eran esposos, sino amantes —dedujo el oficial a la sazón, revisando la alianza de la mujer que estaba en uno de los burós—: En el interior del anillo está grabado un nombre que no corresponde al del tal «Rubén Valvieda». Vaya par de degenerados. Ella tan modosita y fina que se ve. Pobre del marido, no quisiera estar en sus zapatos.

Ajenos a mi dolor, yo trataba de asimilar este sentimiento de pérdida y ausencia irreparable, y buscaba, en mi exiguo entendimiento, las palabras precisas con las que explicaría a mi familia no sólo las muertes, sino la vergüenza y el contexto de la situación.

—No toque su cabello —me oí suplicarle al perito—; a Magnolia le generaba ansiedad.

Los peritos y el oficial clavaron sus severos rostros sobre mí, atravesándome los ojos:

—¿Magnolia? —me preguntó el oficial escudriñándome—. ¿Tú conoces a esta mujer?

—Más de lo que quisiera, señor. Magnolia Duarte es mi esposa. —Mi garganta vomitó cristales rotos al notificarlo—, o lo era —corregí. Una bruma caliente se anidó en mis entrañas y me rasgó por dentro. Mis uñas mordieron mis manos—. El hombre sobre el que reposa mi esposa, desnuda, rendida, es mi hermano Rubén. Rubén Valvieda, señor.

Ante la perplejidad que acaeció sobre ellos mi explicación, ya no pude más y me quebré. Los tendones de mi cuello se entumecieron y mi cuerpo respondió a esta humillante fatalidad erizándose, en tanto los latidos de mi pecho entonaban una sarcástica melodía de réquiem. Me obligué a cerrar los ojos y a barajar la posibilidad de que el que estuviera muerto fuera yo y no ellos. Sería más sencillo. Más fácil de digerir para todos. De momento dolía menos apretar los ojos y no ver nada. Cada vez que miraba la postura de sus cuerpos, ese aparente amor y esa vil entrega, aunado a la complicidad que les unía, yo volvía a respirar por la herida. Y es que a pesar de ser ellos los infractores de la falta, era yo quien me sentía responsable de la tragedia. Y a lo mejor sí tenía un poco de culpa sobre todo porque nunca supe cuándo irrumpió en nuestra relación el fantasma de la monotonía, y ni cómo pasamos de querernos tanto a ya no tolerarnos. O al menos ella a mí, porque yo la amaba en demasía. Cuando menos acordé, este cáncer ya había echado metástasis de forma irremediable. Los besos se extinguieron y las caricias dejaron de ser importantes a la hora de acostarnos. Por eso entiendo que Magnolia me soportaba por mero trámite, y aunque a veces solía decir que me quería, ya soy capaz de dilucidar que sólo me lo decía para tratar de convencerse a sí misma de tal afirmación, luchando por desbravecer sus remordimientos, sabiéndose con su cuerpo profanado. De Rubén ni cómo sospechar. Siempre fuimos muy unidos. Una relación más de amigos que de hermanos. Yo el mayor, y él adoptando

el rol de protector. Rubén era el único que conocía a cabalidad mis sufrimientos y mi fracturada relación con su cuñada. Se lo confié todo, mis miedos y mis esperanzas, mis pesadillas y mis ilusiones, y durante el último año él se convirtió en mi soporte, en mi pañuelo de lágrimas y en mi consuelo. Y también en mi enemigo, ahora lo entiendo.

—¿Y tú... sabías que tu esposa estaba aquí, con tu hermano? —indagó el oficial.

—¿Tengo cara de que lo supiera, señor? —balbucee ofendido—. Magnolia organizaba eventos sociales. Yo nunca indagaba de más en sus actividades, porque ella sentía que yo invadía su espacio. Su trabajo era su válvula de escape; el único espacio de su vida donde podía librarse de mí. Ayer por la mañana, Magnolia salió a Mazamitla a organizar una boda. Como a eso de las dos de la tarde dejó de contestar a mis mensajes. Atribuí su silencio al hartazgo que yo le producía. Solía decirme, que yo la fastidiaba, aunque no siempre, sólo cuando estaba muy cerca de ella. Y en mis intentos por satisfacer sus expectativas, un día decidí dejar de pertenecerme, y me permití dejar de ser quien era para ser suyo, de manera que en sus deseos yo fuese quien ella quería que fuera. Pero ahora ella está muerta, al costado de su amante. Y yo muy tarde he comprendido que es inútil plantarse en un amor infecundo, pues el dolor siempre será su único descendiente.

—En tu opinión, ¿qué se supone que estaba haciendo aquí tu esposa con tu hermano?

—Probablemente vinieron a rezar el rosario, oficial. Me parece que los viernes se rezan los misterios dolorosos —respondí ante su impertinente pregunta, que me laceraba.

—Lo siento, Jesús —razonó el oficial, encogiéndose de hombros, pretendiendo quitar hierro al asunto—. Y en cuanto a esta pobre mujer... sólo sé que nadie debería morir así.

—¿Intoxicada por el gas? —apreté mis labios.

—Siendo infiel —me taladró, recordándome la pérdida de la *affectio maritalis*.

—Algo hice mal, oficial, para que ella tuviera que refugiarse en Rubén. Yo tengo parte de culpa, y para mi desgracia, la culpa es el antídoto perfecto que te consume lentamente, hasta desposeerte. Por más que quise amarla como ella ambicionaba, solo me salió amarla hasta doler, con lo poco o lo mucho que pudo ofrecerle mi sincero corazón. El amor es un trabajo constante a pico y pala, y con su muerte ella me ha negado la oportunidad de compartirme sus razones para ya no quererme. No me pudo amar en vida, oficial, y, por lo visto, ni siquiera tuve la suerte de que me amara en su muerte. Prefirió morir en los brazos de otro, porque los míos no le bastaron para depositar sobre ellos su último aliento.

—No te abrumes, Jesús Valvieda. Saldrás adelante. En el fondo sé que tú no amabas a esta mujer; tú amabas solo lo que ella significaba para ti. Pero ella ya no existe. En realidad nunca existió. Si te pones a pensar en ello, te darás cuenta que Magnolia sólo existió en ese fragmento de vida donde tú la idealizabas. Fuera de ahí, ella era de todos, excepto de ti.

Y allí reafirmé que la culpa fue mía, por no quererla como ella quería que la quisiera, dejándola en libertad. Y lo que más me duele es saber que la perdí dos veces; la primera teniéndola viva, cuando me aferré a un sentimiento estéril que nunca fecundó, y la segunda teniéndola muerta, cuando ya no tuve posibilidad de redención. Entonces caí de rodillas junto a ellos y rompí a llorar con amargura, aferrado al pecho de mi mujer, intentando alcanzar su último estertor, ese que en vida no fui capaz de retener. Todas las partidas son para extrañarse, y para recordarte cuánto se ama. Lo ilusión de las partidas es que

siempre queda una esperanza para volverse a reencontrar. Mas en la muerte ya no hay esa posibilidad. Y eso me dolía terriblemente. El ya no haber oportunidades.

—Te amo, Magnolia —besé su frente, antes de verla partir—, aunque nunca hayas existido en realidad. —Luego miré a Rubén, y le dije, asolado—: Aunque me hayas matado en vida, a ti también te amo, hermano, con la misma intensidad con que te aborrezco.

Las manos me temblaron, la garganta se me rasgó y mis ojos se convirtieron en esferas que albergaban tormentas interminables, de esas que azotan el alma y sacuden el cuerpo.

Ordené que los enterraran en la misma tumba. Perro no come perro. Y yo permanecí allí, llorando, por días, deshecho, humillado, burlado, intoxicado, con una botella en la mano y mi celular tocando a los Héroes del Silencio, sus favoritas cuando nos entregábamos.

—¿Cuánto tiempo más estará así, joven, fingiendo estar vivo? —me preguntó el viejo sepulturero, suspirando—. Lleva días ahí postrado, sin comer, ni moverse, ni siquiera lo espantan los espíritus, las tormentas ni el sol. Si sigue así, correrá la misma suerte que ellos.

—¡Si yo estuviera allí! —lloré de rabia, implorando adaptación a mi nueva naturaleza—. ¡Si yo estuviera allí, pudriéndome, sin sentir este dolor que siento! —Empuñé mis manos y las colapsé una y otra vez contra la losa de la tumba, tronándome los nudillos.

—Para su desgracia, joven, usted no está allí, sino aquí. Por eso le pregunto de nuevo: ¿cuándo piensa marcharse, y así seguir atormentándose en otro sitio donde yo no lo vea?

Me enjuagué las lágrimas, mientras me recostaba sobre la losa que cubría aquella tumba, donde ahora Rubén y Magnolia

se adherían, uniéndose en cenizas. Miré el arrebol nostálgico que se perdía en un cielo que parecía de fuego, y respondí apenas en un susurro:

—Me iré... hasta que me resigne a no estar muerto.

SAFARI

Johan Luis Juan

La víbora, enrollada en el nido semioculto en la maleza, protege sus huevos con mirada alerta. Luego de veinte días sin comer, de pronto siente un vacío en el estómago, al ver a un ratón que explora el suelo a unos metros de ella. Sigilosa, desenrolla su cuerpo café con manchas negras. En eso el ratón descubre los ojos de su depredadora y sale corriendo despavorido. Los músculos de la víbora se activan y emprende la persecución, arrastrándose ágilmente sobre yerba y hojas muertas. El ratón sabe que es perseguido y huye lo más rápido que puede, sale del camino de hojas y entra a una brecha de tierra. La víbora ya está cerca de atraparlo cuando cruzan la brecha y entran al otro lado de la sabana.

En la cima de un árbol, un águila rapaz mira a sus dos polluelos, que abren el pico rogando por comida. Poco después ve llegar a su pareja; ésta cierra las alas cuidadosamente al aterrizar en el nido. Las dos águilas se miran, parece que asienten con la cabeza, y al mismo tiempo vuelan en direcciones opuestas a buscar alimento. Una de ellas divisa un conejo que salta en la yerba, entonces baja con aleteo sigiloso hasta cerca del suelo, donde se deja caer abriendo las garras, pero el conejo brinca como resorte y se escabulle entre arbustos. La otra, surca el cielo con los ojos muy abiertos; desde ahí observa el inmenso panorama de vegetación, dividido por una brecha curvada que se pierde a lo lejos. A través de las ramas de los árboles al otro lado de la sabana, descubre a una víbora que zigzaguea tras un ratón.

Los dueños del safari viajan en el jeep tinto, rodeados por la vegetación de la sabana arbolada. Axel, que lleva apretado el volante, hoy maneja más rápido de lo habitual. A su lado, Marc

bebe una botella de Coca-Cola tibia, y piensa con deleite en el cuerpo desnudo de la mujer de su socio. Ambos tienen la cara húmeda, y durante veinte minutos de viaje no se han dirigido la palabra. Sin despegar los ojos de la brecha, Axel aprieta la mandíbula y se esfuerza en hablar tranquilo:

—¿Recuerdas cuando empezamos este proyecto? Acordamos que las ganancias serían 50 y 50.

Marc asiente con gesto de aburrimiento.

—Falta dinero de las excursiones de ayer; lo mismo pasó la semana anterior. Creí que era un error mío, pero ya no sé. Desde que tú guardas el dinero y llevas la contabilidad...

—¿Crees que te estoy robando?! —le alza la voz.

—Creo que pudiste haber hecho mal las cuentas.

—¡Bah!, las cuentas están bien. Me ofende que dudes de mí.

El sol de mediodía aumenta el calor de la sabana.

—Sólo quiero tener el negocio en orden, no es para que te enojés. ¿O será que me escondes algo? —lo mira de reojo.

—No digas tonterías; sabes que yo nunca te he escondido nada —dice, desviando el rostro hacia su ventanilla entreabierta.

Marc no está enojado, lo que siente es una especie de miedo que se le revuelve en el estómago. Miedo de pensar que su socio está por descubrir que le ha estado robando, miedo de que también descubra que es el amante de su esposa. Marc siempre ha visto a Axel como rival, nunca como amigo.

La víbora abre el hocico y se lanza sobre el ratón, clavándole los colmillos en el lomo, y éste patalea en vano. Tras digerir al ratón deberá volver al nido; sus crías están por nacer y quiere estar ahí para ayudarlas.

El águila se inclina al dar media vuelta en el aire, y desciende aleteando con la mirada clavada en la víbora. De esa forma baja entre los árboles.

Empieza a tragarse el ratón, cuando ve la sombra del águila en el suelo; de inmediato lo escupe y zigzaguea muy rápido por donde llegó. El águila cae sobre hojas y, sin perder de vista a la víbora que se aleja, se impulsa hacia adelante y vuela a baja altura, inclinándose para esquivar los árboles. La víbora huye con el corazón acelerado; bordea troncos de árboles, se abre paso entre hojas y maleza y baja a la brecha. El águila que ya casi está sobre ella, abre sus filosas garras para atraparla.

—No son tonterías; si pierdo yo, pierdes tú; así es esto, amigo —dice Axel en tono severo, volteando con Marc—. Cuando lleguemos al pueblo quiero que hagas las cuentas frente a mí.

De repente, un águila sale volando de entre los árboles y se estrella en el parabrisas, dejando el cristal agrietado con una mancha de sangre. Axel, en un acto reflejo gira el volante de forma brusca, mete el freno y pierde el control.

Asustada, se detiene y contrae su largo cuerpo, mientras las llantas del auto pasan muy cerca de ella.

El Jeep se voltea del lado del conductor y da una vuelta y media que produce fuertes ruidos; al final se detiene con las llantas hacía arriba. Una nube de tierra se levanta de la brecha. Marc, aturdido, mira a Axel que tiene el cuello roto, y esforzándose en alargar el brazo le toma el pulso... Está muerto. Con dificultad empuja la puerta que se arrastra, sale gateando del auto y se tambalea al ponerse de pie. A pesar de que se golpeó la cabeza y un río de sangre le baja por la cara, sonríe. Ahora podrá disfrutar de la esposa de Axel a cualquier momento. Camina tambaleándose, en un esfuerzo por mantener el equilibrio, hasta que...

Una bota dura aplasta la cola de la víbora; ésta suelta una mordida furiosa en la pierna de su agresor, depositando todo su veneno.

Marc grita de dolor hacia el cielo, después se lleva una mano a la pierna, junto a la rodilla. Al incorporarse, el mareo es tanto, que apenas avanza dos pasos y se derrumba.

En estado de alarma cruza la brecha, se detiene un instante para mirar al águila muerta, luego se arrastra al interior de la sabana.

Tirado boca abajo, trata de pensar cuánto dinero ganará ahora que es el único dueño del safari. No es consciente de la gravedad de su estado; más tarde sentirá mucha sed, náuseas, y la respiración agitada durante largos minutos de escalofríos. Luego su corazón dejará de latir.

Zigzaguea rápido sobre la yerba, ansiosa por llegar con sus crías. Pero cuando está cerca de llegar al nido, unas garras la sujetan duramente contra el suelo. El águila muerde la cabeza de la víbora, que pugna en vano por liberarse.

LA OSCURIDAD DEL DESIERTO

Alejandro Moreno Merino

A paco Ignacio Taibo II,
artífice de esta historia
A mis tíos Mono y Alfonso Merino;
hasta el puerto Jarocho
Al Dr. José Luis Vivar, jarocho de nacimiento,
zapotlense por convicción

I

El gran barco estaba allí, delante de mí. Se veía ese monstruo metálico anclado, aguardando a descargar sus entrañas. Mientras, el sol abrazaba todo el firmamento. Eran las seis de la tarde. A pesar de la hora el calor se dejaba sentir por todo el puerto. Diversos turistas nacionales caminaban por el malecón, junto a los puestos de vendedores de artesanías que ofrecían barquitos de madera y figuritas de bailarines Jarochos y playeras con el letrero “Recuerdo de Veracruz”. A mis espaldas, desde el Café Parroquia se escuchaba allá, a lo lejos, cruzando la calle Insurgentes un grupo de músicos vestidos de blanco tocando “La Bamba”. El sonido de la marimba, el arpa y la estrofa de “yo no soy marinero, por ti seré, por ti seré”, mientras, del bolsillo de mi camisa sacaba mi cajetilla de cigarros y encendía uno, para después de la primera calada exhalar el humo hacia el frente, como si lanzara todas mis ganas reprimidas de probar la nicotina. El humo se regresó y me golpeó en el rostro.

El joven Dylan estaba sentado a mi lado, a cinco metros de distancia en la otra banca. Él no llevaba ningún cigarro, ningún sombrero jarocho y ninguna “guayabera” blanca y mocasines lustrosos, o un paliacate rojo sujetado de su cuello. Iba descalzo.

Con las plantas de los pies completamente coloradas, su piel rubia mostraba los estragos de pasar horas bajo el sol de un puerto que olvida llevarse el calor por las noches. Las quemaduras en su espalda y su rostro combinaban con su atuendo de jipi viajero. Sus bermudas color kaki con su cinturón marcaban el paso de los días al ir apretando más y más orificios, mientras su camisa percutida con la leyenda “summer time” estaba empapada de sudor. Él también veía el carguero con bandera francesa atracado allí, nada más al arrojarle desde la banca del malecón y nadar cincuenta metros en línea recta. Era esta una hermosa postal para los turistas de Veracruz, ver a los cargueros de todo el mundo desde el malecón como edificios viajeros que recorren los siete mares. Por un segundo imaginé los millones de fotos que los turistas habían tomado desde el mismo sitio donde estábamos sentados justo con un barco enfrente.

Giró su cabeza hacia donde yo estaba y rompió el hielo: “En esta ciudad se cuenta la historia de un marino que en su juventud conoció a una mujer en el puerto de Estocolmo; nada más cruzando el océano en el mar Báltico. Se conocieron en aquel puerto. Ella estaba casada con un hombre veinte años mayor. Un agente de bienes raíces. Eso no impidió que se amaran por seis meses, los mismos que pasó el marinero mexicano varado en aquellas tierras tan “pinche” lejanas. Un día el marinero volvió. Para escribirse usaban de intermediaria a una mujer mayor, amiga de la amante. La cual recibía la carta del mexicano y su amiga las resellaba y las reenviaba a cruzar el Atlántico. Por dos años todo funcionó bien, hasta que la amiga murió de repente a causa de un infarto mientras regaba las flores de su jardín. Jamás volvieron a escribirse. La dirección del marinero mexicano estaba escrita en una simple servilleta, escondida en un armario, el cual fue a dar a la basura al igual que todas las pertenencias de la difunta. No había modo de que

los amantes supieran la dirección del otro, así que la historia de amor terminó así, tan de repente como había comenzado. Ahora el marinero debe de andar por los 60 años. Viene todas las tardes al puerto. Cuando ve que atraca un barco con bandera Sueca se lanza al mar, desde este mismo malecón y nada hasta él, buscando el regreso a aquel país.

“Al principio era como un acto heroico de un enamorado. Pero ahora es más la costumbre para romper el tedio. Más de una vez le dijeron que mejor se pusiera a ahorrar para un boleto de avión; pero dice que precisamente el acto heroico es ese; volver de polizón recorriendo el océano como un ser que se fuga de su vida, al fin de cuentas así era su relación. De todos los barcos que ha alcanzado lo han bajado. Quizás el marinero nunca existió, quizás es solo una historia para atraer turistas, pero es lo que se cuenta en el puerto. Un día, dicen, se subió a siete navieros, debe ser un récord mundial.”

Dylan guardó silencio por un momento, como imaginando al tipo allá, en un país que ninguno de los dos conocía, y ahora, aquí, en este puerto tan mexicano, que ninguno de los dos conocíamos, intentando regresar por algo que ninguno de los dos supo donde se quedó.

“Tengo ganas de caminar por la arena. ¿Me sigues?”, no tenía otra opción. Guardé mi cajetilla de cigarros, me ajusté mi gorra de los Dodgers y lo seguí como siempre, a una distancia de la cual nadie imaginara que él y yo fuéramos un intento de amigos. La verdad ni yo sabía qué éramos.

II

Lo había conocido tres semanas antes; yo, un antiguo oficial de la policía de Los Angeles, acostumbrado a detener a drogadictos en el barrio de Skid Row ahora cuidaba al único hijo de un típico hombre anglosajón de clase alta.

—Dylan es un chico muy solitario. No tiene amigos, regresó hace un año de Irak y dice que este no es su sitio. Parece que allá no las pasó tan bien. Desde que llegó se le metió a la cabeza la loca idea de conocer una ciudad en México. Al principio no me negué, supuse que iría a Cancún, Los Cabos o quizás Tijuana, pero no deja de decir que quiere ir a Veracruz. Ni siquiera él sabía dónde está.

—¿Qué tanto tengo que hacer con él? —inferí a su padre, el cual me hablaba por teléfono mientras yo sostenía una fotografía suya. Para nada quería parecer el típico “guarura” de celebridades o el prepotente de gafas oscuras que amedrenta sólo por saber que carga una pistola. Mi función si acaso tenía una era saber por qué había elegido conocer ese puerto y evitar que lo asaltaran como a cualquier turista ingenuo— ¿Usted es de ascendencia mexicana, no es así? —me cuestionó el padre—. Usted sabe cómo es México, usted sabrá cómo cuidarlo —mi abuelo era mexicano, de un pueblo de los altos de Jalisco llamado San Julián. Sólo sé que se apellidaba Márquez, que cruzó la frontera cuanto tenía 12 años y nunca volvió. Lo único que sé de México es que tiene los tacos, el tequila y el equipo del Guadalajara. Y que en San Julián los hombres aún andan a caballo y las mujeres son de piel blanca. Yo tampoco sé qué hacer en el puerto de Veracruz.

III

Sus caminatas por la arena eran muy tediosas. Lentamente recorría la playa, recogiendo piedras y fragmentos de conchas para lanzarlas al mar. El día anterior se había despertado muy de mañana. Quería ver el amanecer. Se había acercado a unos lancheros y se había puesto a platicar con ellos; después se levantó de la arena, recogió sus sandalias, que horas después olvidó en la plaza, se dirigió a mí, que lo esperaba desde la calle

y solamente me dijo “Tengo ganas de desayunar” lo seguí a cincuenta metros detrás. Fuimos al antiguo mercado y desayunamos en mesas separadas, como desde hacía tres semanas cuando supe a quién cuidaría en un viaje a México. Lo había acompañado desde Mexicali. Me le adelanté en su cruce de la frontera por Tijuana. Al principio parecíamos como un par de fugitivos que se buscan entre la carretera, pero en cuanto vio que lo seguía por la carretera supo quién era. O al menos que debía seguirlo en su viaje tan extraño. Duramos cinco días atravesando México; él en su Chevrolet y yo en un viejo Ford Focus color gris sin aire acondicionado. Tuvimos que hacer varias escalas, pero al fin, un jueves al medio día llegamos al puerto. Supuse que lo primero que quería ver era al amanecer, porque se encerró todo el día en su cuarto de hotel y no salió hasta la mañana siguiente. A las seis en punto. Yo estaba cansado del viaje del día anterior, pero antes de meterse a su cuarto tuvo la gentileza de decirme “No te preocupes por mí, sombra”, que era como ya me decía, “no saldré hasta mañana a ver el amanecer”. Era como quien dice, mi día libre, así que en lugar de descansar me dediqué a caminar por el puerto. Lo primero que hice fue cambiar mis jeans por unos más cómodos y comprarme una “guayabera” de color blanca. Al fin de cuentas lo único que yo conocía de Veracruz eran las imágenes de viejas películas como “Danzón” y “La mujer del puerto”. Yo, un nieto de un inmigrante mexicano ni siquiera conocía de dónde venía; acostumbrado a los Mc Donalds y los Burger King no sabía ni siquiera qué comer. “El parroquia” fue lo único que me dijo un taxista, ya si quiere un buen café pida un “lechero”. El taxista tenía razón, esa bebida fue como una carga de energía. Una carga de energía para perderme en estas calles, al fin de cuentas estaba en México. Al fin de cuentas, estaba junto al mar.

Al inicio del viaje Dylan parecía muy hermético, como si le

molestara que lo siguiera. No fue hasta en una gasolinera, a mitad de México que me dirigió la palabra “¿Conoces Veracruz? Yo tampoco, pero tengo que llegar allí”, era, en suma, como me había dicho, una simple sombra, un tipo que lo cuida desde lejos y ni siquiera intercambian palabras. A los dos días de su llegada supe que no se metería en problemas. Era tan absorto que no sabría iniciar una pelea.

Estaba equivocado. O equivocado a la mitad; fue a medianoche, en un bar de mala muerte en Boca del Río donde unos locales le buscaron pleito, quizás para intentar asaltarlo. Estaba a medias borracho. Calculaba que con seis cervezas comenzaría a caerse. Hicieron falta otra media docena. Él, un ciudadano americano, rubio, con sus ojos verdes que se perdían como bruma, hijo de un medio magnate de la construcción que parecía más un vagabundo, un ex marine de las fuerzas de ocupación en el lejano Irak, dejándose golpear por un par de ayudantes de narcos de quinta. Parecía ilógico ver cómo lo tundían a golpes. Al principio me detuve, pensando que mi “amigo” acabaría en un segundo con los secuaces, como en una vieja película de los ochenta, pero después del tercer golpe a la mandíbula estuve a punto de sacar mi escuadra fajada a la cintura, pero no fue necesario. Dylan retomó el hilo de la pelea y con dos ganchos al hígado acabó con sus oponentes. Esa noche retornamos al hotel en mi viejo Focus, mientras a la mañana siguiente, mientras el chico tenía una resaca del demonio, volvía por el coche de mi “amigo”, al cual en represalia le habían desprendido el espejo del lado del piloto. Era lo de menos, al fin de cuentas él se había cuidado sólo.

V

Nunca imaginé que en esta ciudad hiciera un calor del demonio. Jamás imaginé sudar a borbotones un medio día al caminar

por las calles. No sé cómo la gente se acostumbra a este calor. Al tipo que se le ocurrió fundar un sitio como este debió de estar bastante loco para pensar que a alguien le gustaría vivir entre la extrema humedad y un sol que quema cada gramo de tu piel.

—Así es esta ciudad, jefe, a todo te acostumbras, hasta el calor, —me dijo el cantinero mientras me tomé mi segundo tequila—. Mi madre —continúa su monólogo el tipo de la barra, mientras le baja al sonido de la cantina con la música de los Tucanes de Tijuana— venía de vacaciones con mi padre cada verano; siempre, el último día de su viaje en lugar de caminar por la costera, ella prefería quedarse allí, en el balcón de su cuarto de hotel, mirando el firmamento. Un día pasó toda la mañana viendo todos los barcos que atracaron en el puerto. Así era mi jefecita; en su mirada guardaba miles de silencios. A propósito, ¿por qué su amigo siempre anda tan callado?

—No es mi amigo, sólo me encargaron cuidarlo y evitar que se metiera en problemas. Dice que quería conocer este sitio. Llevamos tres semanas juntos, pero no pasa de caminar por el malecón, meterse a nadar en la playa o sentarse en la explanada del viejo faro, justo al lado de la torre de Pemex.

—Tenga jefe, llévele otro tequila, me lo encargó hace rato, pero me esperé a que se acabara los que pidió antes; este es el quinto que lleva, dice que al fin de cuentas, usted se hace cargo de él —Tomé el “caballito” con mi mano izquierda, mientras, desde la rocola me lanzó una simple mirada y ponía muy concentrado una canción de los Bukis mientras a un par de “chilangos” de la mesa de al lado les contaba la historia sobre el viejo marinero mexicano que todos los días intenta desde el muelle, subirse a un barco con que lo lleve hasta Suecia. Si seguíamos así, lo único que acabaría cuidando, sería un junior con licencia de indigente. El cantinero siguió en el otro lado

de la barra; absorto en sus pensamientos antes de lanzarme la frase:

—A propósito, su amigo me preguntó si conocí a un tal Rogelio Sánchez.

VI

Dylan caminó con paso cansado desde esa vieja casa casi derruida del barrio de la Huaca de regreso a la costera. Entre sus silencios había un mutismo más triste. Era quizás el de la soledad reflejada en sus ojos verdes. Yo no entré a la casa de techo de teja y fachada de tablones de madera. Preferí quedarme afuera y esperar que sucediera. Un par de “gansterillos” no dejaba de mirarme desde la esquina de la estrecha calle. Los ignoré. Este no era mi mundo, este no era mi sitio y ellos lo sabían. ¿Qué peligroso podría ser un “pocho” que habla el español con acento de gringo perdido de las zonas más comerciales y turísticas de la ciudad? ¿Qué tan peligroso debe ser un gringo que habla el español con el típico acento americano y que parece deambular por la vida como un cadáver?

De la casa salió un hombre de piel negra. Tenía el rostro bastante decaído.

—Oiga ¿usted conoce a ese gringo?

—Más o menos fue mi respuesta.

—Debe de estar loco de atar.

—Porqué lo dice ¿usted lo conoce?

—Nunca lo había visto en mi vida, pero insiste que conoce a mi hija Miriam. Dice que está enamorado de ella, que se conocieron en Los Angeles hace seis años.

—Y su hija ¿qué dice? —esta pregunta bastó para que al hombre se le quebrara la voz. —

—Sabe, mi hija nunca ha estado en Los Angeles. De hecho, mi hija nunca tuvo un novio gringo. Mi hija tiene doce

años que no está ni en Los Angeles ni en ninguna ciudad; mi pequeña Miriam murió cuando tenía 14 años. Su amigo insiste en que nunca la podrá olvidar, que por eso fue que vino al puerto desde tan lejos.

VII

Entre los viejos marineros del puerto existía la vieja costumbre de ir a visitar la capilla del Cristo del buen viaje, justo antes de emprender la travesía interoceánica. Dylan caminó de regreso de esa casa vieja hasta la explanada de la iglesia blanca; supuse que no era católico y nunca lo había sido; por eso se quedó afuera. Imaginé, tampoco sabía ninguna oración.

Al seguirlo entre el calor de la tarde tomé otro cigarrillo y lo encendí mientras seguía su camino. Dilucidé cuantas serían nuestras tristezas y nuestras soledades encerradas siempre en el silencio de nuestros labios.

VIII

—El medio oriente está allí, cruzando el Atlántico. Bordeando el mediterráneo, el golfo de Suez, el mar rojo hasta llegar al golfo Pérsico y estará Irak y su blanco desierto. Dicen no quedé bien de la cabeza al regreso de la guerra, eso no es cierto. Nunca volví. Ese sitio te atrapa por siempre; es tu prisión, la cual jamás abandonarás por más lejos que te largues —Dylan estaba de nuevo sentado en la misma banca junto al malecón, observando los barcos atracados en el muelle. Yo ya estaba cansado de seguirlo por todo el puerto. Seguía a un muchacho que parecía estar en todos lados menos aquí, parecía que volaba a cada momento y jamás se concentraba en nada, era en suma una sombra caminando.

—Eso debe de ser muy feo —fue lo único que atiné a decir—, mi abuelo era de un pueblo de Jalisco y nunca aprendí a

andar a caballo —como justificando que todos tenemos algo que nos ensombrece.

—En Irak conocí a un mexicano. Nos hicimos amigos desde el primer momento. De hecho, era mi único amigo. Había cruzado el Río Bravo siendo un niño de unos once años. Pensó que alistándose con los marines tendría una mejor vida que lavando platos en los restaurantes de comida mexicana que frecuentan los “gringos”. Se llamaba Rogelio, pero todos le decíamos Roger. Era de Veracruz. En las noches en el desierto, entre la enorme oscuridad y el firmamento lleno de estrellas me decía que lo que más extrañaba de México era a una niña llamada Miriam. Decía, cuando volviera a América lo primero que haría sería atravesar todo el maldito país para llegar al puerto y buscarla —nunca he estado en un país tan lejos como ese, pero dentro de mí imaginé un paisaje entre montañas y arena por todos lados y a un par de muchachos mirando el cielo y recordando sus vidas—. Una tarde, nuestra unidad hacía un patrullaje en una aldea en medio de la nada cuando fuimos atacados por tipos con turbante, sandalias y con las entrañas llenas de explosivos. Fui el único sobreviviente. Me dieron la medalla de honor por esconderme mientras mis demás compañeros levantaban metrallas y pistolas. Esa niña nunca supo que mi amigo pasaba las noches en el desierto recordándola. Mi amigo nunca pudo regresar al puerto y decirle cuánto la amaba, yo tampoco pude volver a casa.

Dylan se levantó de pronto, como si hubiera terminado la conversación. Siguió caminando rumbo al faro Venustiano Carranza, siempre en silencio y con su silueta de fantasma. Yo estaba a punto de seguirlo y encender el último cigarro aún sin comprender qué le había pasado a este muchacho cuando escuché el alboroto causado por unas señoras que se estaban tomando una foto en pleno malecón con un enorme barco de

fondo. Una de ellas lanzó un grito cuando un hombre mayor se quitaba los tenis y se lanzaba presuroso al mar. Parecía llevar mucha prisa, miré hacia donde el hombre se dirigía nadando y en el gran carguero se veía orgullosa, ondeando, una hermosa bandera Sueca.

TIEMPOS MUERTOS

Sergio Elizondo

Todos los días pienso en Fernanda y si por descuido logro olvidarla —sus piernas largas, dientes parejos y mejillas redondas—, siempre llega la noche a traerme su recuerdo. Nunca se trata del mismo recuerdo, en alguno de ellos he llegado a escucharla, otras veces sueño que la imagino. Pensar en ella es un ejercicio sencillo, en mi cabeza veo desde sus manos, hasta la cuerda que apretaba su cuello el día que la encontré.

Le pedí que se casara conmigo meses antes de encontrarla. Acabábamos de cumplir treinta años, me habían ascendido de puesto y recién comenzaba a buscar una casa en la que pudiéramos comenzar una vida juntos. Yo aún no imaginaba que al pedirle su mano la estaría condenando. Fernanda ya había estado comprometida, las cosas no salieron bien y su ansiedad la hizo pensar que no le era posible sentir las cosas de antes. Aun así, yo lo intentaba de todas formas. Hacerla feliz se convirtió en mi mayor objetivo y en mi obligación como hombre. Sentía la compulsión de resarcir el daño que otros habían hecho y mi ego me dijo que mi sola presencia debería ser capaz de ahuyentar las sombras que la atormentaban en su cabeza.

El día que le pedí su mano ella llevaba puesto un vestido negro que la hacía parecer enigmática, con su cabello suelto y el escote pronunciado.

Fue una cena tranquila. Le invité una botella de vino y después de varias copas, cuando sus mejillas comenzaron a colorearse, recorrí mi silla y saqué del pantalón la caja en la que llevaba el anillo. Ella se estiró y me detuvo del brazo.

—No te arrodilles —, me dijo.

Incómodo, me senté de nuevo y puse la caja con el anillo sobre la mesa. Ella lo sacó, se lo puso en la mano izquierda y se quedó observándolo. No tuvo otra reacción. No rompió en llanto, no hubo gritos, ni tampoco se abalanzó sobre la mesa para abrazarme. Se lo puso ella sola y con eso le dio fin al asunto.

—No quiero ofenderte, pero esta etapa de mi vida pasó hace años. Ya hice esto antes y ahora quiero que sea distinto.

—Este es otro momento — respondí —, otra etapa.

—Ya me puse el anillo —levantó el dedo para mostrarme—. Vamos a hacer esto. Sólo te pido que no hagamos un escándalo.

Pensé en arrepentirme, pero el anillo ya estaba en su dedo. Me quedé mirándola durante un largo segundo. No me atreví a decirle que de mi cuenta corría que se olvidara de sus malos recuerdos, pero la idea se me quedó en la cabeza como un fantasma que la rondaba durante las noches.

Cuando das el anillo no hay vuelta de hoja. Lo mínimo que podía hacer era intentarlo.

No pude hacerlo, me faltó tiempo y cientos de otras cosas.

Al principio tuve esperanzas. Habíamos acordado lo que queríamos. Ella la amnesia, la capacidad de mirar al futuro y yo la obsesión de convertirme en su salvoconducto. Funcionaba a veces, después de mucho pensarlo creo que hubo momentos en que la hice feliz. El problema fue y es ahí donde recae mi culpa, que no fui capaz de sostener su felicidad.

Puede pensarse que no existe vacío que no pueda llenarse, sin embargo, para quien tiene ansiedad, los pequeños instantes de felicidad son tan esporádicos como precoces, es por eso que cuando se presentan, prolongarlos puede llegar a ser la tarea más difícil. Yo la hacía feliz por minutos, a veces por días, pero nunca más que eso. Un instante de felicidad acarrearía consi-

go otro lapso igualmente largo de recuerdos dolorosos y para contrarrestarlos me dedicaba a alejarla de las tareas cotidianas o de cualquier circunstancia que le hiciera recordar eventos innecesarios. No le gustaba la música, decía que sentarse a escucharla implicaba una pausa que la obligaba a pensar. Tampoco le gustaban los chistes, los silencios, ni el humor barato. Una ruta desconocida, una ciudad nueva, o un viaje imprevisto eran los mejores remedios para ayudarla a vivir el presente. Creo que ella pensaba que podía enamorarse de mí como una consecuencia de tener planes juntos e imaginaba que el amor nos llega a todos a causa de la repetición y de las memorias compartidas.

Esa idea la mantuvo expectante durante algún tiempo. La entiendo, pensó que yo podría hacerla feliz y que sería capaz de convertirme en su necesidad. Nada más falso. No fui capaz ni suficiente. Se me acabaron los planes y las sorpresas, no supe poner a raya lo cotidiano y el aburrimiento de existir todos los días aplastó sus esperanzas. Se dio cuenta de que era imposible vivir sin pausas y sin tiempos muertos, supo, como se entera todo el mundo, que la noche nos llega siempre y la emoción que sentía se extinguió frente a sus ojos. Optó por quedarse conmigo, no porque lo quisiera realmente, si no porque ya no tenía fuerzas para retractarse. Ella no me quería, pero quería quererme. Pensó que con él tiempo llegaría a amarme y su ansiedad se incrementaba cuando se daba cuenta que no sentía nada de lo que esperaba.

No quise aceptar que iba a matarse, aunque la seriedad de su rostro me resultaba evidente. Muchas veces yo intuía que ella estaba y no estaba conmigo, que me tomaba la mano pero que se le antojaba estar en cualquier otro sitio o tal vez en ninguna parte. No quería estar ahí, ni con ella misma, quería sencillamente no estar y creo que eso era lo que la carcomía

por dentro, el tener que existir todo el día y a toda hora en algún sitio.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le preguntaba a veces cuando me faltaban las ideas.

—Hoy quisiera morirme.

Y eso hizo.

El día que la encontré sentí mi pulso atravesándome la camisa. Su hermana me había puesto en alerta. Me llamó para decirme que no había tenido noticias de ella en más de tres días y me pidió que fuera a buscarla. Hasta entonces pensé en hacerlo. Toqué el timbre un par de veces, sosteniendo el botón por más tiempo del necesario para asegurarme de que lo escuchara. Su auto estaba ahí y se le acumulaba el polvo. Intenté golpeando, después, pateando la puerta. El marco de madera se venció después de varios impactos. Corrí directo a su habitación, pero la encontré a mitad de camino. Sus pies no tocaban el piso.

Se suicidó tres meses después de comprometerse conmigo. Fue su forma de decirme que no pude salvarla. La encontré a mitad de la sala colgada a una viga del techo. Tenía la mirada perdida, la boca abierta y los ojos opacos. Mi prometida estaba azul. Vi sus piernas rígidas, sus brazos extendidos y alrededor de su cuello, una cuerda apretada que le amorataba el rostro.

Llevaba días muerta. Necesité de unos minutos para darme cuenta. No sé a qué clase de estrategia recurrió mi mente que me hizo evitar que yo fuera consciente de lo que estaba presenciando. No detectaba el olor, no vi las moscas paradas entre sus labios, ni vi que sus piernas aún se movían, suspendidas al ritmo del mundo. Cuando la encontré, lo primero que hice fue sacudirla e intentar descolgarla, me temblaban tanto las manos que lo único que logré fue apretarle el cuello con más fuerza. Fue mi voz estrangulada, el sonido que hizo su cuerpo cuando

corté la cuerda y el hecho de que sus vecinos llegaran a sacarme arrastrando de su casa lo que me hizo ser consciente de la situación.

Me había pedido tiempo y ahora estaba muerta. Después de una noche absurda en la que no pude sacarle ni una sonrisa dijo que quería estar sola y replantearse nuestro compromiso. Yo no quise interrumpirla, en ese momento ni siquiera intenté hacerla cambiar de opinión. Cuando me pidió poner todo en pausa yo acusé el golpe y opté por el distanciamiento. La dejé sola, le di tiempo para pensar y esta era la consecuencia. Si yo hubiera ido a buscarla, de haberle pedido más explicaciones, tal vez habría llegado a tiempo para salvarla. Pero cuando me dijo que no quería casarse entendí que con sus palabras yo había pasado de ser su prometido a alguna clase de pesadilla horrosa y me indigné porque a pesar de mis esfuerzos, ella seguía siendo menos feliz que antes de conocerme.

Esa idea me hizo quedarme sin aire, como si hubiera corrido durante kilómetros y al llegar a la meta, ella moviera el listón y la cambiara de sitio. Sentí que no había avanzado ni un paso, que había estado corriendo en círculos solo para detenerme unos metros detrás de donde había comenzado. Sentí que para ella yo no era nada, que nunca había sido, ni lo sería nunca.

Intenté acompañarla cuando sacaron su cuerpo. No me dejaron ir con ella. A la policía le interesaba saber qué hacía yo en su casa, por qué la había descolgado, o si realmente había estado colgada en algún momento. Me importaba muy poco si llegaban a incriminarme, a esas alturas ya empezaba a ser consciente de todas mis culpas.

No pude pensar en otra cosa en los días siguientes. Me hicieron muchas preguntas que ya no recuerdo, con excepción de una que se llevaría consigo toda la paz de mi vida.

—¿Por qué crees, que teniéndote a ti, decidió suicidarse?

Yo estaba sentado en la recepción de la funeraria, todavía asimilando la pérdida cuando escuché la voz de su hermana.

—¿Por qué crees, que teniéndote a ti, decidió suicidarse? —me dijo.

No logré responderle. Se abrió un abismo en mi garganta. Le sostuve la mirada durante dos segundos y decidí ignorarla. De cualquier forma, no habría podido decir nada que me redimiese. Sabía que desde el momento en que di la noticia, ni su familia, nuestros amigos, ni la sociedad en turno dejarían de señalarme por su muerte. Es más, sabía que sin necesidad de enjuiciarme la culpa recaería sobre mí. Porque siendo sinceros, ¿por qué se suicida alguien que está por casarse?, ¿no se supone que el compromiso, la entrega del anillo y toda su fanfarria es el momento en el que más feliz se siente una pareja? ¿No se supone que en ese momento todo es ilusión y esperanza? Nada de lo sucedido cuadraba y por eso, desde la primera llamada que hice para avisar que Fernanda estaba muerta y hasta la última de las murmuraciones, yo seré el responsable. Y hasta cierto punto lo soy, no he tratado de escapar de mis responsabilidades. Ella quería ser feliz, quiso intentarlo a su manera e ilusionarse como lo hace la gente cuando se enamora, pero fue imposible. No fui capaz de hacerla sentir nada de eso y por eso soy culpable. Sé que no dejarán de señalarme las miradas en la calle ni de reprocharme las voces en mi cabeza. Cuando la vi colgada en su sala supe que la vida como la conocía hasta ese momento se había terminado. Me había convertido en el tipo que no fue capaz de mantener feliz a su prometida. Había sido tan malo, tan insuficiente mi aporte, que ella prefirió matarse a casarse conmigo.

Durante meses enteros me siguió sorprendiendo la forma en que se apagaron mis sentidos durante los minutos que me tomó descolgar el cadáver de mi prometida. Pensé que se tra-

taba de la adrenalina, de la impresión de verla flotando encima del piso, pero fue algo peor, fue la certeza. Me dolía saber que ya no podría robarle minutos al fantasma que la consumía y que yo, en todo el esplendor de mi insuficiencia, nunca fui capaz de superar al otro hombre que ella un día quiso.

No he tratado de perdonarme, procuro no salir de la casa ni de sostener la mirada: el estigma me sigue en los ojos de cualquier hombre. No tengo dudas sobre lo que hice, le di esperanzas a una mujer que necesitaba ayuda mucho más que ilusiones. No pienso en la posibilidad de que mis planes pudiesen haberse logrado, ni me engaño pensando que lo que necesitaba era más tiempo. Las voces en mi cabeza me dicen que ni cien años habrían sido suficientes.

Me siento bien dentro de mi cuerpo, he tenido tiempo de pensar en mis proyectos, en lo que quiero y en lo que me propongo. Pero no he vuelto a leer, a escuchar música, ni a reír. En el auto nunca bajo las ventanas, me da vergüenza que me reconozcan, no miro a las aceras ni a la gente que cruza. Ya no tolero los rostros ni a sus calumnias.

Voy a donde necesito interactuando con el mundo lo menos posible. He dejado de observar a las mujeres, no hablo con ellas ni veo sus sonrisas. Sé que algunos me sospechan loco, enajenado o antropofóbico. Sé que piensan que aún estoy enamorado, convaleciente y en estado de luto. No saben que yo ya he dejado de lamentarme por lo que pudo haber sido. Lo que me duele es el porvenir, lo inevitable de seguir viviendo en lo sucesivo. Sé que podría convertirme en gerente, manager o director ejecutivo de alguna empresa en el mes o el año siguiente, pero la culpa estará allí inevitablemente, entonces cuando comenzara a olvidarla por exceso de ocupaciones, yo mismo volvería a su casa para seguir recordándole.

También podría mudarme, cambiar de aires o dejarme morir. Pero si yo muero nadie entendería que cuando bajaba la cara no lo hacía por el dolor de la pérdida, si no por la vergüenza de no haberla salvado. Y si me mudo a algún sitio donde nadie me reconozca pensarán que no fui capaz de confrontar la culpa y que me escapé para poder olvidarla, para reír, para adoptar un perro y para no seguir pensando que Fernanda se colgó por mi culpa.

He decidido quedarme en mi sitio. Cada dos o tres días vuelvo a su casa. Me asomo por las ventanas abiertas y sin cristales. Durante el día alcanzo a ver la cocina y la sala llenos de polvo, durante las noches sólo los ventanales evitan que algún vagabundo entre y se quede a dormir. Los vecinos tampoco se acercan, todos saben lo que ocurrió adentro y evitan la casa. El pasto ya está crecido y el contador de la luz dejó de moverse. No me he atrevido a tocar a la puerta. Sé que ella está adentro, veo su sombra entre las cortinas, esperando a que la rescate.

NUEVO VIEJO MUNDO

Alejandra Alonso

I

A metros de distancia, Georgina se podría confundir con el paisaje. Su piel sería la arena ocre, su vestido azul el río que cruza el llano. Avanza sigilosa. La hierba se abre a su paso. Enseguida un conejo se cruza en su camino, se inclina para acariciarlo y en la tierra ve un destello. Es una argolla semienterrada. Georgina la saca y con ella brota un puñado de hilos rojos que están unidos a un abanico negro. Lo extiende, ve flores turquesa bordadas en la tela. Parece la cola de un pavoreal. Lo agita y el viento le refresca la cara. Sigue agitándolo mientras camina. El sol arde como nunca. El abanico aletea como una mariposa. Georgina mira al sol. El brillo hierde sus ojos. Vuelve a mirarlo porque algo ha ocurrido en el cielo. El sol se ha vuelto más grande. Cada vez que agita el abanico el astro aumenta su tamaño. He atizado al sol. Dice. Lo he atizado igual que a una brasa.

Quiere dejar de moverlo. Pero ¿Cómo dejar de provocar aquel suceso que la maravilla? El abanico oscila con más fuerza. Un viento feroz empieza a despertarse. Basta. Dice Georgina y cierra el abanico. De nada sirve porque el sol sigue más vivo que nunca. Ella guarda el abanico en su bolsa y corre hacia su casa. No sabe que ha desatado un viento terrible. No sabe que ha atizado el fuego interior de los hombres.

II

Por la ventana sale disparado el calendario. La furia del viento lo hace dar varios giros en el aire. Va y se estampa contra la llanta de un coche. Días y meses dan vueltas sobre el asfalto.

Calizo se percata de que algo ha salido por la ventana. No alcanza a distinguir qué es. Sigue sentado junto a su hijo Adamantis en la mesa redonda. Su dedo gordo pisa los botones del control remoto. Ningún canal lo satisface. Adamantis no mira la pantalla. Está concentrado viendo las imágenes de su libro de Historia. Atónito, alza la cara cuando su padre grita: ¿Guerra? ¿Guerra en estos tiempos?

Incendios y tanques aparecen en la pantalla. Hombres con ojos de fuego. Sangre y caras empolvadas. Adamantis se turba. Lo que ve en la pantalla es similar a lo que estaba viendo en su libro de Historia ¿Qué las guerras no eran cosas del pasado? Se pregunta ¿Y si lo que encontraba en su libro se manifestaba? Cierra el libro de golpe sin decirle nada a su padre.

Afuera el viento mueve sus tentáculos. Adamantis se asoma a la ventana y ve pasar espirales de polvo. Golpean las puertas como látigos. Adamantis intenta cerrar la ventana, pero una espiral de polvo entra silbando a la casa. Eleva cortinas, papeles y el mantel de la mesa. Calizo ayuda a su hijo a cerrar la ventana. La espiral de polvo pierde fuerza hasta que se deshace en el suelo. Nuevas espirales de polvo emergen en el aire. Destruyen cables de luz y de un chispazo desaparece la energía eléctrica. Lo único que ilumina la casa es el sol naranja de las seis de la tarde. Calizo busca cerillos en la cocina. Enciende una vela y la pone al centro de la mesa. Más tarde, padre e hijo suben a la planta alta de la casa. Se asoman por las ventanas. En medio de la penumbra ven el resplandor de las fogatas en los otros hogares.

Por la mañana Calizo se percata de que la luz no ha vuelto. Encuentra baterías en el cajón de su buró y se las pone a un viejo radio. El locutor narra los estragos que las espirales de polvo dejaron a su paso. Postes caídos obstruyen la carretera. La voz del locutor se distorsiona, ahora parece que tiene jabón en la boca. Calizo apaga la radio y baja a la sala. En el suelo des-

cubre una fila de insectos negros que no había visto desde que era niño. Toma uno y lo ve de cerca, tiene grandes ojos claros y su boca se curva como si le sonriera. Lo arroja al suelo y dice que es un niño. Así me decía mi padre que se llamaban estos animales: niños. Abre la puerta y ve que las espirales de polvo han dejado la tierra revuelta. Piedras volcadas, pequeños pozos por donde salen insectos extraños. Lombrices se retuercen a sus pies. En el cielo ve al sol desafortado. Se cubre los ojos.

—Pa —le dice Adamantis desde la puerta.

—No salgas —le contesta y lo empuja hacia adentro.

—¿Por qué?

—Porque el viento de ayer ha revivido cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas que ha traído de vuelta. Es mejor que no salgas.

Entran y Calizo limpia el polvo que está sobre la mesa. Por toda la casa hay montones de arena que soltó la espiral de polvo. Lávate la cara. Le dice Calizo a su hijo. No puedes sentarte sucio a la mesa porque es sagrada. Adamantis abre las llaves del lavabo. El agua cae en sus pequeñas manos. El espejo refleja su cara empolvada. Es semejante a un ladrillo. Se frota con agua y jabón. Sobre el mármol corren ríos naranjas. Observa su cara pulcra. De sus pestañas cuelgan pequeñas gotas. Parece que llora diamantes. El relieve y la gran mata de su cabello dan forma a un zorro que duerme sobre su cabeza. Adamantis lo cepilla con las yemas de sus dedos. Después regresa a la mesa.

Calizo ha servido dos platos. Adamantis mira el cabello de su padre. Está tieso y empolvado, como un ramo de raíces ¿No debería estar aseado en la mesa? Pocas veces los padres siguen los consejos que le dan a sus hijos. Piensa. Los dos comen veloces. El jugo de naranja limpia sus gargantas. Afuera alguien sacude el guayabo que da sombra a la casa. Calizo sale y ve a un niño que se escabulle. Ha robado una guayaba. Dice Calizo. En

el cielo mira al sol agrandado. De pronto siente que algo hierve en su estómago. Entra y se sienta en el sillón. Suda. Piensa en el niño que se ha robado la guayaba ¿Será bueno ir a decirle a sus padres? Pero ¿Por qué? A él nunca le había molestado que alguien tomara una guayaba de su árbol. Suda. Siente que un fuego crece en sus entrañas. Ese niño le provoca rabia. Futuro criminal. Sabandija. Suda. Piensa que aquello en su estómago sea sólo una agrura. Sus intestinos se contraen. Suda. Adamantis lo mira cabizbajo, con una mano en el estómago.

—¿Qué tienes, pa? —le pregunta.

—Odio. Tengo Odio.

La puerta se abre de golpe. Calizo cuenta las guayabas de su árbol. Son veinte. No volverá a permitir que falte una. Desde lejos ve a su vecino, el padre del pequeño ladrón.

—No quiero que tu hijo vuelva a acercarse a mi casa —le grita Calizo.

—¿Qué? — contesta su vecino.

—¿Estás sordo? ¿O qué?

Es la primera vez que Calizo pelea con sus vecinos. Exaltado trae maderos y alambres y comienza a construir una cerca alrededor de su casa. Nadie volverá a invadir mi propiedad. Dice. Los vecinos comienzan a imitarlo. El sol exorbitante es testigo de su odio. Pronto quedan divididas las casas. Unas con muros, otras con cercas. Ahora es de noche. Calizo termina exhausto. Sube a su cuarto y se sienta al borde de la cama. No duerme. Sólo mira el fulgor de la luna. Recuerda cómo lo miraban sus vecinos. Pudo sentir su odio ardiente ¿Qué tal si alguien intenta entrar a su casa? Piensa. No debe dormirse. Tiene que proteger a su pequeño Adamantis. Ese niño brillante que no daña a nadie. Debe prevenirse de futuros invasores.

Es de mañana y Calizo sale para contar sus guayabas. 18, 19, 20. No falta ninguna. Entra de nuevo. De la cocina descuel-

ga un cuchillo radiante. Podría elegir una pistola para matar al que quiera entrar a su casa, pero lo cautiva el silencio con el que el cuchillo abre la carne. Solo hay que deslizarlo con fuerza. Ya ha practicado con animales. En su cuarto el espejo le dice: Estás débil. No eres el más fuerte. Hay un pequeño que te supera.

El puño de Calizo dibuja zigzags en el espejo. Los pedazos de plata chillan bajo sus botas. Ningún enano me derribará. Dice y se quita la camisa. Llega al pie de la escalera. Hay que ejercitar las piernas. Sube una y otra vez los escalones. Enseguida se cuelga de las vigas y ejercita los brazos. Adamantis está sentado en un sillón de terciopelo. En su libro de ciencias ve una imagen de la evolución del hombre. Mira a su padre haciendo piruetas con un cuchillo ¿No se asemeja un poco a uno de los hombres de la evolución? No al primero de la fila. Quizás al tercero ¿De nuevo se manifiesta lo que ve en sus libros? Lo cierra y en su estante busca otro. Saca Don Quijote de la Mancha. Al reverso lee que trata sobre un caballero que defiende a los desvalidos. Vuelve a sentarse en su sillón. Lee absorto el primer capítulo.

III

Georgina sube al techo de su casa. Desde ahí ve que el mundo es un brasero. Desapareció la luz. Ahora reina el fuego. Un fuego interior y exterior que ha visto crecer entre la gente. Y todo por no parar a tiempo el abanico. Quisiera poder apagar todo este desastre. Dice ¿Y si lo intento ahora que es de noche? Va y trae el abanico. Lo agita con fuerza desde el techo de su casa. Sus brazos ligeros parecen ramas en movimiento. Es un árbol que danza en la oscuridad. Su cabellera negra limpia la atmósfera. El viento empieza a silbar. Un vapor sale del pecho de los hombres. No pueden verlo, pero después de que lo expulsan sienten alivio. El odio deja de crepitar en sus entrañas.

IV

Calizo permanece insomne en la sala. El cuchillo que lleva en la mano brilla con la luz de la luna. Ruidos se escuchan en la cocina ¿Invasores? Se pregunta. Avanza cauteloso. De las sombras sale un pequeño que tapa su rostro con la tapadera de una olla. Calizo recuerda lo que le había dicho el espejo: No eres el más fuerte. Hay un pequeño que te supera.

—No lastimarás a ningún hombre —dice el pequeño y descubre su rostro.

—Adamantis —dice Calizo, turbado.

—Soy el defensor de los desvalidos —dice Adamantis y enseña un palo que lleva en la mano.

El vapor sale de los cuerpos del padre y su hijo. Los dos respiran hondo y sus cuerpos se relajan.

—Tus manos no se mancharán con la sangre de otro hombre —le dice Calizo a su hijo y suelta el cuchillo.

Adamantis abraza a su padre. El vapor que expulsa la gente sube al cielo e inflama las nubes. Una fuerte lluvia cae sobre todo el mundo. Georgina sigue agitando el abanico. Es tanta su fuerza que se evapora por completo.

LA ESPUMA DE ÍTACA

Alejandro Valdovinos

Cuando llegué a la costa, la sal del aire empañó inmediatamente mi piel y me sentí pegajoso. La nostalgia pegó fuerte en mi pecho, como una ola de mercurio. Consumí tantos veranos en esta playa cuando era un niño, que no puedo desmenuzar con claridad cuándo mi abuelo, con la vista estrellada lanzada al horizonte, me dijo esto: «Un árbol en la playa nunca conocerá nada que no sea su costa. Nada que no sea arena, mar o espuma».

Así que de un momento a otro y sin darle tantas vueltas al asunto, decidí abandonarlo todo y echar raíces aquí. Permití que de mí salieran unas largas (y no tan bellas) hojas; pues al plantarme en este lugar, necesitaría toda la energía de la que pudiera disponer.

Por supuesto que lo hice pensando que al estar aquí no te volvería a ver jamás, y te puedo asegurar que desde ese entonces —y todavía—, es todo lo que deseo, aunque pregones lo contrario.

La primera noche manché la arena con mis suspiros y tu recuerdo aún tiritaba de frío a lo lejos. Debí entender la primera señal, pero lejos de alarmarme, me hizo sentir feliz. Creí por un momento de injusta inocencia, que te alejabas, como un cometa que abandona la tierra.

Pero fueron pasando los meses como desfile de conchas marinas que se fueron calcificando en años. Devoré los días viendo al horizonte, con la paciencia de un ciego que cuenta la sal del mar. Disfrutaba el juego inocente del viento entre mis rugosas y enormes hojas. Además, confieso que nunca creí encontrar tanto cariño y sosiego en las invisibles, pero firmes caricias que daba el mar a través de su brisa.

Y como si eso no fuera suficiente para mí, una cruel tarde de marzo, bajo la tenue luz naranja de un sol resignado a dormir, presté atención a una nube solitaria que surcaba la delgada línea entre el cielo y el mar. Distinguí, entre todos sus suaves bordes, uno que me recordó al perfil de una nariz que conocía muy bien. Era una vulgar imitación de tu cara y mi imaginación te completó sin mi consentimiento. Recuerdo también haber visto tus pestañas en la línea violeta que flotaba bajo el sol. Eran quizás tus relieves, quizá tu lunar, quizá ya eran tantos quizases que ya no me dejarían vivir en paz.

Estaba desesperado, inquieto como un toro enjaulado. Tu imagen quedó fijada en mí. Me atormentaba en cada instante, de noche o de día, con sol o tormenta. Resolví alejarme, dar media vuelta y abortarlo todo. ¿Qué no hubiera dado por tener pies y salir corriendo de aquí? Pero maldita sea, ¡era muy tarde! Estaba suscrito de por vida a ti y mis raíces eran mi contrato.

Huyendo de un nosotros, me vine a anclar al frente eterno recuerdo de tu rostro. Comprobé que el mar es el espejo favorito de los demonios. Imaginaba que en el horizonte flotaban efímeros vapores que exhalabas de tu boca, repasaba cada tarde aquella imperfecta imitación de tu cara y en mi recuerdo: eras cada día más bella, dibujada entre un marco de nostalgia y arena.

Ahora estoy atorado aquí, con la esperanza de que alguno de esos barbudos turistas que vienen a esta playa a contemplar el majestuoso sol del verano cargue un hacha.

YOUALTEPUZTLI

J. A. Vázquez

Antonio, mi querido nieto, ignoro cuándo leerás esto, hijo mío, pero sé que será cuando yo haya comenzado a recorrer mi camino a la otra vida. Aquel enigmático y misterioso sendero del que nadie puede asegurar a dónde nos lleva. No sé a dónde me trasladará el mío, si al Edén, quizás al Valhalla, o al Mictlán. No vayas a tener prisa en alcanzarme, no obstante, déjame contarte aquí una historia. Más que una historia un secreto, el secreto de cómo amasé mi fortuna. ¿Te acuerdas, hijito?, tenías nueve años cuando me preguntaste: Abuelito, abuelito, según mi papá siempre fueron pobres pero un día conseguiste mucho dinero. ¿Cómo le hiciste?

En ese momento, perdona si me molesté, perdona que te dijera con aquel vozarrón “¡¿Qué te importa mijo?!” No debí hijo, sé que no debí, pero después de leer esta carta sé que entenderás. Antes de hacer esta carta yo me aseguré de dejar a la familia tierras, propiedades y dinero en cuentas bancarias para que las próximas generaciones de nuestra familia no sufran de enfermedad, hambre, frío, las penurias que yo viví. Eso y la envidia de ver a otros con cosas que tú deseas. Esa, la envidia puede consumir el alma más que cualquier veneno o cáncer, así que ten cuidado con ella mijito. No le tengas envidia a nadie, y cuidado de a quién se la causas.

Pero volviendo al tema, yo dejé lo necesario para que nuestra familia prospere por muchos años. Pero si en algún momento, ya sea por alguna mala decisión financiera que tu padre, tus tíos, o tú tomes, o por una estupidez tal como la bebida o el juego, y este patrimonio llegase a peligrar, hay una manera de recuperarlo, o crear uno nuevo. Pon mucha atención hijo, por-

que absolutamente todo esto es importante, sobre todo, real, muy real. Pues hace décadas cuando era joven y ambicioso, pero no más que un pobre diablo, un triste y agotado empleado de un rancho cuyo sueldo miserable ya casi no le servía para mantener a mi familia de ocho hijos, y con un noveno en camino. Cuando tu tía Lupe se enfermó, estaba muy grave y necesitaba de medicinas muy caras, que yo no podía pagar, fue en ese momento que supe tenía que hacer algo. El tiempo corría en mi contra, y no quería ceder a uno de mis hijos sin dar pelea.

Hubo un momento que pensé en robar, pero entrar a las propiedades de los ricos podría salirme peor. Ya que temí que, si me atrapaban, me hubiesen matado, o metido a la cárcel a pudrirme por años. Me habrían apartado de mi familia que dependía completamente de mí. Pero, sobre todo, no quería que el último recuerdo que tuvieran mis hijos de su padre fuese el de un ladrón, pues era pobre pero honrado.

Siendo así, pensé en mi última opción, hacer un pacto con Satanás, venderle mi alma a cambio de hacerme inmensamente rico para mantener a mi familia y sacarla de la miseria. Por lo que, tras preguntar con discreción entre la gente del pueblo, finalmente me dieron la dirección de una bruja, a quien busqué para preguntarle cómo invocarlo. Pero aquella horrible mujer no hizo sino derrumbar mis esperanzas, pues dijo que el diablo no se aparecería ante mí, no importa qué rito, cantico, embrujo o sacrificio hiciera. Ya que no tenía nada que ofrecer, y la triste alma de un pobre trabajador de rancho como yo no valía nada. Recuerdo que suspiré derrotado, pues pensé que entonces estaba condenado a la eterna miseria, a hacerme a la idea de ver a uno de mis hijos morir por enfermedad sin poder hacer nada. Que eventualmente más de ellos, o todos compartirían el mismo destino con el tiempo. Conmigo solo como testigo, un mero observador de circunstancias inalterables.

No obstante, la bruja me dijo algo, el secreto que voy a revelarte. Pues antiguamente, los aztecas, tlaxcaltecas, y otras tribus de nuestros ancestros del centro de México, recurrían a una entidad para buscar riqueza, sabiduría, o ser grandes guerreros. Esta entidad era llamada: Youaltepuztli.

Me dio indicaciones muy, ¡MUY ESPECÍFICAS!, lo escribo de esta manera mijo, porque en verdad son muy específicas, o, mejor dicho, estrictas. Y si algún día tienes la necesidad, y decides ir en busca de este ser, tendrás que acatarlas al pie de la letra, tendrás que estar resuelto y saber muy bien que una vez comenzando no hay vuelta atrás. ¿Entiendes? Una vez comienzas, no puedes retractarte o las consecuencias irremediablemente serán fatales.

Vas a viajar la Ciudad de México, y vas a tomar un camión, taxi, o lo que tú quieras al Desierto de los Leones. Vas a pararte a la entrada del bosque, la que tú quieras, la zona no importa. Tú solo, sin nadie más. Esta es la primera indicación, o más una recomendación, lo debes hacer solo, en pareja corres el riesgo de que todo salga mal si tu acompañante no está bien mentalizado, ya que él o ella puede hacerte fallar y caer en las consecuencias que después te explicaré.

Bien, entonces te pararás a la entrada del bosque, más o menos a partir del mediodía, y ahí te vas a quedar, bien quietecito. Va a ser cansado, lo sé, pero no hay de otra. Entonces, cuando estén próximas a darse las tres de la tarde, vas a oír golpes, lejanos y distantes. Golpes secos como los de un hacha talando árboles. Esa es la señal, ubica con el oído la dirección de la que vienen esos golpes y camina hacia allá. Tú sólo camina, camina, y camina. Aquí viene la segunda indicación, pues nuevamente vas a tener que ser paciente, ya que puede que dejes de oír los golpes, pero sobre todo que empiece a caer más la tarde, y el bosque se ponga oscuro. Pero no debes dejar de

caminar, escúchame bien, ¡NO DEJES DE CAMINAR! No debes detenerte pues la prueba comenzó, no dejes de caminar por ninguna circunstancia. Mantén tu vista al frente para que puedas divisar obstáculos y con tiempo sortearlos. Puedes mirar atrás, pero sin detenerte. Si se hace de noche, y no oyes nada más, ni encuentras nada, puedes irte y volver otro día.

Después de un rato, y que sientas que los pies te arden, vas a volver a oír los golpes. Esta vez más cercanos, y sobre todo mucho más fuertes. ¡SIN DETENERTE! Vas a ubicar la dirección otra vez, y nuevamente vas a ir para allá. Prepárate, lo que viene a continuación, es lo peor, y más importante.

Pronto dejarás nuevamente de escuchar los golpes del hacha, pero vas a ver a un alto, muy alto hombre, o lo que se puede llamar hombre. Semidesnudo, usando sólo un taparrabo de los que usaban los antiguos pobladores que te conté. Pero no es lo peor, pues vas a notar, que no tiene cabeza. Exactamente, leíste bien mijo, ese hombre, esa cosa no tiene cabeza. Su enorme cuello que parece así mismo un tronco de árbol está sin cabeza, pues ésta parece haber sido rebanada por algo sumamente afilado. ¡NO TE VAYAS A DETENER! ¡SIGUE, CAMINA HACIA ÉL! No importa el miedo, no importa cuánto te griten tus instintos, no te vayas a detener, y, sobre todo, ni se te ocurra salir corriendo. A partir de aquí pueden pasar dos cosas. La primera y más común, es que el Youalteputztlí se dé la vuelta en dirección contraria a ti y se vaya caminando lento. Entonces para y vete, pues no está interesado en ti, y puedes volver otro día. Tranquilo, estás fuera de peligro. Pero que ni se te ocurra ir tras él, te repito, no está interesado en ti, así que no lo vayas a hacer enojar.

Pero... si pasa lo otro, y el Youalteputztlí empieza a caminar hacia ti. Bueno, aquí comienza la prueba final, y más vale no te retractes, ya que, si lo haces y quieres correr, muy posi-

blemente por la caminata tus pies están tan dolidos y cansados que a esa cosa no le será difícil alcanzarte. La bruja me dijo que quienes lo han ido a buscar, y ya nunca se supo de ellos otra vez, fue porque no siguieron las indicaciones. Trataron de huir, pero fue en vano. Pero, en dado y remoto caso de que, si lograrás escapar, él soltará una maldición sobre ti, una que traerá sobre tu vida una miseria inimaginable. Una tal que desearás mejor haber muerto ese día, ya que la pobreza, el hambre y la enfermedad empezarán a ser parte de tu vida y la de tu familia, el precio que pagarás por tu cobardía. Otra razón más para que te mentalices muy bien, y entiendas por qué te dije que no hay marcha atrás.

Entonces, si él camina hacia ti, tú sigue, Pronto, conforme te acerques a él, vas a notar que de su cuello y por todo lo largo de su pecho hasta lo más bajo de su abdomen, aparecerá una línea roja como una cicatriz en carne viva. Luego, cuando estés a pocos metros de él, como cinco o tres, el pecho de él se va a abrir como una boca. Las costillas serán los dientes, o mejor dicho largos colmillos. Que, si el miedo no te domina, notarás que hará chocar entre ellas y hará un sonido similar al de un hacha golpeando madera. Ahora sabes de dónde venía el sonido.

Finalmente, estarás frente a él, a escasos 30 centímetros. Él se detendrá, y tú vas a hacer lo mismo, te vas a quedar abrumado por su gran tamaño, y la horrible boca salida del infierno que está delante de ti, que parecería puede devorarte en un solo bocado. Pero no lo hará, a no ser falles en lo siguiente. Pues las costillas se van a abrir al máximo, liberando un fuerte hedor a carne podrida. Dejando que veas su interior, sus entrañas rojas, sus órganos, pero sobre todo su enorme corazón palpitante, latiendo lento, pero fuerte. Podrás oír sus latidos como si se tratase de un enorme tambor tribal.

Eso se trata de una invitación, abrió sus costillas al máximo y te muestra su corazón porque te invita a que lo toques. Sin miedo, lleva tu mano y sujeta su corazón con fuerza. Prepárate, ahora sí viene lo peor y más difícil, aquello por lo que viniste. Te va a sujetar el brazo con sus enormes manos, y las costillas se van a cerrar sobre tu brazo. No grites hijo, no demuestres dolor, sé que se sentirá como si te lo fuera arrancar, como si esas costillas a modo de colmillos lo fueran a mutilar, pero no lo hará, nunca lo hace. A partir de aquí, tu único trabajo es aguantar, resistir el dolor ocasionado por la presión sobre tu brazo, el asco de las entrañas viscosas y el pútrido hedor. Si gritas, si le demuestras miedo o empiezas a suplicar, entonces sí te va a comer irremediabilmente. Pero debes aguantar, aguantar, y aguantar, y aguantar, hasta que se digne a soltarte. No te preocupes, según la bruja mientras más te sostenga será mejor. Yo recuerdo que me sostuvo cerca de una hora, o quizás fueron unos minutos que se me hicieron largos debido al dolor.

Pero cuando me soltó, hizo ese sonido de hacha con sus costillas, las cerró, se dio la media vuelta para irse caminando como si nada mientras yo aguantaba gritar por el dolor. Creí tener un hueso roto, pero sorprendentemente no, el dolor comenzó a desvanecerse muy rápido, como si nunca hubiera estado ahí, y tampoco tenía marcas de los dientes.

Puede que aquí te preguntes “¿Y ya, es todo?”, sí, yo también creía que iba a lanzarme oro y piedras preciosas. Pero no, lo que obtuve fue algo mejor, su bendición. La bendición de tener la mejor suerte del mundo según la bruja.

La salida del bosque fue más fácil, y de paso debo decir que me sentía ligero, fresco, también limpio. Una sensación similar a estar recién bañado y perfumado, también me invadió una enorme sensación de alivio, de confianza, de paz. Por lo que decidí ponerlo a prueba. Tras conseguir un aventón que

me devolviera a la ciudad, y llegando a la central de autobuses para volver a casa, me detuve junto a un puesto de boletos de lotería, compré uno, lo raspé y me lo llevé. A los dos días, cuando anunciaban a los ganadores de ese sorteo por la radio, sostuve el boleto en mi mano para oír claramente, y aún sin poder creerlo que había ganado.

Quizás me decepcionó no ser el primer lugar, pero sí el tercero, lo cual me dio el dinero suficiente para pagar las medicinas y el hospital de tu tía Lupe, además de pagar mis otras deudas que tenía con el banco. Todavía me sobró dinero para comprar dos vacas lecheras para que tu abuela fuese a venderla al mercado y tener ingresos extras. En menos de un año, esas vacas se convirtieron en cinco. Entonces dejé mi trabajo en ese rancho para dedicarme por completo a mi ganado. Me hizo falta una carreta para llevar la leche y un caballo para jalar de ella. Compré la carreta y el caballo a un viejo que bajaba leña del cerro. Era un animal un poco mal alimentado, pero se veía fuerte, por lo que cumplía el trabajo. Hasta que un día en el mercado, un curioso lo miró para descubrir que tenía tatuado en la oreja un número. Al investigar, se trataba de que el caballo perteneció a un rico general del ejército quien le regaló el caballo al viejo que se lo compré, un semental. Lo engordamos para reponerse y pronto me empezaron a pagar por la maquila del animal. Filas de ganaderos y criadores de caballos que querían que ese animal cargara a sus yeguas. Miles de pesos por semana caían a mi bolsa por ese animal.

En menos de cinco años, nuestra vieja casa de adobe ruinoso convertida en una pequeña hacienda, esas cinco vacas fueron ciento cincuenta, y luego quinientas. Ese caballo no duró mucho, pero luego compre diez, uno para mí y para cada uno de mis hijos. Compré terrenos para sembrarlos de maíz y sorgo. Tu abuela Lidia, mi querida esposa, ya no tuvo que

trabajar más, mis hijos fueron a la escuela y eventualmente a la universidad. Una lluvia de suerte interminable, una bendición extrema como nunca imaginé. La gente en el pueblo comenzó a hablar, unos decían que me había encontrado un tesoro, otros que le había vendido mi alma al diablo. Nadie se explicaba cómo un pobre tipo empleado de un rancho como yo, se hizo rico de la noche a la mañana. Pero todo fue gracias a Dios... y al Youaltepuztli.

(Inspirado en el mito azteca del Youaltepuztli, el ente sin cabeza)

BREVE REPASO AL BESTIARIO PERSONAL

Juan Valdovinos

A las bestias hay que abrazarlas. Aparecen cuando menos te lo esperas y se instalan casi siempre en la habitación propia. Necesitan cercanía; son como enormes y aterradoras mascotas —espero con ello no alterar la pasividad que han mostrado últimamente—. Pero un día ya no están, se van, dejan apenas el espacio que ocuparon para que después aparezca una mayor.

Hace muchos años me acompañaba una de ellas: bestia oscura, de sempiterna cara al suelo, con los ojos saltados como gotas de un espeso líquido a punto de caer. Su nombre lo conocí en sueños. Después supe que así se instalaba primero en la mente de uno, luego en todo lo demás. Al Sicoterrero lo precedía su olor, como a ropa mal secada y un silbido constante y desentonado, apenas un hilillo de sonido como salido de un minúsculo orificio. Yo era muy joven, no quería ni voltear a verlo. Ahora no recuerdo bien qué hacía, pero según los registros que tengo jugaba malas bromas, movía cosas de su lugar —casi siempre palabras— y provocaba humedad en las paredes. Para deshacerme de él sólo tuve que escribir su nombre y asegurarme de que alguien más lo leyera. Seguro así se convirtió en inquilino de alguien más. Lo siento.

Dos de estos seres son más recientes: el ángel negro y la migala. Menos extraños, lo sé, pero más difíciles de deshacerse de ellos, como plagas comunes.

El ángel oscuro se instala como una curiosidad pequeña en la habitación. Es una presencia incómoda que interroga con su respiración. Te escucha atento y cuando quiere saber más: bufa. Entonces crece, le salen horribles plumas negras, sus hombros se ensanchan, los brazos y piernas se le alargan y

queda por siempre postrado, sentado como en cuclillas. Crece tanto que ya no hay manera de sacarlo por la ventana, ni por la puerta, ni por ningún lugar. Su respiración no te deja dormir, escucha incluso tus sueños y se interesa por ellos. Se vuelve cada vez más estorbo, más redondo, más ruidoso. Apenas deja espacio para entrar a la habitación y acostarte en la cama. Se vuelve un mueble viejo e inservible que jamás saldrá de tu casa. Hay quien lo llama ángel para un final, para un adiós y dicen que es el más terrible, el implacable, el más feroz.

No se va jamás. Su materia oscura es sólida y dolorosa. Pero hay dos maneras de atenderlo: dejar de alimentar sus respiraciones, no contarle más nada, o abrazarlo y convertirlo de nuevo en un ángel más pequeño, hasta que pase por la puerta, por la ventana, llevarlo al patio, señalarle las estrellas, las galaxias, batir un poco sus entumecidas alas y dejar que vuele, que se vaya como una paloma herida a la que atendiste y que con suerte, en algunos de sus alejados vuelos, se cagará encima de alguien más.

La migala, por su parte, no llega sola. Insecto enorme y repulsivo, el ser más grande de los arácnidos: panza de rubí, patas largas y peludas y otras extremidades que parecen colmillos. A la migala te la acercan para que conozcas el infierno de los hombres, ya nos lo han dicho. Hace ruidos toda la noche con sus patas, como si fueran las uñas inquietas e incansables de unas horribles manos danzando sobre una superficie dura. Tan venenosa como lenta; paciente, concedora del terror que impone su presencia. No hay manera de hacer nada con ella.

La migala es una declaración de guerra firmada a ocho patas. Una sentencia ineluctable, irreductible, inenarrable. Hay quienes incendian su hogar para intentar desaparecerla, quienes tapan todas las salidas de la habitación donde se instaló, quienes fumigan con los venenos más poderosos de la antigüe-

dad. Pero es inútil. La migala, una vez vista, parece estar siempre agarrada de la nuca propia, dejando caer poquito veneno de sus colmillos listos para destruirnos de un piquete la mitad de la espina dorsal, ahí donde dicen habita el alma. Sólo se va contigo cuando esa mordida inyecta su ponzoña en tus venas. Por eso, si la ves, intenta agarrar ese rubí en su panza de una buena vez y déjate de remedios infructuosos, porque para eso la depositaron cerca de ti. Es bien sabido que no son animales que busquen el calor del hogar; sólo las viejas hechiceras y los muy oscuros magos pueden meterlas en cajas para después susurrarles tu nombre hasta el hartazgo y nimbarlas con un sólo objetivo: tu alma.

Aquellas son las que he visto, pero ahora percibo una nueva bestia que apenas puedo describir: transparente, espesa e inconmensurable. Casi estoy seguro de que está en todo lugar donde no hay nada, como el aire. Como si fuera una gelatina cuajándose alrededor de ti, en toda tu habitación. Tan cuadrada como las paredes que te rodean. Creo que tiene la capacidad de hacerte ver cosas que no están ahí. Sustituye la realidad con otra muy viscosa; instala un sonido sordo desesperante y tosco, vuelve el tiempo aceitoso y lento. Adora vivir en ese espacio incómodo y busca familiarizarte con ella y con su inasible presencia: te invita a salir a deshoras y caminar hasta donde jamás habías llegado, te cuenta desternillantes historias que después resultan crueles anécdotas. Te obliga a seguir extrañas figuras por las calles, figuras que después se multiplican dejándote con ganas de partírte en dos para continuar la persecución. Coloca sus pesadas manos en tus hombros siempre que estás sentado, provocando la cabeza gacha y dolores de espalda.

Además de viscosa es invasiva y plural. Les cuenta a los demás que estás bien en ella, que hasta la tomas con fruición. Después regresa y te hace creerlo (te lo narra en atractivas len-

guas lejanas, con acentos que te derriten y te hace imaginar una seductora boca cuyo labio inferior no deja espacio para la duda). Te lleva a la ventana y te enseña un reloj suyo, el caminar de sus manecillas contrasta con el de la torre de enfrente. El de la bestia es más valioso, más lento, alcanza para todo, coacciona, te hace creerlo, te hace creer todo y todo te convence. Te coquetea con la ilusión de un tiempo elástico, con promesas irrealizables, con una melodía dulzona y afable a tu ritmo, a tu volumen, a tu gusto.

Te hace sonreír pensando en sus defectos, ese es su mayor acierto. Refleja la realidad como el espejo de una academia de ballet: por todos los ángulos pero al revés. Lo sabes porque para encontrarla tienes que abrir la puerta con la llave invertida. Cerrar para abrir, abrir para cerrar. No se puede ver, pero seguramente tiene siempre una sonrisa pintada, porque sabe que tiene la mano ganadora en este juego de dos donde no cabe nadie más, ni para observar. Tiene virtudes, sí, lo sabes porque te lo dice al oído: toda la demás fauna desaparece, acomoda los muebles para que tu espacio luzca aprovechado al máximo, te duerme mirándote a los ojos y te despierta del mismo modo.

Transparente y astuta. Pesada y erótica. Sensual e intuitiva. Recreación ventral, calor de artificio, calma indolente. Bestia sin forma, sin color, sin olor. Sosa y espiral. Provocadora de parrafadas. De esta aún no conozco su cura ni su objetivo.

POESÍA

CARTA DE UN COLIBRÍ A OTRO (HUITZILIN)

Lizeth Sevilla

Que no me falte tu vuelo
en este cielo colorido
que habitamos juntos
que no me falten tus ojos
diminutos y abiertos al asombro
tus ojitos de ámbar cristalino
que me muestran la bondad del mundo
que no me falte tu boca
de pájaro cantor
que no me falte la palabra que me ofreces
el canto con el que me despiertas a la vida
cuando las verdades de la tierra me sofocan
que no me falten tus manos
que luchan por la libertad
tus manos y brazos que aletean
tantas veces
contra viento
para llevar el canto de otros
que no me falte tu paso por la tierra que somos
el cielo que somos
el mar y los ríos que somos
que no me falte la quietud con la que surcas bosques y ciudades
que no me falte tu cuerpo
ahí donde me encuentro ave
donde descifro las raíces de los nuestros
que no me faltes nunca Huitzilín
es lo que pido.

CANTOS DEL BOSQUE

Lizeth Sevilla

Que la bondad de la tierra
te acompañe
que puedas recibir los colores
que te ofrece
las pausas
que te pide

Que tus oídos escuchen
el canto
de las chicharras
y sepas cuándo piden agua
y cuándo anuncian tempestad

Bendice tus semillas

Entre tus manos pequeñas
reúne tus maíces
tu frijol
tu calabaza
que la tierra las reciba

Que tus pies
reconozcan la humedad
y vayan danzando por el surco

Que tu milpa se multiplique

Nunca olvides que ahí en la tierra
y en los cielos
hay otras vidas

Aimara
también sembramos para las aves
para las ardillas
para las calandrias y las tuzas
estas tierras que nos dan de comer
son también tierras de ellas

No envenenamos a nuestra madre
Nakawé
nuestra raíz

Cántale
llévale ceniza de tu fogón
el mezcal de tu mesa
el café de tus amaneceres

Protege la tierra de otras plagas:
protégela del monocultivo
de las transnacionales
vendrán a ofrecerte dinero

Aimara
la tierra es sagrada
nuestras semillas
nuestra raíz
se protegen

Que la bondad del sol
acompañe tu paso
que la lluvia bendiga cada mañana
tu parcela
que tu ombligo esté conectado con la montaña

Ella te dirá cuándo es tiempo de seguir.

LA MUJER QUE LOS PÁJAROS CONFUNDÍAN CON ÁRBOL

Jaime Jordán Chávez

A Gloria Fuertes

La abuela
era alta como un ciprés
y tejía con el corazón de las nubes

La abuela
escribía por las noches
hasta convertirse en niña

intentaba detener las guerras de los hombres
armada solamente con un par de
/versos infantiles

grafiteaba los muros del lenguaje
con más de 70 años y una orquídea
floreceda
en los pulmones

Cuando se detenía a mirar el amanecer
los pájaros la confundían con árbol
las flores con mariposa
y los tigres con un jardín
donde las bestias más salvajes
duermen en paz

Escribió noticias de sus sesos en el país del sueño
a través de un periódico
solo para niños

publicaba artículos sin opinión
para regalar cachitos
de su alma
y después de trabajar cinco décadas
tuvo la nada en el bolsillo

Un día cayó como un árbol gigante
cansado de dar frutos
anidar pájaros
y componer la sinfonía
de sus hojas

Ahora ya no teje las nubes
no invita a la luna para tomar el té
ni habla con los volcanes

Ahora van a su encuentro las criaturas del bosque
y presienten
que es la belleza lo que ha muerto.

PAÍS DE AUSENCIAS

Jaime Jordán Chávez Ordoñez

Hoy 2 de octubre, la luna parece una cabeza decapitada
y no puedo dejar de mirarla.
Pienso en las mujeres desaparecidas
que salieron a la calle sin saber que esa sería su última noche,
su ausencia irremediable se coagula hasta convertirse
en un fantasma que está con nosotros en cada instante,
hasta ser dos piernas con las que aprendió a caminar este mundo
hasta desollar nuestro silencio que es casi un cuerpo
y nuestro cuerpo que es casi un silencio.
Mi país es un cadáver que todavía respira
arrojado a un baldío que nadie conoce.
Mi país son los estudiantes marchando
hasta que el estado los aniquile
en una plaza abierta como una herida, a los ojos de todos.
Mi país es una madre buscando en la calle
el alma que le arrancaron,
removiendo entre los huesos, para ver cuáles son de su hija.
Mi país debería ser invisible como el de Roque Dalton
pero lo llevo encarnado a la espalda
como a un gemelo que nació muerto,
aunque trate de persuadirme de que no
aunque escriba estos versos llorando por dentro
para no llorar por fuera,
porque en mi país los hombres no deben llorar,
aunque me acueste sobre el tepetate de una miseria absoluta
que se viene fisurando en mis sueños desde hace muchos años,
aunque no tenga tiempo ni siquiera para respirar
siempre tendré tiempo para que me duela esta patria,
esa será mi mayor condena
ser un pueblo transformado en un poeta. Pero no ser el poeta

que merecería tener este pueblo.
Yo solo sé cantar mientras la ciudad se derrumba
y sentir que sus calles son parte de mi desnudez
y arder en ellas como lo haría en cualquier infierno,
nunca he servido para avivar fuegos no nacidos
ni para construir palacios en el aire,
cuando me golpeaban de niño
de los moretones de mi cara nacían flores y plantas
que yo arrancaba y ocultaba bajo mi brazo
para que nadie nunca las viera. Mi naturaleza
como la de muchos de mis ancestros,
siempre ha sido la de entregar los tesoros más hermosos
a pesar de recibir los golpes más fuertes. El día que muera,
digan que viví como un pájaro que cantaba solo por instinto
a pesar de repudiar la jaula que lo tiene encerrado.
O mejor aún, no digan nada, déjenme desaparecer
para reunirme con todos los que han sido olvidados.

UNA FLOR AUSENTE EN EL JARDÍN DE LAS PALABRAS

Yair Ascensión

Te arrancaron la lengua, Malinalli
y con ella también el pasado.
Se abrieron para ti
las puertas del silencio.

¿Quién te condenó al exilio eterno?
¿Quién te desterró de tu propia carne?
¿Quién vino desde la tierra del sol ausente
a sepultar en tu pecho un crucifijo
del tamaño del miedo?

¿Quién apagó tu canto, Malinalli?
El espejo sonoro
con el que solías nombrar al mundo.
Ahora los ríos, las aves y las flores
se parecen más a la palabra nunca.

Te arrancaron la lengua, Malinalli
tu silencio es una pregunta
y también una respuesta.

POEMA

José Emmanuel Navarro

Cuando tengo algo qué decir
lo aprieto entre mis manos
hasta que sangre.

Exprimo la tinta negra sobre el papel
y le doy la forma de
esa última despedida
en que mis labios quedaron náufragos para
/siempre.

Tomo un verbo y juego con él en mi boca
como si fuera un hueso de durazno.
Y luego lo escupo al suelo
como si fuera una maldición.

Entonces finjo que no es fuego el amor.
Tomo todas las letras de la palabra fuego
y las transformo en amor.

No en la palabra amor
sino en amor genuino que consume.

Tomo todas las palabras que conozco
y finjo que mi Dios es el relámpago que existe
y que está ahí.

Aunque efímero
eterno.

Casi sombra
y luego luz entera
para ser casi sombra otra vez.

SI FUEGO

José Emmanuel Navarro

En mis sueños he llorado
como si Dios me hubiera traído
al mundo desnudo.

Hay un monstruo en el espejo
que pronuncia otras palabras
pero yo escucho mi nombre.

Ojalá pronto terminara todo.
Ojalá el tiempo fuera en reversa
y yo anduviera por los días que ya he pisado.

Si el tiempo avanza y luego vuelve
no me gustaría vivir este momento otra vez.
Quisiera ver el día con otros ojos.

Y si todo ardiera en llamas
me gustaría estar en el centro del mundo.
Para que todo ardiera a mi alrededor.

LOS SOLES DE AGUA

Luis de Loera

I

El otoño es un teatro en ruinas.
La luz del mediodía se deshoja sobre las calles del fin del mundo
y en la boca se marchita el sabor vegetal
de los amores jóvenes.
Te han visto pasar
me cuentan con voz fúnebre
y en mi mente navegas sin rumbo
por un mar de transparencias
una región sin nombre gobernada por el frío.
Tu perfil se desdibuja bajo la sombra de las galeanas
y no me queda más remedio que hacer el recuento
de los días perdidos
de las plegarias pronunciadas
al calor de la hora fugitiva.

II

El verano ha muerto
el aullido de los trenes ha vuelto a poblar los campos.
Quisiera decir que he cambiado
y creer que es posible escapar de esta vida horizontal
de esta vocación de equilibrista
empeñado en retrasar la inevitable caricia del suelo.
Quisiera decir que no estoy bien
que no pertenezco más a esta región del aire
pero sería mentira
lo cierto es que nada me falta porque nada soy:
en mis sueños
los colibríes eligen mis manos ciegas
como lecho de muerte.

III

Hubo un tiempo en que los espejos no estaban vacíos
y las palabras eran tersas
un tiempo en el que bailar era ser
fugazmente inmortales.
Hoy la poesía existe para recordarnos que todo lo grande
todo lo invencible
arde con una rapidez prodigiosa
la poesía con todos sus nombres
con sus buenas intenciones
es un cuenco rebosante de arrepentimientos
un muladar de asombros.
El otoño es tan solo el otoño.
El amor no es más grande que la palabra que lo nombra.
Aquí
bajo los soles de agua
soy un prisionero del aire
el único actor de este teatro en ruinas
que aguarda el final
del último acto.

VACÍO

Daniela Esmeralda Pimentel Nodal

Me pongo a buscarle rostro a las cosas,
en el momento en que los delirios
me aprietan la garganta.
Ahora pasan como objetos inanimados
ante las pupilas de un mar silvestre.
No he podido dormir pensando
en la inmensidad de los mares,
del mundo a un lado del río,
del azul perfecto en el fondo del mar.
No tiene sentido, lo sé,
pero, así como esto, nada entra en lo común,
lo correcto e inequívoco se ha extinguido
al pasar por la puerta de los años.
No logro encontrar vida
en la declarada epifanía de los sueños comunes,
ahora los pasos caminan sin nada,
descalzos al pie del tiempo y ansiosos de eternidad.
No puedo ser yo,
no lo soy sin este vacío entre las costillas
que ahoga la masa. Yo soy la masa.

Soy ese abandono crónico a la luz,
¿Existe salvación acaso?
O solo abrazar debo
al inmenso espacio que me envuelve.

LA ONDULACIÓN PERMANENTE

Alejandro Robalo

Esta es mi muerte
el revés del aliento por donde atraviesan los gusanos

Desciendo al poema a punto de abrirse

Palabras que ya no caben en mis ojos
palabras devoradas por palabras

Desciendo al poema
este es mi cuerpo
desnudo como un sueño
como una revelación a punto de ocultarse

Este es mi cuerpo
que se desangra en el mar equivocado

Aquí está mi carne
transitoria
elevada en plegarias
en medio del reposo

Con las manos abiertas
me sumerjo en el poema

Sé que existo en el reflejo de las hojas
bajo el árbol mutilado de esta carne

Aquí el sitio de mi tacto
de la fragmentaria memoria de las formas
del instante oblicuo que es también mi casa

Recorro el poema
y me duplico
deposito las contradicciones en mi sangre

Ardo los márgenes de mi boca
para exigir el silencio dentro del silencio

Desciendo al poema a punto de escribirse

Esta es mi voz
el sonido luminoso a través de un pájaro
Toda voz torturada se parece
un breve delirio que cruza el horizonte

Esta es mi muerte
los párpados cerrados en mi mano
el habitar continuo de las cosas
la encrucijada
los labios que me duelen

Aquí mi muerte
el primer verso ondula
y es todo el poema.

MONOGRAFÍA DE LO INFAUSTO

Alejandro Arenas

I

Tiene la muerte lentos potros salvajes,
ciudades cabalgando sobre el polvo,
falsos estandartes de luna nueva.
Uniforme afásico, afónico azul sin rumbo.
Comensales que sueñan siempre el mismo plato y
se sacian de un súbito tiempo.
Pero también tiene ratas lánguidas, quizás,
ratas emborrachadas,
perdidas en la carne de la locura,
animales sórdidos que se quedan ciegos y
beben aguardiente hasta el amanecer.
Pero tal vez no son ratas, son ángeles cayendo por las escaleras,
apuestas de la carne, heridas rancias,
o sólo viento mal trazado; lo que queda
tras una bandada de pájaros,
o desolado escombros que nadie mira.

II

Tiene la muerte una fuga de leche amarga,
olores a ácido sulfhídrico,
a canela reducida a cenizas,
a papel quemado por la tarde,
a melaza ardiendo durante horas.

Arena movediza, triste desierto.
Patria ya gastada de huesos y
de dulce estrella molida. Cae la brasa y
cae la muerte delgadamente como la gota de una llave.
Ojos que persiguen hacia lo hondo,

lo más hondo de una luz que se pierde en sí misma.
Galerías abiertas al vacío, llenas de bocas, cantos,
vómitos rojos que saborea con la mirada.
Pero aún más, siempre pensante en el centro del todo,
infla el pecho duramente; da un galope, un relincho
y crece como una costra.

III

Tiene la muerte estrechas ventanas,
perros que miran a través de ella,
colmillos, jeringas de sal que se clavan en el cuerpo y
hacen que los ojos salgan de sus pozos.
Oración donde principia la llaga de lo eterno.
Llanura exacta para quedarse mudo,
o palpar el esquelético gemido de quien galopa a ciegas,
entre calles sin nombres, entre olvido y memoria.
Pero también, piedra silenciosa que, de pronto, aparece de la nada
y se burla y se eriza y se arrastra
desde una esquina en agonía.
Sube por las escaleras, sombra de mohó;
tiene claridad del infinito; ahora traspasa las paredes,
afila las manos; babea como una vaca blanca.
Sabe la muerte a migajas de pan,
pero también su angustia que lo engulle todo.

RETÓRICA DEL EXTRAVIADO

Alejandro Arenas

I

Háblame a ciegas.
Cuando tú me hablas la muerte huye por el techo.
Los relojes se vienen abajo de un súbito golpe,
los autos pueden andar por encima de la tarde;
una pequeña piedra se vuelve oro.
Háblame a través del falso espejo, desde
la sorda arena que cae a mi lengua, como
si dentro de estos escombros se moviera algo,
o bien, aún estuviese el paraíso original.

II

Di mi nombre detrás de las puertas.
Búscame por donde no tengas idea.
Desata tus perros,
diles mi nombre,
que olisqueen un hueso roído, roto, reventado:
al primer hombre que vean caminando sin cabeza,
o algo que se arrastre por las aristas,
que no lleve cráneo, ni columna. Y sólo se escuche
un caer de puertas, un lento motor de nada.
Sacude las rejas, empuja tu voz
contra la noche, pero diles mi nombre,
no dejes de escarbar en las nubes,
que no sea tierra baldía mi cuerpo.
No frenes tu vuelo,
sigue cavando sin litorales,
atraviesa el centro del planeta y
pálpame por las raíces oxidadas del tiempo.

Pues a esta hora en que algo se pierde, ceniza y sangre
en perpetuo combate, solamente
di mi nombre hasta formar una esmeralda.
Persigue la luminosa úlcera
que se disemina por los senderos,
o el aroma de un aceite quemado,
o el hedor de un viejo alcohol de farmacia.

III

El abismo se rompe en dos y me devuelve sin rostro,
desnudo, con un montón de espinas en la boca.
Es la humedad que crece a mitad de mi garganta
poblada de otras luces distantes,
casi a semejanza de lo subterráneo,
apenas suficientemente tácito
para que oigas el estrangulamiento de un grito.
Pero si antes que anochezca, escuchas
mi vientre en el fondo del túnel, la cóncava guarida del agua
que repasa las memorias de mi estrella, desprende
a un ángel de sus ojos para dármelos
durante el alba creciente. Pero también,
haz que la sombra rechine como madera,
haz que la sombra sea un ancho río
donde navegas y me sueñas
como un pez en tus manos.
Así, desde mi vuelo hacia abajo, en el descenso de lo eterno
dar finiquito al retrato de musgo que me acecha,
a mi lenta médula amarga,
a este ardor de oscuridad.

INTERROGACIONES DEL NAUFRAGIO

Octavio Ricardo Hernández Hernández

Nada se oculta pero tampoco es cierto todavía.
Este presente es sólo ese silencio tuyo,
Ahora busco una memoria diferente a la del agua.
Busco una proximidad.
Busco una mañana sedicente para mis dudosas invisibilidades.
Busco una forma de poder tocar la oscuridad para escuchar en el
/silencio
mi propia voz que se enreda en el follaje de árboles ausentes,
de árboles levantados en el aire como una manifestación del olvido.

El efluvio del olvido es un silencio vivo, enterrado en la carne.
Se confunde con el vacío, con los nombres inventados por el aire de
/ciertos recuerdos,
de ciertas exhalaciones de los ojos abiertos a la noche y sus
/frustraciones
disueltas en el tiempo que habitamos,
en el lugar que transcurrimos y que nos hace más viejos.

Silencio que se resuelve como el agua.
En su núcleo la memoria aún respira, oscila la marea impronunciable
/de tu cuerpo,
vibran las indefiniciones de tus labios y sus oscuros desplazamientos.

Te quiero.
Te quise dulcemente bajo el agua.
Te quise bajo las formas imprecisas de la lluvia,
en la distancia, en la soledad que pesaba sobre mis palabras,
pero me aferraba a los rescoldos de tu aliento sobre mi mejilla, a tus
/labios puestos sobre mi pecho.

Pero algo nos destruía, nos impregnaba de olvido,
nos circundaba de una ausencia que borraba los límites de aquellas
/formas de tocarnos.

Ahora los nombres ya no nos pertenecían.
Tu cuerpo herido, tu cabellera destrozada fundaban en mí, oscuros
/presagios,
signos insomnes convertidos en la nostalgia del naufragio
que ha de resguardar los movimientos imprecisos de tu corazón.

LO QUE ARDE Y OTROS DESHIELOS

Octavio Ricardo Hernández Hernández

A Luis Vicente de Aguinaga

Lo que arde de la noche, es la luz.
Lo que se apaga en los cuerpos,
es la otra mirada,
donde todo es al verse.

Adquiere conciencia ese olvido.
Nos abrimos al mundo.
Miramos a otra parte
con ojos más amorosos aún,

Que los dulces lenguajes
que se encienden en los cuerpos.
Puerto nocturno

Donde los ojos de pájaros no descansan.
Migran en otros aires y en otras lluvias,
alcanzados por su imagen definitiva.

EL ELEGIDO

Frank Alejandro Montelongo García

I

Cadáver impaciente y desarmado
o cuerpo florecido a los tropiezos,
así, un hombre de espalda a los sucesos
se hunde y se reinventa, alucinado.

Y me detuve sobrio ante el costado
del Señor, el silencio de los rezos
se reflejaba tácito en sus huesos
como en el bosque un ciervo acorralado.

Hay un jardín de muérdago y cicuta,
hay puñales rozando la garganta
y una nación desierta y absoluta.

En el rencor del hijo que te canta,
en el rejuego que pudrió la fruta,
el árbol de mis muertos se levanta.

II

¿Es el destierro el vómito o la nave?
¿El vértigo del fin, la adrenalina?
¿Soñará el general con su doctrina?
¿Cómo podrá fingir que nada sabe?

¡Qué de señales! El olivo, el ave:
barranca de la idea que ilumina.
¿Quién pudrió la virtud, la miel, la harina?
¿De nuestra casa quién robó la llave?

En el altar del polvo y el olvido
alaban su obra. Soledad y escombros.
Arda la casa, fuego renacido,

todos los muertos salgan del asombro.
Enterrad más profundo al “Elegido”.
Una paloma se posó en su hombro.

ARTES MIXTAS

Julio Espíritu

“Dios tiene un beso tuyo en los labios”
me lo dijo José Cruz
el día que lamía tus piernas
y tu cuerpo era como un acetato en órbita
un acetato que gime sin recato
nada más que el mundo

R1

Esta hambre perra de ti
que entra por los ojos
y va directo al paladar
a la boca que se llena de saliva
con la imagen del lunar coqueto
al lado de tu pecho
y el olor a hembra mía
que dejas como estela
como moléculas que dicen

“sígueme cobarde
hagámoslo en cualquier parte
en una iglesia
hagámoslo
cobarde”

y esta hambre perra
que se abalanza y trepa

y entra y rasga
y es felicidad o lengua

como bandera ondeando por el aire
mientras la calle nos mira

y te muerdo

a seis patas te muerdo

capote
espada
y gritas

“Ole”

y los ancestros aplauden
desde el tercer episodio
aplauden
porque esto es un exorcismo
una suerte suprema
un hacer justicia con las propias manos

R5

Esta manía de sentirnos abatidos
de ponernos la camisa
el traje la nostalgia
de ponernos los calcetines
los zapatos el cinturón
de amarrarnos las ganas
esta manía de separarnos
después de frotarnos como animales
y hacer del tiempo
un verso generoso y único
de pensar que somos
una serie de momentos
condenados una y otra vez
a la fractura
esta manía de regresar
hundir la cara
sacar el pecho
aceptar la sumisión
y recordar lo que perdemos:
un clamor o un silencio
el resto de mis horas
que esperaban copular
con tu cuerpo que es la vida

ZOOCIEDADES

Emmanuel Rocha

V

llueve en la selva que es mi patria
soy un hombre mirando esas distancias de algo
pero
¿qué gana un animal diciendo que es un hombre?
¿qué gana?

la vida es un palmo de tierra quebrantada
mi jardín es tan solo una de esas rajaduras
¿y yo?
yo no soy más que un rostro con pétalos caídos
con el tallo blando
y las raíces cortas

¿yo?
yo no soy un animal
aunque lo digan
yo no protejo
ni cuido
ni envidia de los míos
yo no me levanto en garras si despluman mi parvada
yo no muerdo
no grito
no corro
no empujo
ni siquiera vocífero
cuando vienen a cazarnos

¿yo?
yo levanto las patas

bajo el pecho
dejo que me den los golpes como alimento
y digo que sí
que amo esta tierra
que en ella se vuelca la palabra polen
y que
aunque esté casi seco
con las raíces hinchadas
con el tallo a pulso de quebrarse
nacerán más palabras como gruñidos
robustos o torpes
pero nacerán
y así vendrán más animales como yo
que dicen ser un hombre mirando esas distancias de algo
pero
¿qué gana un animal diciendo que es un hombre?

VII

el costo
es gratuito
por el frescor
de una cabeza
recién llegada
la clara
osamenta
[interiores mallugados

en la placa
no aparece
el nombre
ni la raza
ni la época

nadie sabe cómo llegaron ahí
aunque se nota lo caliente de un cuerpo
en ese pedazo de carne

IX

los animales como las palabras
pelean por la supremacía que los contiene

yo como verbo busco los actos en los actos
a veces encuentro huecos donde hubo carne
a veces huesos donde hubo vida:

una vez
cuando apenas era la cría
de otra cría un poco más grande
vi cómo destazaban a un cerdo

nadie fue capaz de reprochar algo

qué ganaría un animal reprobando la muerte de otro

callar es
ante todo
el primer paso para la vida

ENSAYO

EL REGUILETE DEL OMBLIGO

Paulina Velázquez

“Mi habitación
es la ciudad más grande
de la infancia

...

Lo único malo de esta ciudad
es que entre más años, centímetros
y recuerdos se junten en mi estatura,
se va volviendo cada vez más pequeña”

Alejandro von Düben

Mi acercamiento hacia la literatura infantil proviene de la niñez, no porque hubiera mucha literatura en casa o porque se le tomara importancia a este tema, sino porque si creemos en el destino tendría que aceptar que por designio me tocó vivir más vidas de las que tenía, y para ser más clara, siempre anduve a la sombra de la imaginación. Nunca me dejó desamparada, para bien o para mal. Uno de los primeros acercamientos se originó con los libros de textos de la SEP, libros, que podría decirse llegaron a mi vida de forma obligada, gracias a la educación básica. Por medio de dibujos y letras cambiaba de hábitat, me transformaba en campo, sintiendo el aire fresco, presenciando cómo una señora de rostro café-mole, le daba de comer un arroz que no lo parecía a unas gallinas diminutas. Otras veces me tocaba asistir a la boda del piojo y la pulga, bailaba con el ratón, estaba feliz porque se iban a casar “Salta el ratón desde el ratonal/Amarren al gato, yo iré a apadrinar”/ Tiro lo tiro, tiro liro liro.” Siempre me pregunté si de verdad había sido invitada a aquella fiesta, o si sólo era una intrusa que pasa cerca

y admira las luces y huele la comida, pero no será invitada a entrar. Me hubiera encantado serlo, me hubiera robado un par de limones de la cocina para obsequiarles a los novios.

También leí a Lorca mucho antes de que apreciara su poesía, y fueron sus versos, “Verde que te quiero verde”, los que se convirtieron en un clásico de mi memoria. Pensaba una y otra vez en aquellos versos, pensaba una y otra vez en aquella cabeza mía que apenas expandía su mente, no sabía cómo traducirlo, pero sentía las palabras. Me conformaba con conocer el color verde. Entonces pensaba; el amor es verde, y por tanto el amor es un árbol, las plantas de mi madre en el patio, la albahaca de la pasta, el campo y el viento. Verde que te quiero verde, repetía, y a suspirar como si aspirara el color y la vida. Veía la ilustración de Medusa, esa mujer de cabello de serpientes y decía en susurro, pobre mujer, está condenada. Había en sus ojos horror, siempre quise ayudarla, pero temía que me convirtiera en piedra. Incluso me costaba darle vuelta a la página, pensaba que con sólo tocar el papel recibiría aquel extraño hechizo. A través de ilustraciones e historias el reguilete del ombligo comenzaba a girar y siguió girando, quizá, los engranajes se han ido de a poco oxidando, pero tengo la certeza que el reguilete del mundo continúa moviéndose de forma circular.

Literatura bíblica

En mis primeros años de vida, mi madre cambió de religión, con este cambio comenzó una lista larga de enseñanzas bíblicas. De esta época deriva el pequeño libro amarillo con letras rojas, *Mi libro de historias bíblicas*. Libro esencial en mi infancia, aprendí del *Génesis*, entre el fuego y la desolación Dios dispuso la creación de los elementos y los seres vivos “Y Dios pasó a decir: enjambren las aguas un enjambre de almas vivientes, y vuelen criaturas voladoras por encima de la tierra sobre la faz

de la expansión de los cielos.” Así, por arte de magia y por el poder que nunca pude comprender y que a la fecha aún no soy capaz de asimilar, Dios creó el planeta en el que me había tocado vivir. Presencí las primeras tragedias que siempre emocionan y entristecen de la literatura; la envidia de Caín hacia Abel, a tal grado que el bruto y tosco Caín mató a su hermano, y yo me preguntaba cómo pudo hacerlo, era su hermano, y los hermanos, yo que tenía dos, eran lo máspreciado de mi existencia. Tampoco sabía asimilarlo, pero entendía que la envidia es un líquido agrio que me hacía pensar cosas malas, cosas que transformaban el azúcar en sal, hace que la leche se corte y que el chocolate se convierta en lodo.

Fueron muchas las historias que aprendí en aquel libro amarillo, por ejemplo, la historia de la reina Jezabel, que fue arrojada desde la torre más alta por ser mala y más que nada por no ser del pueblo de Israel, cosa que no comprendía del todo, pero el punto era que Israel era el pueblo escogido y todos los demás no. Sin duda una de mis favoritas era la de los Nefilim, aquellos gigantes que nacieron de las relaciones entre ángeles y humanas. En el libro se explicaba por medio de pequeños fragmentos y dibujos, cómo aquellos ángeles que pertenecían a la pandilla del diablo, bajaban a la tierra de vez en cuando, y en estas visitas les gustaron las mujeres más hermosas; se transformaron en hombres y de estas relaciones, nacieron los Nefilim. Eran malos y destruían todo a su paso, pero eran gigantes y era asombroso imaginar a los hijos de ángeles y humanas. Al recordar aquella historia pienso que siempre me concentré en las mujeres hermosas, idealizaba ser una de ellas. A pesar de la moraleja del relato, a mí lo que me cautivaba era que éstas habían tenido el privilegio de ser escogidas por los ángeles, y más que nada ser admiradas desde el cielo. Siempre guardé esa ilusión como un sueño íntimo, tal vez por una idea

extraterrestre que siempre persiste en mí y la cual se reforzó por un cuento que leí en la secundaria, precisamente en un libro de la SEP, del cual lamentablemente no recuerdo ni al autor ni al nombre del cuento.

Otra historia era la de David contra Goliat, en mi pecho sentía orgullo por David, aquel relato me hizo entender a muy temprana edad que la grandeza va más allá del físico o de los conceptos superficiales. Por último, la historia que siempre recordaré es la del sabio rey Salomón. Llegaron a su corte dos mujeres peleándose, ambas decían que un bebé era suyo, el rey Salomón las escuchó y decidió que para ser justo debían partir al pequeño en dos. La primera mujer aceptó, la otra comenzó a llorar y dijo que mejor se lo quedara la primera, fue así como el rey Salomón supo quién era la verdadera madre. Esa historia ponía a girar mi reguilete, ponía a girar demasiadas emociones, veía en la ilustración cómo el pequeño bebé se alzaba entre llantos para ser partido y cómo una mujer sufría y la otra estaba tranquila. A pesar de ser una historia que me ponía ansiosa, el final siempre valía la pena.

Cuando pienso en todas esas historias bíblicas que contenían una crudeza demasiado temprana, me doy cuenta que la crudeza de la vida comienza desde el ombligo, antes de salir al mundo, quizá, es esa la razón porque gustan y se quedan grabadas en el cimiento de los recuerdos.

Roald Dahl

Juan Rulfo en la entrevista que hace para televisión española en el año de 1983, dice con una mueca pícaro, “Todos los niños hemos sido malos, los niños son malvados” mientras la entrevistadora pregunta ¿hasta qué época?, Rulfo contesta “Hasta que recobran un poco la razón” luego agrega que tal vez él nunca la ha recobrado. Es esta afirmación la que me hace pen-

sar en la evolución de piernas y manos que tuve en mi infancia, y es cuando entra Roald Dahl, autor que con su literatura infantil marcó mi niñez con personajes que no siempre eran los mejores, contenían un dejo de malicia pura, malicia infantil, que los hacía tan humanos y a la vez tan entrañables. Claro que en aquel entonces yo no sabía ni siquiera el nombre de Dahl, ni sus libros. No conocí ninguna de sus obras a través de la literatura, sino más bien a través del cine. Así como gran parte de la literatura infantil es complementada por medio de ilustraciones, la función de la cinematografía se complementa con imágenes y sonidos, siendo esto conveniente para los infantes.

Tal vez en mi casa había pocos libros y menos aún de literatura infantil, pero sí había televisión y programación de tele abierta. Fue a través del cine que conocí *Las brujas*, una de mis películas favoritas, homónima del libro, la cual siempre me remontó a aquel lugar que mi padre llamaba, “el cerro de la bruja”, que se encuentra en Tierra Caliente, aquel que tiene forma de pico y aún conserva una construcción que a lo lejos parece un castillo. Mi padre decía que era el cerro de la bruja, que ahí vivía. Tal vez por esa evocación fue más especial la historia de Dahl.

En la historia del galés, las brujas hacen una convención para presentar una pócima tan poderosa que convertirá a los niños en ratones, esto con el fin de exterminarlos de la tierra, consiguiendo la paz de su existencia. Este hecho desata una odisea que provoca que el personaje principal y su abuela se enfrenten a la maldad de la bruja reina. Yo me preguntaba qué hubiera hecho si una bruja me convirtiera en ratón. La abuela del niño era una heroína, valiente y fresca, pensaba en mi pequeña cabeza de ocho años, esas son las ancianas verdaderas. Después de ver la película recuerdo que tendía a observar a las mujeres desconocidas; qué tipo de zapatos traían, si se rasca-

ban la cabeza, en caso de que la peluca les molestara, tratando de localizar a las brujas que nos rodeaban.

Existía una pequeña historia dentro de la historia, una que nunca olvidaré, que siempre provocó en mí, temor. La historia de la niña que desaparece, un día la encuentran dentro de un cuadro de la sala de sus padres, un cuadro que recrea un paisaje y en el fondo una cabaña. Esa chica va creciendo hasta hacerse anciana, un día desaparece del cuadro. Siempre temí a eso, para mí era lo más triste que le podía suceder a alguien, quedar atrapada en un cuadro. Estar sin estar, sólo contemplando, sin poder atravesar el obstáculo que te separa, estar imposibilitada. Quizá es la historia más triste que me contaron en la infancia.

Matilda

Si la abuela de *Las brujas* era una heroína, la mejor heroína de mi infancia sin duda fue Matilda, otra joyita de Roald Dahl, y que Danny DeVito llevó al cine. No existe aún a la fecha otra heroína más interesante que Matilda; superdotada, lectora, independiente, valiente y única, ¿qué más podemos pedir? Matilda convertía la tragedia en poder y eso para mí era y es una lección invaluable. En vez de lloriquear porque era una niña no deseada, ni comprendida, ni atendida, ni valorada y, en conclusión, inexistente y tonta para los demás miembros de su familia, ella se hizo independiente y culta. Esa fuerza con la que nació, esa autenticidad y valentía que adquirió en la soledad fue la que transformó su entorno.

En Matilda encontré personajes entrañables, por ejemplo, la directora Tronchatoro ¿quién no la recuerda?, ¿quién no se ríe con el abuso de su poder y fuerza? O la maestra Miel, que es desde el nombre el opuesto de Tronchatoro. La profesora Miel sin duda representa el ideal de profesora, pues destila dulzura y calidez. En esta lista no puede faltar Bruce, que aún en mi adul-

tez, varios de mis amigos y yo seguimos entonando el grito de fuerza ¡Bruce, Bruce, Bruce! Claro, Bruce, el niño gordo que se atreve a comer la rebana de pastel de chocolate destinado para Tronchatoro, ella, al darse cuenta lo obliga a comer frente a toda la escuela un enorme pastel, el pobre Bruce se ve en apuros, a punto de desmayar, pero la valentía de Matilda hace que las masas se alcen, y con esto vienen los gritos de ánimo ¡Bruce, Bruce, Bruce! Entendí muy bien dos dichos sabios que siempre me acompañan “La unión hace la fuerza” y “El valiente vive hasta que el cobarde quiere”.

No es Matilda una historia simple y me atrevería decir que inconscientemente me enseñó el poder de la autenticidad femenina; es decir, existen tres mujeres como personajes principales; Matilda, Tronchatoro y la profesora Miel, las tres con matices diversos que resaltan a la mujer; la inteligencia, la fuerza y la valentía. Quizá por esta historia y otras entendí que cualquiera, sin importar el género podía ser él mismo y pelear por sus sueños, el único camino es la protección de la esencia misma. Me resta agregar sobre Matilda que fuimos muchas las generaciones marcadas por sus personajes e historias, y me gusta creer que aún faltan.

De nuevo Dahl

El poder de Roald Dahl va más allá de una buena película, va hacia la semilla infantil. Para mí es un escritor grandioso, tiene el talento para detectar dónde se concentra la turbina del reguilete, cuál es el combustible que un niño necesita para que se ponga a girar. Para esto utiliza anzuelos, anzuelos que, está seguro, serán tan efectivos que ningún niño podrá resistirse. Los anzuelos de Dahl pueden conformarse por uno grande y varios pequeños, por ejemplo, uno grande en Charly y la fábrica de chocolate, es el chocolate. Con este tema te das cuenta de

la maestría del escritor para los anzuelos ¿qué niño rechazaría el chocolate?

La presencia del chocolate en esta historia no es simplemente temática, va más allá, de alguna forma tanto la trama como los personajes están alimentados por la euforia del dulce, de la golosina, del cacao. A través de su anzuelo Dahl te muestra personajes nefastos, te muestra el comportamiento humano de diversas formas; cómo los errores de los padres se convierten en los errores de los hijos, en cómo la nobleza nace del interior y no de una clase social. Cómo, por medio de malentendidos nos separamos de la gente que amamos, es el caso de Willy Wonka que se distancia de su padre toda una vida. Uno de mis personajes favoritos son los Humpalumpas, seres diminutos que son algo así como los obreros de la fábrica, y representan otro anzuelo, ¿qué niño se resiste a la idea de observar hombrecillos diminutos que crean coreografías y hablan una lengua extraña?

Para Roald Dahl es muy importante la excentricidad, tan importante mostrarla que peca de indiscreto y entonces la pregunta llega ¿por qué? y la respuesta la encontramos en la infancia, no hay infante que no lllore a moco tendido en un parque, en un supermercado, en la escuela, en la casa, en cualquier lugar. No existe infante alguno que no se ría enseñando los dientes, aunque esté chimuelo, no hay niño que sea discreto, no hay niño que no le guste divertirse, que no sea conquistado a través de la locura. Roald Dahl es un escritor que lo sabe y lo entiende, es un alquimista de la infancia, crea los brebajes que van a poner a girar el reguilete no sólo de los niños sino también del adulto, para nunca olvidar que la bribonería y la maldad no siempre provienen de la oscuridad, sino de la espontaneidad de la infancia, del inicio de la vida.

Mitos y leyendas prehispánicas

Aunque la mayoría de las historias prehispánicas las aprendí gracias a mi profesión de cuentacuentos, fue en la infancia, a través de los libros de la SEP que me acerqué a su esencia. Diré que varias de las historias prehispánicas, o más bien las pocas que dejaron los españoles, han sido como su mismo nombre lo dice, leyendas o mitos, historias contadas a través de los tiempos por el impulso de transmitir la creación, un mundo que justifique la existencia, que nos haga volar. En su mayoría y tomando en cuenta lo disparatado de las narraciones de la creación del hombre, por ejemplo, del *Popol Vuh* se da prueba del humor y el genio de nuestros antepasados “Y así encontraron la comida y ésta fue la que entró en la carne del hombre creado, del hombre formado; esa fue su sangre, de ésta se hizo la sangre del hombre. Así entró el maíz (en la formación del hombre) por obra de los progenitores.” En estos relatos prehispánicos se da a notar el vínculo que desde la antigüedad ha existido en nuestra cultura, con la tierra y todo lo que ella produce. Un vínculo innegable, tan imborrable como el ombligo. Quizá sea esta la razón por la que todas estas historias prevalecieron, como si nos recordaran volver al origen, y si acaso lo olvidamos siempre tendremos la muerte para recordárnoslo.

Estos mitos y leyendas han estado siempre en la cultura mexicana, para mí fungen como un aura que existe en cualquier aspecto de la vida; en la comida, en el habla, en la percepción de la realidad, en el arte y la fe. En pocas palabras, estas historias constituyen la esencia de nuestra raza. Analizando los mitos y leyendas prehispánicos me doy cuenta que contienen una infantilidad en su constitución, y esto me provoca imaginar la personalidad de los hombres que las crearon, al igual que Dahl u otro autor de literatura infantil poseen una esencia disparatada, colmadas de color y sabor, combinaciones de situaciones y

personajes improvisados y espontáneos, donde todo lo que se te ocurra puede suceder, y esto sin duda me hace pensar en la libertad de nuestros ancestros, en la libertad creativa.

En las páginas de un libro de la primaria recuerdo observar un campo lleno de maíz, cerca de aquella imagen se encontraba una hormiga. Ahora que he vuelto a releer el mito del maíz puedo conectar la relación de este con la hormiga. Durante mucho tiempo no recordé aquella historia, lo que sí recuerdo es lo que me producía aquella imagen; aquellas páginas me pertenecían, aquel campo me pertenecía, aquella hormiga me pertenecía, aunque desconociera que ese pequeño bicho era el gran Quetzalcóatl, todo lo que había en las páginas y más allá de ellas era mío. Un todo, un algo tan mío que nadie, hasta el último día de mi existencia podría quitármelo. Eso fue lo que me mostró la literatura prehispánica mucho antes de que mi mente pudiera concebirla; la libertad de la vida y la esencia, el pertenecer a algo, a un país, a una cultura, el ser de la tierra y el siempre regresar a ella.

20 poemas para construir una casa

Gracias a que la sombra de la imaginación se adhiere a mí como si fuera mi esclava o más bien al revés, por instantes y por ciclos regresa, pone a girar los engranes oxidados de mi reguilete, tal vez por eso entré a *20 poemas para construir una casa* de Alejandro von Düben. Llegó a mi hogar sacudiendo el techo, dejando mis ventanas ciegas, causándole dolores a la cabecera de mi cama, haciendo que el escusado se pusiera guapo e hiciera buchecitos de cloro.

20 poemas para construir una casa curiosamente es un libro de poesía infantil, y digo curiosamente porque desde los versos de Lorca, no había leído poesía infantil y no sé si esa es la causa de que *20 poemas para construir una casa* sea uno de esos libros

que poco a poco se convierten en una metáfora de sí mismos. Es decir, lo llevo a todos lados, como a todos lados llevo mi hogar, mi historia y mi infancia. Me sorprende retrocediendo a la casa familiar, vivo entre los poemas, entre sus dibujos que recrean un conejo extraño que a veces es gigante y otras, diminuto, entre el romance del lavadero y la lavadora, me pierdo en la nostalgia por reunir de nuevo a todos en la mesa “En el comedor/la mesa, igual que una madre,/estará esperando a sus sillas/con la comida lista/ sobre su lomo”. Vuelvo y vuelo a la infancia, nado en las imágenes donde las manchas de la humedad formaban seres desconocidos.

Cuando abres las puertas de *20 poemas para construir una casa* te das cuenta de que puedes andar a ciegas por sus páginas, cosa que a mí me gustaba hacer en los pasillos de la casa de mi infancia, sólo para comprobar que la conocía a la perfección y que aun tuviera los ojos cerrados nunca tropezaría en sus laberintos. Puedes andar a ciegas por sus poemas, sintiendo y oliendo todo sin tropezar, porque sabes que conoces sus distancias y juegos; los objetos del escritorio, el ropero viejo, la televisión enojona, conoces la flojera del sillón que retoza como un gato o como un perro güevón, y más que nada conoces el olor y la forma de la estufa come pasteles.

“No hay peor cosa que en cada cumpleaños
La estufa se coma los pasteles.

Le pedimos que abra bien el horno
Aunque sepamos que no deja ni las migajas.

(...)

Ya sólo arde de vergüenza.

No puede quemar ni una sola caloría.”

Caminaremos dentro del libro y esto nos hará regresar al tiempo en que desaparecías más allá de la imagen, más allá de

la historia. Tal vez sea por esto que cargo para todos lados con *20 poemas para construir una casa*, pienso en él dentro de la oscuridad, cuando la luz se va de vacaciones “Ni siquiera hace las maletas/un instante está con nosotros y, luego, de la nada, sin dejarnos ni una nota, quién sabe a qué lugar se va/”. Es por eso que es un libro para gritar a los cuatro vientos, para abrir todas las puertas y ventanas, para que el viento entre y revuelva y vuelque los recuerdos, y volvamos a creer en los santuarios de la infancia. Es entonces que von Düben no tan sólo muestra un mundo infantil a través de versos, sino también remonta a las sensaciones del recuerdo. Me remonta al sufrimiento de Medusa, cuando me dolí porque Caín mató a Abel, cuando temía a las brujas, cuando sentía que el campo de maíz y la hormiga me pertenecían; porque es un libro bello donde a través de la imagen y el canto de las palabras me fundo en los rincones de mi hogar, de todos los hogares que he tenido y que soy yo misma. Redescubro los espacios que embellecen la idea primitiva de una cueva. Por medio de la metáfora veo el árbol de los libros “La primavera es la mejor estación/para plantar librerías en casa. Basta abrir las ventanas/para que los libros aparezcan/agitando sus alas de papel.” La intimidad de la vida y con esto de nuevo el ombligo, de nuevo su reguilete a girar, a moverse y con esto las paredes cambian de lugar porque están cansadas de sostener la cordura

20 poemas para construir una casa no es un libro exclusivamente para niños como quizá tampoco lo es la mayoría de la literatura infantil, retomando el tema principal de éste, entiendo que el hogar es el inicio de la infancia, la jungla de la niñez, el nido, el universo. Todo, cualquier comienzo, cualquier idea, gozo y sufrimiento inician en una casa, y es entonces que los poemas de *20 poemas para construir una casa* te hacen volver, no olvidar la infancia y más que nada no olvidar el poder de la construcción

de la imaginación, que siempre viene acompañada del juego, el desorden y el caos.

La mística de mi madre

La mística de mi madre va más allá de la literatura infantil y al decir “más allá” me refiero a que es anterior a todo lo que yo conozco o asimilo como literatura infantil, porque si Rulfo llamó a los niños malvados, otra característica innata que aflora con fuerza en la infancia es la mística, creer en lo que no vemos. Mi madre siempre tuvo y tiene una mística para la vida; en primera porque hizo que aprendiéramos historias bíblicas, en segunda porque le gusta contar relatos irreales, extraños, que tratan de no perder el vínculo con el pasado, con el origen y la esencia de la vida o lo divino, historias que tal vez nunca sucedieron, pero que mis hermanos y yo aún creemos. Por ejemplo, cómo mi abuelo mientras dormía en el campo vio una tercia de brujas sobrevolando muy cerca de la luna, y un amigo le dijo, yo sé cómo bajar a esas cabronas, ¿cómo? preguntó mi abuelo, su compadre contestó, enterrando unas tijeras y haciendo la cruz. O la historia de mi abuelo cuando se lo iba a llevar un ave tan grande y deformada que él supo que era el diablo. Él descansaba a la sombra de un árbol y al abrir los ojos estaba el ave con sus grandes garras tratando de arrancarlo del suelo. Se aferró al tronco del árbol con todas sus fuerzas, la lucha fue tal que pensó que se lo llevaría, encontró la fortaleza en la sonrisa de unos niños que jugaban a la distancia. Mi mamá agregaba que mi abuelo decía que la inocencia de los niños lo había salvado.

Cuando leí *Una historia de amor y oscuridad* de Amos Oz no pude evitar recordar a mi madre y de alguna forma no pude evitar apreciar el valor de sus historias. Recordar las mañanas en que nos decía, hoy no vamos a hacer nada, y mis hermanos y

yo nos acomodábamos en donde podíamos y ella nos contaba sus historias, la mayoría repetidas, pero insistíamos en que las volviera a relatar. Pasábamos el día viviendo en la imaginación, descansando de la realidad. Su voz se hacía imagen y sonido, el pasado llegaba a nuestra cabeza, sus labios transmitían historias que volverían a ser nuestras sólo por el placer de narrar, de dibujar las extrañezas humanas, las fantasías, el misticismo de la humanidad.

Amos Oz narra en su novela autobiográfica que muchas veces cuando su padre se iba a trabajar, él acompañaba a su mamá a la cocina, mientras ella pelaba las verduras comenzaba a contarle historias extrañas “no se parecían a los cuentos infantiles que contaban por aquel entonces (...) estaban envueltas en una clase de neblina: parecía que sus historias no empezaban por el principio ni acababan por el final (...) se acercaban a mí unos instantes como sombras distorsionadas en la pared, asombrosas, a veces escalofriantes y luego volvían al interior del bosque antes de darme tiempo de saber lo que había pasado.” Oz me mostró la belleza de las historias de mi madre, su peso y el tesoro que eran y que aún representan para mí. Las narraciones de la madre de Oz lo llevaron a los primeros vuelcos de su ombligo como también volcaron en mí.

En el otro extremo del pueblo, a la sombra de un negro bosque de abetos, vivía un anciano pobre, mudo y ciego... El viejo Alleluyev era el más antiguo de todos los ancianos del pueblo y de todos los ancianos del valle y de la llanura... Era tan antiguo que en su curvada espalda le había empezado a brotar un ligero musgo (...) En las plantas de los pies de Alleluyev habían empezado a despuntarse y a retorcerse raíces negras, y en las cuencas de los ojos se habían instalado unas brasas resplandecientes. Un día se corrió la voz en el pueblo de que en lo más profundo de su cabaña, donde las contraventanas siem-

pre estaban cerradas, vivía otro anciano, Chernichortin, aún más antiguo que el viejo Alleluyev (...) se contaba que el viejo Alleluyev, tenía en secreto al viejo anciano Chernichortin, que lo lavaba y limpiaba sus heridas (...) y a veces por las noches le cantaba como se le canta a un niño (...) Así se quedaban los dos dormidos, abrazados, el anciano y su anciano, y en la calle sólo había viento y nieve.”

Una de mis historias favoritas era la de mi bisabuela y el diablo. Sucedió en época de revolución, mi bisabuela tenía doce años, se corría el rumor de que los revolucionarios se robaban a las jóvenes de los pueblos, así que el padre de ella le dijo que dormiría en el cuarto y atrancaría la puerta, él y toda la familia se quedarían a dormir afuera para vigilar. En la madrugada mi bisabuela se despertó y vio a un hombre parado a los pies de su cama, éste la observaba, era un hombre de belleza incomparable que además portaba un traje con botonadura de oro. A ella le gustó enseguida, él le sonrió y le jaló tiernamente el dedo gordo del pie, en aquel instante ella notó que los ojos del hombre comenzaban a brillar hasta convertirse en rojo incandescente, esto la asustó. La cara del hombre se transformó en una facción macabra y sobrenatural, mi bisabuela gritó, pero cuando su padre abrió la puerta sólo se escuchó el bramido de las vacas, el cacaraqueo de las gallinas y el ladrido de los perros en el corral. Cuando mi madre terminaba el relato mis hermanos y yo seguíamos alucinando la presencia de aquel hombre, seguíamos asombrados por el resplandor de la botonadura de oro. Tardábamos días en superar aquellas historias, tardábamos días en digerir el misticismo que las envolvía. El peso de sus relatos siempre nos acompañó, inevitablemente y de forma extraña rige nuestras vidas.

Mi madre es una de esas mamás que como la de Amos Oz enseñan otras caras del mundo y más que nada las caras de lo

invisible. Un ser que no se conforma con la historia de la vida como la cuenta la realidad o el presente inmediato, es una mujer que le fascina no olvidar a sus muertos, las épocas que sólo existen en la evocación de los recuerdos, y es ella la que me otorgó la mejor literatura infantil que pudo haber en mi infancia. Porque la importancia de todos los conocimientos; fantásticos o reales no tiene comparación con nada que exista antes o después de mi vida, porque cada gramo de sus narraciones fueron pepitas que inconscientemente han ido reventando para que siga floreciendo y nunca permita que el reguilete se pegue.

Porque siempre tiene que haber un final para que haya un nuevo comienzo

Hace algunos años asistí a una conferencia de José Luís Peixoto, hay algo que se me grabó muy en el fondo, el escritor portugués habló de las canas, a su vez recordé cuando a Willy Wonka le sale una cana y esto provoca la necesidad de buscar un heredero, a su vez recordé a mi padre que está coronado de canas y aún sigue diciendo, mira el cerro de la bruja. Peixoto dijo que a él no le avergonzaban, que se sentía orgulloso de ellas, porque eso significaba que envejecía y aunque socialmente se estaba perdiendo el respeto hacia los ancianos, gente de antes, eso no significaba que no tuvieran algo que decir, que siempre tenían a su favor algo invaluable, historias. Pienso en eso, pienso en todas las historias que me fueron creando, sigo explorándolas como si nunca se terminaran, como si flotaran en el universo y cada que vuelvo a empequeñecer las toco.

Todos envejecemos inevitablemente, desde que naces vas en búsqueda de tu primera cana, y cuando esto pasa, al igual que Willy Wonka tienes que buscar un heredero, el heredero de tus historias, el niño o la niña que germinará en otro canoso hasta el infinito. Siempre tiene que haber un final para que haya

un nuevo comienzo, porque siempre debemos tener presente el pasado y el futuro, es elemental poner a girar el reguilete desde el comienzo de la vida hasta el fin de esta, y de nuevo a girar.

APROXIMACIONES A UNA ANTOLOGÍA DE LA TRISTEZA

José de Jesús Vargas Quezada

En el ensayo «Sobre los golpes a la puerta en Macbeth», Thomas de Quincey refiere la rara emoción que le produce un detalle aparentemente nimio de esa obra famosa de El Bardo de Stratford. En las primeras líneas declara que «los golpes a la puerta, que siguen al asesinato de Duncan, [le causan] un efecto en [sus] sentimientos que no [puede] nunca explicar». Para De Quincey, ese fenómeno aparentemente baladí condensa un «abismo de solemnidad» y dota de un «peculiar poder al asesino». Poco importa el curso reflexivo del romántico de Manchester, pero es innegable que ciertos fragmentos literarios quedan grabados (por algún enigma psicológico) en el museo personal de nuestra memoria literaria.

Como todos los seres humanos, mis vericuetos cerebrales son pródigos en misterios. Una extraña inclinación me lleva a pensar (con cierta frecuencia) en una serie de pasajes narrativos. Su rasgo compartido es la infinita tristeza que se concentra en ellos. Se trata de episodios que tal vez pasan desapercibidos para el común de los lectores, pero que me resultan inusualmente atractivos. Son también los pasajes que hasta hoy —26 de noviembre del 2021— representan con mayor potencia algo que podría llamar como «antología de la expresión literaria de la tristeza».

Históricamente, la tristeza ha sido tratada de tantas maneras que es engañoso hablar de una significación unívoca. A mí me interesa una visión del mundo clásico, pues ya contiene la esencia de este concepto; en esta perspectiva griega, ya se vislumbran las notas más características de la tristeza y se la

piensa como una tribulación del ser. En *El mono ansioso*, Xavier Roca-Ferrer habla de la melancolía helena. Según Hipócrates —dice el autor catalán— cuatro humores constituían al hombre y en un individuo sano coexistían en crasis —algo así como armonía para nosotros—; sin embargo, cuando algo hacía que en alguien predominara la bilis negra (el más nefasto de los humores), el temperamento del hombre en cuestión se ensombrecía y luego degradaba en el abatimiento. Tal vez esta última emoción sea el eje de este ensayo; al menos, es el estado vital que se intuye en los tres fragmentos siguientes.

El primer fragmento de ese sintagma caprichoso —«antología de la expresión literaria de la tristeza»— que he convertido en categoría de análisis, está presente en *2666* de Roberto Bolaño. En el bloque «La parte de Amalfitano», se describe el ambiente desangelado y hasta cierto punto trivial de una cena entre académicos, que sucede cierta noche «en casa del rector de la Universidad de Santa Teresa». Dado el contexto, Bolaño narra detalles desde el punto de vista de Amalfitano y su pesimista tono emocional: «La cena, por lo demás, no fue nada del otro mundo», «En algún momento [...] Amalfitano creyó notar un cruce de miradas más bien turbio entre el rector y su mujer. En los ojos de ella percibió algo que podría asemejarse al odio» y «Cuando se recuperó y miró a los demás comensales se dio cuenta de que nadie había percibido esa mínima sombra como un hoyo cavado aprisa y de donde se desprendía una fetidez alarmante». Amalfitano, sintiéndose acaso en medio de una cena forzada, ridícula, innecesaria, pútrida hasta cierto punto, entra en un estado pesimista que desemboca en un impulso expresivo: «La vida no vale nada, le dijo al oído a [Marco Antonio Guerra] cuando salieron al jardín».

En *El Quijote* también existe un pasaje que me acompaña cuando los días se vuelven tristes. En el capítulo LXIV, el Caba-

llero de la Triste Figura se dispone a enfrentar al Caballero de la Blanca Luna. El narrador nos sitúa en la escena de la siguiente manera: «Y una mañana, saliendo don Quijote a pasearse por la playa armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, [...], vio venir hacia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente». Al encontrarse, el de la Blanca Luna le advierte a Don Quijote que viene a luchar con él para dar a conocer que «su dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que Dulcinea del Toboso». Acordando la batalla, los dos personajes retroceden en sus caballos. Se acometen, sin piedad, y Don Quijote resulta vencido. El desenlace de la contienda es muy triste: «Levantaron a don Quijote, descubriéronle el rostro y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesorado, no sabía qué decirse ni qué hacerse: parecía que todo aquel suceso pasaba en sueños y que toda aquella máquina era cosa de encantamiento. Veía a su señor rendido y obligado a no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento».

Tal vez una escena de “Visor” de Raymond Carver podría figurar en el pódium de mi antología de la tristeza. Para comprender mejor el sustrato emocional de ese pasaje, es necesario sintetizar la fábula del cuento: un hombre es visitado por un fotógrafo sin manos que acaba de tomar una fotografía de su casa y quiere vendérsela. El protagonista, antes de comprar la foto, dice: «Pase. Acabo de hacer café». Poco después de ingresar al hogar, el fotógrafo pide permiso para entrar al baño; mientras tanto, el hombre se pone a observar la fotografía recién tomada. «Un pequeño rectángulo de césped, el camino de

entrada, el cobertizo de los coches, la escalera principal, el ventanal en saledizo y la ventana de la cocina desde donde había estado mirando. ¿Por qué habría de querer yo —se pregunta el hombre abandonado— una fotografía de tal desastre?». Luego reflexiona sobre su inclusión corporal en esa escena aciaga — es decir, la forma vaga de su cabeza en la ventana— y se dice a sí mismo: «Me hizo pensar; el verme a mí mismo de ese modo. Lo digo en serio: es algo que le hace pensar a uno». Por algo parecido a la intuición, el fotógrafo le dice al hombre que sabe de su estado. Añade que él también perdió hace algún tiempo a su mujer y sus hijos y que la pérdida de sus manos —que ahora son unos garfios con los que se las apaña para trabajar como fotógrafo ambulante— fue causada por esa circunstancia trágica. Cerca del final es donde aparece la escena más triste: mientras posa en el jardín, el protagonista decide tomarse algunas fotos en el tejado (la razón de ese acto extravagante no tiene una explicación muy nítida) y estando ahí exclama: «—Se fueron todos, con todo. Se largaron de la noche a la mañana. —¡Pues mire esto! —exclamó el hombre, y volvió a levantar los garfios para que los viese».

Ignoro la razón precisa por la cual he elegido estos textos, pero reconozco en ellos una característica común: exploran la derrota inexorable del hombre. Su abatimiento acaso definitivo. Son fragmentos que nos hablan de la verdad oculta tras la parafernalia existencial que nos llena —a veces— con la ilusión del sentido. Pasajes que nos conectan con la esencia más profunda de la existencia, con esas verdades infranqueables que señalan —por ejemplo— que nacimos para morir y que la vida conlleva inevitablemente la derrota. Amalfitano, Don Quijote y el protagonista de “Visor” somos nosotros y de algún modo anticipan lo que seremos. Agentes de ficción que en definitiva son la radiografía, la representación profética de un rasgo inapelable de la condición humana.

EL SIDA COMO METÁFORA: SEMIOLOGÍA DE UNA CULTURA DE LA PERIFERIA

Silvia Madero

...puede llegar un día en que la peste, para desgracia
y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas
y las mande a morir en una ciudad dichosa.

La peste (1947) Albert Camus

Todos los días mientras viajo de mi casa a mi trabajo, pasan en la televisión del transporte colectivo, un anuncio en el que un hombre de aproximadamente 30 años invita a la audiencia a realizarse la prueba de la detección del SIDA. El anuncio televisivo es muy llamativo, con un discurso que lejos de juzgar, expone que la sexualidad es tan natural en el humano, que, por ende, podría esperarse con la misma naturaleza, que una enfermedad sexual como el VIH se encontrara en el cuerpo de cualquiera de las personas que vamos en el transporte público. Este anuncio, lleno de colores y música festiva, sería impensable encontrarlo en la televisión hace 40 años, mucho menos teniendo como protagonista a un hombre inscrito en el homoerotismo.

Los tiempos cambian, y con esto, el discurso. Somos otros, distintos, a los que fuimos antes. Somos el rescoldo de la modernidad. Y siguiendo al teórico Jean Baudrillard, en su libro *La transparencia del mal*, diré que estamos en el momento posterior a la orgía. Ya que la orgía, según dice, es el momento explosivo de la modernidad, donde ocurre la liberación de todos los ámbitos. Liberación de lo real, lo racional, lo sexual. Y entonces queda la pregunta de ¿qué hacer después de esta orgía? ¿cuál es ahora la lucha?

Si bien sabemos que el hombre es su contexto y su tiempo, diré que hablar del SIDA no tiene mayor relevancia en este momento, en el que acaso figura como un espectro que deambula en el orden de lo simbólico, más que de lo real. Es un agente que aparece en los medios de comunicación; bien puede ser el *leitmotiv* para la venta de preservativos o el pretexto de propaganda para dar cuenta del buen desempeño en materia de salud de algún país. Pero poco importa cuál sea su uso, pues en el momento de su enunciación está su fin.

Los primeros casos del Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida se dieron a inicio de la década del 80, que afectó inicialmente a homosexuales estadounidenses y a hombres y mujeres del África subsahariana. Después llegaría al resto del mundo. El VIH se propaga por contacto con la sangre, el semen, el líquido preseminal, las secreciones vaginales y rectales o la leche materna de una persona seropositiva. Estamos hablando de un virus que viaja por medio de los fluidos más vitales en el ser humano, los mismos que dan vida, serán los portadores de muerte.

Seropositividad y dictaduras en América Latina

El concepto de Latinoamérica o América Latina fue decretado por el eurocentrismo para denominar a la región del continente americano con habla mayoritariamente de lenguas derivadas del latín. Además de la lengua, los países de Latinoamérica también comparten la historia. La colonización, las dictaduras, y posteriormente la búsqueda de la liberación, son ríos caudalosos que pasan por el encendido cuerpo de América Latina.

Este gran bloque americano, se siente como si fuera un enorme país, gracias a las semejanzas que comparte: la fiesta, el humor, la tierra, el lenguaje, la opresión, la música, las iglesias erguidas sobre dioses de fuego, entre otras muchas cosas

más. Prueba de que estas similitudes existen, es la literatura. Es notable la diferencia que hay entre los textos latinoamericanos en contraposición con las obras literarias de otros continentes. La identidad, la búsqueda, los tópicos son distintos. Esto tiene una relación directa con el contexto social y político en el que estamos inscritos. Y si bien es cierto que hay posturas que América Latina ha adoptado de otras culturas (sobre todo de Eurocentro y Norte América), la historia de opresión y lucha solo está inscrita en ella misma.

Entre los años 1964 y 1984, casi todos los países latinoamericanos estaban gobernados por dictaduras militares, las cuales buscaron transformar económica y políticamente las sociedades en las cuales se produjeron. Los gobiernos que ahora imponían por medio de Golpes de Estado a las fuerzas armadas como el poder central de sus mandatos, obedecían los intereses de las clases económicamente dominantes.

Así tenemos las dictaduras de Chile con Augusto Pinochet, de Nicaragua con Anastasio Somoza, de República Dominicana con Leónidas Trujillo, de Argentina con el General Jorge Rafael Videla, como las peores en la historia de América Latina. Por otra parte, tenemos el caso de Cuba con el mando a cargo de Fidel Castro. Este es un caso especial, ya que surge a partir de una Revolución que busca derrocar al dictador Fulgencio Batista. Hecho que para muchos fue la caída de un dictador para darle paso a otro, envuelto con el manto incierto del socialismo. Cualquiera que fuera el caso y sobre la línea ideológica en la que se inscriba un mandato, cuando el poder se centra en la visión de una persona, se vuelve una dictadura.

Este contexto socio político de la segunda mitad del siglo XX, es importante como introducción al ámbito literario en América Latina, por medio de algunos escritores latinoamericanos, que vivieron las dictaduras y el SIDA.

Adiós a mamá Cuba. El SIDA en Reinaldo Arenas

La primera vez que leí a Reinaldo Arenas (1943-1990) fue un golpe certero. Llegué a este escritor cubano por su novela autobiográfica *Antes que anochezca*, después de su muerte. He de decir que me estremeció y me hizo repensar algunas posturas ideológicas, no de manera radical, sino de un modo en que se aprende a ver las cosas desde diferentes perspectivas. Diré pues, que Reinaldo Arenas me hizo ver la revolución cubana desde distintas situaciones. Él habla de la propia, un escritor disidente, homosexual, prófugo, perseguido por el régimen castrotrista. Reinaldo Arenas quien huyó de la isla que le vio nacer: Cuba. “El pájaro tropical” que tuvo que decir adiós a mamá para ir en busca de su liberación.

La Revolución Cubana, encabezada por Fidel Castro, triunfó sobre la dictadura de Fulgencio Batista por una Cuba socialista, en la que la educación y la igualdad de tierras era una prioridad. Sin embargo, en todo edicto hay fallas, y no todo obedece a los mismos intereses. Reinaldo Arenas expone que Fidel Castro fue un perseguidor de homosexuales durante su mandato, por considerarlos “contrarrevolucionarios”, situación que el mismo Fidel aceptó en 2010 durante una declaración.

Con la instauración del socialismo en Cuba y el modelo de un gobierno autosuficiente, la fuerza de trabajo del hombre era esencial para darle independencia a la isla fabricando sus propios productos y así no consumir nada proveniente del extranjero. Por esto, los hombres eran solicitados para realizar diversos trabajos, sobre todo trabajo de campo. Éste, está directamente vinculado con el hombre, e incluso podemos decir, siguiendo la concepción de Engels, que el trabajo es el que hace al hombre, pues cito:

El trabajo es la fuente de toda riqueza, afirman los especialistas en Economía política. Lo es, en efecto, a la par que la naturaleza, proveedora de los materiales que él convierte en riqueza. Pero el trabajo es muchísimo más que eso. Es la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto, debemos decir que el trabajo ha creado al propio hombre.

Este es el incipit con el que Federico Engels inicia el ensayo *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, en el cual, a partir de la teoría de la Evolución de las especies de Darwin, expone que el cuerpo del hombre fue modificándose debido al rigor que el trabajo exigía para su sobrevivencia. Los homosexuales, al no ser considerados hombres, no serían útiles para hacer el trabajo físico que el régimen Castrista requería y a su vez, al no hacer trabajo físico, no serían considerados como hombres.

Bien, aquí solo queda ver las cosas desde todos los puntos para crear una perspectiva propia. Reinaldo nos regala la suya; desde el SIDA, desde la prohibición, desde el adiós. *Adiós a mamá (De La Habana a Nueva York)* es un libro de cuentos que nos habla de la revolución cubana por medio de la imagen de la madre represora, utilizando un lenguaje lleno de símbolos dentro de espacios desconsoladores y alucinantes. Leer a Reinaldo es una aventura, pues se pasa de lo trágico a lo mágico como de lo nostálgico a lo político, siguiendo una prosa intrépida y bella.

El libro *Adiós a mamá* (1995), fue escrito desde el destierro, la huida y la enfermedad. Reinaldo, según cuenta, intentó huir varias veces de La Habana, fue prisionero, después prófugo, vivió en la calle y escondido en los árboles durante meses, acosado por la policía y por delatores del gremio literario. Durante esta travesía escribió la mayoría de sus textos que resguardó hasta su llegada a Nueva York, donde encontró su libertad en la muerte.

Uno de los cuentos que aparecen en el libro es “El cometa Halley”, el cual parte de la obra teatral *La casa de Bernarda Alba*, de Federico García Lorca. Con gran ingenio y comicidad, Reinaldo plantea una historia alterna a la del poeta español. “El cometa Halley” nos narra la historia de cuatro hermanas españolas confinadas a la pureza y a la virginidad. Hastiadas del encierro deciden escapar no solo de su palacio, sino del país, para huir a La Habana y empezar una nueva vida. Adela es la única hermana liberal de las cuatro, por lo que pronto comienza a tener infinidad de amantes, las otras hermanas al ver su mala suerte con los hombres deciden separarse de su hermana para dedicarse a la religión y el acato.

Durante años las hermanas se encuentran separadas, Magdalena, Amelia y Martirio, lejanas a la vida de Adela, viviendo de sus tejidos y su reputación de beatas y puras. Pero un día esto es interrumpido, pues se anuncia la llegada del Cometa Halley a la tierra y con él la extinción de la vida en esta. Ante esto, Adela decide visitar a sus tres hermanas para dejar las diferencias a un lado. Les ofrece vino y música para arreglar sus conflictos, las hermanas aceptan y después de varios tragos comienzan a sentirse más ligeras. Así que Adela propone que antes del fin del mundo, deberían sucumbir ante sus deseos carnales, pues dice que la bola de fuego que se aproxima a la tierra es una metáfora del fuego interno que ellas deben de saciar. Las hermanas comienzan a expresar sus deseos y a desprenderse de sus ropas, al salir desnudas a la calle, algunos hombres se acercan para unirse en goce sexual.

Después de este acto se avista el Cometa Halley, pero después de esto no pasa nada como estaba previsto. Así que las hermanas deciden vivir de una manera distinta a la que vivían, ahora pondrán un burdel en honor al Cometa Halley, la casa de citas que según se considerará, la mejor de La Habana. Este es

un cuento exquisito, pues parte de una gran obra literaria, expone un acto histórico (el avistamiento del Cometa Halley) y a su vez nos habla de la liberación sexual reprimida por la moral, todo esto de una manera maravillosa y divertida.

La sexualidad será un tópico esencial en esta investigación, en relación con la literatura latinoamericana, con el SIDA y con quien se inscribe entre estos dos, el escritor. Reinaldo Arenas, contado por él mismo, era una persona sexualmente muy activa. Esto como una manera de romper con el límite que implica el sexo. Así que es común encontrar en sus textos escenas inscritas en el goce sexuado.

El sexo está más allá del sexo. Pues el sexo le pertenece al lenguaje y en este campo no hay límites que lo priven de su condición liberadora. El sexo está más allá del cuerpo y de la moral. El sexo está en todo lo que no se nombra, que es lenguaje también. Uno de los escritores que rompió con este límite por medio del lenguaje, fue el francés Georges Bataille. La narrativa de este escritor ha sido llamada por algunos equivocadamente literatura erótica o “masturbatoria”.

Los símbolos en la obra de Bataille son relacionados directamente con el cosmos: orina celeste, esperma astral y la luna como representación de una vulva que sangra. Aquí podemos entender al sexo más allá del cuerpo, fuera de él, como una extensión del universo. El sexo también es expuesto como una forma de liberación, al enunciar al falo como un punto de ruptura del cuerpo y a una erección como una prisión personal en la que la muerte es la única salida, entendiendo a esta como a la eyaculación.

Bataille no es, como muchos catalogan, un simplista buscando hacer literatura erótica, su literatura va más allá del lenguaje, por medio de la transgresión. Este escritor expone su literatura de una manera filosófica en la que el filósofo no habita

la totalidad del lenguaje, más bien, descubre que hay junto a él un lenguaje que habla y del que no es dueño, buscando ir más allá del límite que dicta la razón, en pro de una liberación. El límite representado por la figura de Dios fue declarado muerto, ante este rompimiento la sexualidad podrá ser liberada, incluso más allá de sí misma. Bajo esta línea es que coloco la literatura de Reinaldo Arenas, como liberadora del límite.

Por último, hablaré de “Adiós a mamá”, cuento por el que lleva el nombre el libro y que sin duda es una joya literaria. Éste cuenta la historia de la muerte de la mamá de cinco hijos, quienes tras este suceso comienzan a cantarle a su madre alrededor de su cama donde yace fría e inerte. La rodean con sus cuerpos que se balancean con los brazos abiertos, la cubren de besos y acicalamientos. Al paso de los días, la madre comienza a hincharse y a cambiar de color, los olores putrefactos que salen de su cuerpo son cada vez más insoportables. Las hermanas, cuchillo en mano, comienzan una a una a sacrificarse para irse con mamá, el hermano no comparte este sacrificio, así que lo acusan de traidor.

El cuento se va narrando y uno puede imaginar el cuerpo nauseabundo de la madre que es como una catarsis. Animales de la muerte, como ratones, cucarachas y gusanos también son parte del cuento, no solo como partícipes del festín de los cuerpos putrefactos, sino que tienen voz propia (detalle muy atinado en la narración). Al final el hermano decide huir y no ser parte de aquel hiriente sacrificio.

En una parte del cuento, hay una descripción bellísima de la madre cuando viva: “Mamá en el deshoje de maíz, inundando la noche con olor a café, repartiendo turrónes de coco, ¿es esto ahora? (...) Mamá alta y almidonada, olorosa a yerbas, llámándonos para comer ¿es esto?”. Mamá, en este cuento, es la madre represora de la revolución femenina que da, pero limita.

Ante el cadáver de la madre, el hijo huye, pues, según Reinaldo Arenas, deseoso es aquel que huye de la madre, refiriéndose a su madre patria, de la que huyó para no volver.

***El desbarrancadero*, de Fernando Vallejo**

El hombre siempre está al borde del abismo. Al levantarse con la mañana, con el hambre, con el sueño; despierto siempre por los temores de la guerra. Por las infinitas enfermedades que entran por el cuerpo como entra la vida. Todo cuerpo habrá que perecer como algo inevitable, acechado por las cosas mismas que crean la vida: el amor, el sexo, la comida, la bebida. El cuerpo es un distractor, es un estorbo que aísla lo eterno. La muerte es salvación y desgracia que se mantiene como una constante al borde de un desbarrancadero.

El escritor colombiano Fernando Vallejo nos regala en su novela existencial *El desbarrancadero* (2001), una visión de la muerte vista desde distintas situaciones. La muerte interna, la muerte política, la muerte vista desde fuera y hasta la muerte como un ser que habla y deambula como un integrante más de la vida. Desde la posición metafórica de un abismo, el cuerpo se sitúa en la línea divisora que habrá que cruzar en determinado momento irrevocablemente, pero de una manera particular, dependiendo del contexto de su historia y de su tiempo.

El desbarrancadero es una especie de novela onírica, contada desde la voz de un hombre en un diván. El narrador-personaje habla de la muerte que acecha a su hermano, a su padre y a otras personas cercanas (en menor medida), por medio de una narración apasionada, crítica y visceral. Fernando Vallejo parece mostrarnos su parte íntima y biográfica, ya que presenta a los personajes con el mismo apellido materno de él: “Rendón”. A partir de esto es que da atisbos de lo que parece ser una novela autobiográfica. Otro hecho de relación personal es que el protagonista se mueve geográficamente entre Colombia (lugar

de nacimiento) y México (lugar de residencia), países de los que habla con amor y con odio; Colombia, es para el protagonista, país de la coca, como México es el país de la mentira.

La novela comienza con un recuerdo infantil de navidad, para contrastar con una actualidad doliente con un hermano infectado de SIDA en casa. En este contraste de tiempos, Vallejo narra que un río de Medellín está ahora convertido en una alcantarilla donde se encuentra las peores de las mierdas: la humana. En esta extraordinaria narración, existen las dualidades como la misma narración: cruda y divertida, pues la familia de la que deviene el protagonista fue fundada por dos almas contrarias: el papá “papi” y la mamá “la loca”.

El personaje “papi” es un hombre bueno que todos los días lee el periódico, a pesar de las desgracias que muestre. “Papi” se dedica a restaurar propiedades para venderlas en igual o menos precio de lo que le costaron, aludiendo a que los ricos no venden porque los pobres no compran. Por otra parte, tenemos a “la loca”, mujer mandona que no hace más que fastidiar en el seno familiar como un eterno dictador. “La loca”, a quien, según el protagonista, habría que escribirle una obra llamada “Crítica de la maldad pura”, parafraseando al filósofo prusiano Kant.

“Papi”, acechado por la muerte debido a un cáncer de hígado que el amor por el aguardiente proporcionó, es el padre de 23 hijos y esposo de una mujer desquiciada. Darío, hijo de “papi” y hermano del protagonista, también pende del abismo debido al SIDA que contrajo por la práctica de sexo desenfrenado con hombres. Alrededor de estos dos personajes es que se muestra la imagen de un desbarrancadero como metáfora de la verdadera muerte.

En esta novela, narrada en primera persona (al declarar el protagonista que no podría ser narrador en tercera persona

pues no sabría qué piensan sus personajes), gira en torno al tema de la muerte, pero tocando varios puntos de la vida para justificar al fin como un mal necesario. Vallejo hace crítica al cristianismo por medio de sus constantes ofensas al papa Juan Pablo II y a Dios de quien dice que no existe y que si existiera sería un cerdo.

Otra de las críticas visibles que expone el narrador-personaje es hacia Colombia como un país en decaimiento. Colombia, es para el protagonista, un país pobre rico en odio en el que hasta los muertos tienen cédula y votan por presidentes mediocres. En este país que le vio nacer han pasado de ser conservadores y liberales, para convertirse en asesinos y cadáveres. En este punto llama la atención el modo de expresión del autor, pues pareciera que uno debiera amar la tierra que te dio la vida por el solo hecho de eso, sin embargo, Vallejo se muestra sagaz ante su visión crítica hacia la tierra en la que nació (Colombia) y de la mujer que nació (la loca).

Fernando Vallejo es un hombre grande que se da a notar por medio de su lenguaje directo y desmesurado, pero siempre atinado. No se anda a tientas mientras habla de la religión o la medicina como algo sucio, enfermo, de ésta última hará crítica por medio de los doctores a los que llama bestias que llaman al feto “un producto”. La medicina, dice en su obra, sólo se dedica a delimitar al cuerpo como un portador de enfermedades infinitas, en el que el alma poco importa.

Bien, para culminar la obra Vallejo coloca a la muerte, pero no como un punto final, sino como un puente a algo mejor de lo que la vida ofrece. La muerte como sanación y vida, pues este mundo es la representación de un cuerpo que va pereciendo por los dolores del hambre en el hombre.

Hablar de esta pequeña muestra de la literatura de Reinaldo Arenas y Fernando Vallejo, es hablar de los escritores, de los

hombres, del mundo. El SIDA es el medio crítico por el que se valen para hablar de muchas más cosas importantes. Esta enfermedad y sus consecuentes han alterado y contribuyeron a modificar la percepción y su trabajo literario. Pero lo más importante, es que los ha vuelto seres conscientes.

El hombre enfermo, conciencia del hombre sano: el SIDA como metáfora

¿Por qué es importante hablar del SIDA? Es decir, ¿por qué del VIH y no de otra enfermedad? Es necesario repetir que el SIDA es una enfermedad transmitida por un virus, y como tal, podemos decir que es una enfermedad social. En segundo lugar, tenemos que muchos escritores se valieron de esta enfermedad para hablar de una conciencia colectiva. Sin importar los motivos personales que los llevaron a hacerlo. Si bien hay personas que hablan desde su enfermedad, el SIDA, al tener relación con el cuerpo sexuado, símbolo de poder infinito, lo vuelve político.

Ahora, ¿qué implica el SIDA en un cuerpo? En tanto enfermedad, el SIDA implica la experiencia de la inmunodeficiencia, es decir, un cuerpo que perdió la capacidad de activar su sistema de defensas para resistir los embates de una infección. Ante esta susceptibilidad es un cuerpo enfermo, o un cuerpo no sano. Michel Foucault, utilizará en su libro *El nacimiento de la clínica* los valores binarios normal y anormal, para decir que un cuerpo enfermo es anormal y que sólo la medicina lo podrá regresar a su estado normal.

Pero en este estado de no normal es que está la conciencia. Es decir, un cuerpo enfermo, ahora es consciente de su cuerpo, por la situación de la enfermedad y su relación deficiente con la vida. En esta relación que origina la enfermedad, el cuerpo es excluido de lo vital, pero además de la enfermedad en sí, la ex-

clusión se hace presente por parte del sistema al que el cuerpo pertenece como ciudadano, ya que los enfermos son excluidos para no infectar a los cuerpos sanos.

Tomando este punto, del cuerpo enfermo como conciencia del cuerpo sano, llegaremos a la conclusión de que la enfermedad física y real, es metáfora de la enfermedad social. Como cuerpos enfermos estarán en el campo de lo simbólico todo ser oprimido y excluido. Los grupos minoritarios y rezagados como aquellos que sufren de racismo, aquellos que son juzgados por su ideología política o por la religión que profesa, aquellos que son señalados por su sexualidad, aquellos que sufren el hambre y la guerra. Todos aquellos que son anormales, por no seguir la normatividad del sistema, son seres enfermos y por ello, seres conscientes.

IN MEMORIAM

Alejandro von Düben

1. Preámbulo

Debo confesarlo: en ningún momento he experimentado mi propia muerte. No, al menos, entre lo que nací y hasta que comencé a escribir estas palabras. Sin embargo, he vivido todo el tiempo obsesionado con morir. Demasiadas veces he fantaseado ese momento. Lo he deseado. A veces imagino que aparece la muerte ante mí, de una manera tan impetuosa como la luz, mientras que yo, vestido de gala y con una parsimonia sobrehumana, la abrazo heroicamente, fundiéndome en su esencia sin ningún drama de por medio. Para mi desgracia, estas fantasías tienen poco o nada que ver con la realidad. Lo normal sería que suceda de un modo muy distinto, que se dé sin dignidad ni gloria, por decir algo. La muerte podría ser la última gran humillación, la decepción de la existencia, la confección de la vergüenza definitiva. Ya sea en ese orgasmo inverso que es tocarla, o cuando sólo queda el material que fuimos vuelto ya un fiambre, un cuerpo inhabitable.

Es un hecho: pasaré mucho más tiempo muerto que vivo. Por lo mismo reflexiono en torno a esto. No soy tan cínico como para decir qué diablos, de qué me preocupo si para ese entonces sólo seré un cadáver. Razonarlo así me parece estúpido. Sería más o menos como decir para qué me tomo en serio cada uno de mis latidos, si igual mi corazón se detendrá tarde o temprano. Es suficiente con tener un poco de amor propio para pensar que la muerte de uno mismo, sin duda, puede ser una cuestión tan vital como la vida.

2. Vendrá la muerte y tendrá tus sonrojos

Uno de mis mayores miedos es ganar el Premio Darwin, que me lo otorguen en uno de esos días en los que ya me comen los gusanos. Que me premien por haber tenido una muerte grotesca, absurda, pendeja, sin ningún honor, lo sobradamente risible o patética como para ser difundida de voz en voz, en redes sociales, Mil maneras de morir, periódicos amarillistas, o como historia de terror para las siguientes generaciones familiares. Pienso que a nadie le gustaría que —sin importar el bien que hizo o el mal que dejó de hacer, sin considerar la dignidad con la cual se acarrearón los años— el instante final de su vida se vuelva un chiste de mal gusto existencial, un meme del que nadie quiere conocer su trasfondo.

“El corazón, si pudiera pensar, se pararía”, escribió Fernando Pessoa. Estoy de acuerdo. Sólo que mi corazón se detendría por no hacerme pasar un ridículo del tamaño de mi muerte. Sabría que basta una metedura de pata o un hecho circunstancial para irme a la tumba y, no sólo eso, dejar en el mundo la peor imagen de mí. Hay distintos modos de partir con la mayor vergüenza no vivida: desde en qué contexto se da la última exhalación, hasta cómo se presenta. Podría expirar sentado sobre el inodoro, cosa que provocaría que mi cuerpo se interpretara como una gran mierda; o, por otra parte, quizá la fatalidad me encuentre con la mano en la entrepierna, o los calzones sucios, o en mitad de un concierto de Maná. Asimismo, sería bochornoso morir por tomarme una selfie extrema en las alturas, o asfixiándome con pelos de gato tras terminar este ensayo. Aunque no suene bien decirlo, mi esperanza está en la muerte de los demás. Menos mal que el *homo sapiens* del siglo veintiuno expira por cualquier cosa, en cualquier situación y por cada tontería, así que si me toca una muerte vergonzosa, tengo fe en que pase casi desapercibida entre tantas defunciones risibles.

Eso sí, cabe aclarar que morir de forma estúpida no es sólo síndrome de esta época. Hay muchos ejemplares valiosos a lo largo de la Historia. Desenlaces como el de Jasón, líder de los Argonautas, al cual, después de tantas hazañas, le cayó en la cabeza el mástil de su navío. O lo que cuenta Plinio sobre el dramaturgo Esquilo, quien murió golpeado por un caparazón de tortuga, pues un buitre quebrantahuesos confundió su calva con una piedra. O el filósofo Crisipo de Soles, que tuvo un ataque de risa mortal después de ver a un burro comiendo higos. O de manera más reciente, el caso del ilusionista Harry Houdini, que alucinó con poder soportar un sinnúmero de puñetazos en el estómago, sin buenos resultados. O la bailarina Isadora Duncan, estrangulada por su bufanda envuelta en las llantas de un auto en movimiento. O, en fin, como un sinfín de estrellas de rock apagadas en su propio vómito.

Entre diversos ejemplos, mis muertes favoritas y, al mismo tiempo, las más temibles, son las de algunos escritores del siglo veinte. Entre ellos Sherwood Anderson, que tuvo que interrumpir un crucero por el Caribe, ir a un hospital de Panamá y fallecer ahí, con el colon perforado, a causa de un mondadientes que ingirió tras disfrutar la aceituna de su martini. O la de Tennessee Williams, cuyo acto final es su única obra que en verdad me conmueve: un intento de suicidio con barbitúricos que terminó en asfixia, pues el tapón del bote de píldoras fue a dar a su laringe, provocando una muerte desatinada y nada narcótica. O la de Rosario Castellanos, electrocutada por accidente, descrita por Sabines de esta manera: “Sólo una tonta podía morirse al tocar una lámpara,/ si lámpara encendida,/ desperdiciada lámpara de día eras tú”. O la de Albert Camus, cuya muerte adquirió, al igual que su obra, un significado tan existencial como absurdo, a pesar de cualquier aspecto ordinario: un buen día, debido a un deceso famoso en su época, se le

ocurrió declarar que “no conozco nada más idiota que morir en un accidente en coche”; al día siguiente perdería la vida en, sí, un percance automovilístico.

A todo esto, agregó que no hace falta haber sido famoso para ser recordado como un chiste de humor negro. Bien puede un deudor desesperado suicidarse a un día de ganarse la lotería, o un romántico quitarse la vida por un like incomprendido. En cualquier deceso de este tipo, imagino el resto de mi historia. De ahí parte el miedo. No quiero que mi ser sea eclipsado por su fin. Bien puedo reírme o conmocionarme por los demás, aunque quizá me suceda lo mismo. Y ni cómo defenderme de ser un hazmerreír social en proceso de putrefacción.

Tal vez no tenga caso que le dé vueltas, aunque debería tenerlo y, por ese motivo, me preocupa. Si lío el petate de forma ridícula, mi consuelo sería que en ese instante adquiriera sentido este desasosiego o, más complicado aún, que se volviera un suceso absolutamente íntimo, en el cual, aunque sea por una milésima de segundo, no me importara en nada la sociedad porque, a fin de cuentas, la sociedad también moriría conmigo. Tal es mi único deseo.

3. Polvo seremos, mas polvo importunado

Al escribir Osip Mandelstam que “sólo un cuidado me queda, y es de oro:/ liberarme de la carga del tiempo”, pienso que el poeta ruso ambicionaba bastante, pues ni muertos nos desprendemos de lo que hemos sido porque, además de conciencia, somos el cuerpo que se moldeó con nosotros, materia de segundos o años. La diferencia es que con la muerte puede que ya no seamos conscientes de nosotros mismos, ni de lo que hemos dejado atrás. La carga del tiempo pesará perpetuamente en los restos que seremos.

Me es inevitable no pensar en ciertos incidentes acaecidos en la Antigua Grecia y, de forma más específica, en Mile-

to. Cuenta Plutarco que hubo una epidemia de suicidios que afectó únicamente a las mujeres. Para evitar que la epidemia se propagara más, se decretó una ley: el cuerpo de cualquier persona muerta por propia mano, se exhibiría desnudo por toda la ciudad. A partir de entonces terminaron los suicidios.

Así como me inquieta el causarme una última vergüenza con la muerte, también me genera incertidumbre lo que sucederá con mis despojos, si es que aún se podrían considerar míos. He pensado, no miento, en ejercitarme como nunca para que al morir mi cuerpo sea un producto decente. Si pudiera, me puliría los huesos. Quiero dar una buena impresión en muerte, ya que en vida nunca la di. Pero si lo anteriormente abordado resulta casi imposible de controlar, ahora esto queda más allá de mis límites. Es poco lo que tal vez se podría hacer: evitar que fallezca en vertical o bocabajo para no tener una erección *post mortem*, o hacerme cenizas, aunque esto no garantiza nada, puede que algún amigo me esnife o que un familiar me mandé por el inodoro.

No se necesita haber sido ni un gran genio ni un temible patán como para que hagan de tu cuerpo un desbarajuste. Esto cualquiera lo sabe muy bien, ya sea porque los robos en cementerios no pasan nunca de moda, o por las promesas no cumplidas por parte de una familia religiosa, que hace del cuerpo ajeno lo que según conviene a su fe o su costumbre, sin importar a veces cuáles fueron los deseos del difunto. Así que, por favor, si me ven en misa echando la siesta eterna, sáquenme de ahí, yo no pedí eso; menos aún si me exhiben con ataúd abierto, no quiero que me miren, sé que ni con maquillaje me vería bien.

Otra cosa común o, en todo caso, llamativa, es profanar un cadáver famoso. Hay diversas historias de ultratumba al respecto. Yo me quedo con tres. La primera es la del pene de Napoleón que supuestamente fue removido en 1821 y, desde

entonces, pasó de mano en mano: de un sacerdote italiano a un librero británico, luego a un urólogo estadounidense y, por último, según se cuenta, a un coleccionista argentino. “El coraje no es tener la fuerza para seguir, es seguir cuando no tienes fuerza”, llegó a decir el emperador francés, sin saber que su pene nos daría ese ejemplo.

La segunda es la del cerebro de Albert Einstein, el cual fue retirado de su cráneo con el fin de estudiarlo y hallarle un mayor sentido a su inteligencia. Sin embargo, estuvo más de cuarenta años relativamente oculto en el sótano del presunto especialista que dirigió la autopsia, Thomas Harvey, el cual lo rebanaba con un cuchillo de cocina para enviar muestras a quien le pidiera una. La concepción del infinito a través de la estupidez humana y el universo cabía en un frasco de mayonesa.

Y la tercera historia es la del cuerpo de Charles Chaplin que, dos meses después del sepelio, fue desenterrado por dos hombres con el propósito de pedir, digamos, un rescate. Tras diez semanas de búsqueda y negociaciones, la policía los detuvo. Lo más irónico del caso es que los secuestradores enterraron su cuerpo en un terreno que, en ese transcurso, se cubrió de maíz, dando una vista preciosa. Según cuenta Eugene Chaplin, la viuda del actor dijo: “es una pena que le hayamos encontrado”.

Por esta clase de anécdotas, a mí me resulta extraño que un muerto descansa en paz. Ya sea porque, al irse, dejó el cuerpo en otras manos o, también, por su nombre y todo aquel que a partir de entonces actúa en nombre suyo. El ejemplo más claro nos lo ha dado la Iglesia con la figura de Jesucristo, pues se usa su nombre y su cuerpo simbólico como representación de algo que en buena parte criticó. O, de forma más reciente, la imagen de Ernesto “Che” Guevara, la cual se nos vende tan fácil como cualquier producto capitalista. Sólo basta expirar

para que alguien más te exponga de algún modo, utilice lo que fuiste, intente hacerte parte de algo a lo que ya no perteneces, o revele intimidades que harían palidecer hasta a un fantasma.

En lo personal, me inquieta bastante la idea de morir sin haber desactivado mis redes sociales: imagino que de pronto mi antiguo muro recibirá una avalancha de fotos indeseadas, mensajes religiosos o melodramáticos o indescifrables, comentarios tardíos de usuarios muy ajenos a mí, los cuales pretenderán llenar inútilmente el vacío virtual que dejaría ahí, a la deriva, un perfil ya sin rostro ni persona, el cual quedaría a merced y juicio de los demás. Tal como pasa en la realidad, en la sociedad, con todos, siempre. Cada cuerpo se vuelve una marioneta. Con cada muerto se hace una parodia de lo que fue.

4. Epílogo

“Creo que la muerte es algo/que se puede pensar/hasta sin cerebro”, escribió Héctor Viel Temperley y, qué puedo decir, yo le creo. Lo cual es una lástima, pues es difícil definir y, aún más, controlar algo que no se vive de ninguna manera, o que acaso se vive pero muere con uno mismo en el instante en que sucede. Nadie conoce la muerte más que el difunto, por lo que el resto sólo es teoría y retórica sin ningún valor empírico. Así que si escribo sobre este tema, lo hago desde la perspectiva que conozco: la del ser vivo y la de estar aquí, en este mundo, sujeto a los demás, sin saber qué hay más allá porque, en parte, no lo sé todavía, y porque, bueno, ya es mucho lo que cualquiera encuentra en esta migaja de universo.

Ante cada deceso, diría Rilke, “aún está el mundo lleno de papeles que representamos”. Y todos, al final, nos guste o no, representamos el fracaso. Por más que lo deseemos, sabemos que el punto final no será puesto por ninguno de nosotros.

DOS ESCRITORAS DEL SIGLO XIX

Didiana Sedano

Refugio Barragán, más allá de bandidos y de Zapotlán

Refugio Barragán de Toscano cuenta en su trayectoria con una obra amplia y variada y que, además, está catalogada como pionera en algunos ámbitos en los que sólo los hombres podían desarrollarse y destacar. A lo anterior se le suma la descendencia que dejara doña Refugio, en la que se encuentran cineastas, arqueólogos, poetas, historiadores y demás personajes vinculados al arte.

Según consta en su registro bautismal y por palabras del propio padre, Refugio Barragán nace el 27 de febrero en Tonila, Jalisco. Sus padres eran originarios de Tecalitlán y Tuxpan, sin embargo, la que sería una gran escritora contaba lazos estrechos en Zapotlán el Grande, pues varios de los hermanos de su madre nacieron en este lugar. Siempre hubo un lazo que jalaba a Refugio a este valle redondo, quizá el clima, las facilidades o el lugar en el que está enclavado, le hacían más fácil la vida y la obra.

Es Zapotlán el Grande donde contrae matrimonio en 1869, pero se va a radicar a la capital durante casi diez años y luego regresa viuda y con dos niños pequeños al pueblo que siempre tiene los brazos abiertos para ella y su prole. Se instaló en la calle de la Merced (junto a la iglesia), que hoy lleva el nombre de Pascual Galindo y Ceballos. Sus hijos Salvador y Ricardo aprendieron a leer y a escribir en el Seminario Conciliar, a escasas tres cuadras del hogar. Refugio Barragán se dedicó a escribir, a dar clases y a vender diversos objetos con el fin de solventar los gastos familiares.

La decimonónica jalisciense tenía comunicación con Faustina Sáez de Melgar, periodista, poeta y traductora española, que editaba la revista *La violeta*, de la cual Barragán de Toscano era representante en estos rumbos. Del material epistolar entre ambas escritoras, se conservan algunas cartas donde queda registro del apoyo constante que Sáez le otorgaba a Barragán. Ejemplo de esto es la recomendación que doña Faustina Sáez de Melgar hace de la obra de Refugio Barragán a los hermanos Bastinos, editores barcelonenses.

La relación existente entre Barragán y Sáez es una muestra de feminismo y sororidad de la forma más nítida posible, sin pretensiones políticas o mediáticas. El apoyo de la española a la mexicana contribuyó a la internacionalización de la obra de Barragán de Toscano cuando un par de ensayos suyos fueron incluidos en *Las mujeres españolas, americanas y lucitanas pintadas por sí mismas* (1881), coordinada por Faustina Sáez. Esta publicación generó el contacto con el editor Antonio J. Bastinos, quien logró que *La hija de Nazareth* tuviera una de las ediciones más bonitas, si no es que la más bonita, que existe de toda la obra de Refugio Barragán de Toscano. La misma Refugio reconoce que “las encuadernaciones mexicanas no son tan delicadas”.

En septiembre de 1889, en la revista *La España moderna*, aparece un artículo titulado “Apuntes para un diccionario de escritoras españolas”, en él, y por orden alfabético, aparecen varios nombres de mujeres, entre ellos el de Refugio Barragán de Toscano, presuntamente como una escritora española. Desde siempre los zapotlenses han colocado en el mapa al Sur de Jalisco, destacándose en diversos ámbitos y diluyendo las fronteras cuando de arte y creatividad se trata.

El tema Refugio Barragán de Toscano es amplio, han sido muchos años los que se mantuvo en el limbo literario reduciendo

do su obra a una sola novela (*La hija del bandido...*) y a algunos cuantos datos replicados que no iban más allá de su lugar de nacimiento, una lista de su obra y su vínculo filial con el introductor del cinematógrafo en nuestro país, su hijo Salvador Toscano, sin considerar que también Ricardo fue un ingeniero destacado cuyos aportes en su área siguen siendo referente.

Si bien, la historia de un bandido del siglo XVIII ha sido la novela inherente a la decimonónica jalisciense, su poética puede ser bien apreciada en otros textos que se pueden conseguir fácilmente y de manera gratuita solicitando ejemplares digitales en proyecto.refugiobarragan@gmail.com. Teatro, poesía, ensayo y narrativa infantil forman parte de la producción literaria de Refugio Barragán de Toscano.

Balbina González, escritora de Zapotlán

El 27 de marzo de 1863 nace en Zapotlán el Grande Balbina Ruperta González, hija “natural”, según consta en su registro, de Refugio González Solórzano. Sus abuelos fueron Esteban González y Mercedes Solórzano. Los datos que existen sobre esta escritora zapotlense son escasos, algunas cuantas pistas que permiten intentar reconstruir su historia, su casi imperceptible paso por las letras.

Para comenzar a hablar de ella se puede partir de *Mujeres notables mexicanas* (1910), donde Laureana Wrigth de Kleinhans (1846-1896) hace un esbozo sencillo, que casi se ha fugado de la historia de las letras jaliscienses pero que resulta una base sólida para indagar en la vida y obra de la que fuera una mujer de cualidades brillantes. Después de Wrigth es casi imposible encontrar referencias de Balbina González, a excepción de algunos poemas sueltos publicados en un diario tapatío que se convierten en una muestra de la poética de la zapotlense, cuyos “versos son sencillos y espontáneos” (Wright de Kleinhans,

1910). Nada rebuscado ni metáforas complicadas, solamente llanas palabras con un posible origen catártico hacen la poesía de Balbina González.

El oficio de esta poeta fue el de maestra, nada extraño para la época, pues era la tarea mejor vista para que una mujer se integrara a la vida laboral. Aunque en el siglo XIX hay varios casos de mujeres que se atrevieron a incorporarse en áreas destinadas tradicional y socialmente a los hombres, siempre fue la docencia el espacio en que las mujeres preparadas podían continuar, de algún modo, con su formación, y el caso de Balbina no fue la excepción. La educación de esta zapotlense decimonónica estuvo a cargo de su prima Leonarda (1840- ¿?), hija de Antonio Zúñiga y Francisca González.

Zapotlán es la cuna de grandes artistas, eso nadie lo niega, sin embargo, muchos, si no es que todos esos artistas, han tenido que emigrar para formarse sólidamente y ser reconocidos en su trabajo y aportes, la señorita Balbina, que muy posiblemente perteneció a la clase acomodada del que fuera el noveno cantón de Jalisco, emigró a Guadalajara donde ejerció como maestra.

Hoy es intrigante saber por qué la obra de Balbina se diluye de los libros ¿Qué le faltó para ser considerada en antologías? ¿Cuáles son los criterios de los investigadores para sumar a sus filas a un escritor? Laureana Wrigth de Kleinhans vio algo en la zapotlense para incluirla en la lista de lo que ella consideró mujeres que se destacaban en su área. Sólo queda esperar que el momento en que resurja no esté lejos. Si bien la obra de Balbina quizá no alcance los altos estándares literarios que muchos exigen, sin falta a la verdad esta zapotlense merece un espacio en una lista más reciente sólo por no faltar a lo que en su momento abonó.

En una publicación de 2018, hecha en reportecultural.com/, aparecen datos imprecisos sobre el nacimiento de Balbina, pues en ese momento en los archivos del Proyecto RBT sólo existía el registro de la defunción. Ahora, luego de indagar un poco más, apareció el registro de nacimiento de donde se puede obtener la fecha exacta de su nacimiento, así como el detalle (en esta época, intrascendental) de ser hija de una madre soltera.

CRÓNICA

LOS CHILAQUILES DE MI ABUELA

Cristina Meza

De acuerdo con Ángel María Garibay, la palabra chilaquil proviene del náhuatl chilaquilli, compuesta por *chilli* (chile) y *aquilli* (metido en), que en conjunto hace referencia a algo que se sumerge en chile. Pese a no conocerse su origen concreto, se cree que la receta actual y mayor extendida de los chilaquiles surgió con el intercambio cultural indígena y la del Viejo Mundo. El maíz y el chile fueron ingredientes que estuvieron desde el inicio, a los que se agregaron el queso, la cebolla y crema durante la colonia. Hay quienes dicen que nacieron con la idea de aprovechar las tortillas endurecidas remojándolas en salsa de chile.

La primera receta de chilaquiles que memoricé fue la de mi madre. Consiste en dos chiles guajillo y tres jitomates cocidos en agua, un trozo de cebolla, un diente de ajo y sal. Su secreto es quitar la cara más fina de las tortillas antes de freírlas en totopos para conseguir un resultado más crujiente. Suele acompañarlos con crema fresca y un poco de queso chiapaneco que siempre nos regala mi abuela paterna. Crecí creyendo que era la única forma de preparar chilaquiles, gracias a que las mujeres en mi familia cocinan la misma receta con algunas variaciones; aun con el pasar de los años, no los comen de otra forma.

Sospecho que la tradición familiar implícita surgió con mi abuela materna, una mujer de clase baja nacida en Tolimán Jalisco en 1947, que llegó a Guadalajara a los trece años. Como la mayoría de las jóvenes de su edad, su primer trabajo consistió en asear y atender casas de familias adineradas de la colonia Americana. Sus habilidades en la cocina le otorgaron la nueva responsabilidad de encargarse de los alimentos. Durante su es-

tancia en estas casas cocinó desde platillos tradicionales hasta las mayores exquisiteces que su jefa decía probar durante sus viajes en Europa.

Uno de los primeros registros de la salsa de chile estuvo a cargo de Fray Alonso de Molina en 1571, quien llegó a Nueva España durante su niñez y que, gracias a sus conocimientos en náhuatl, fungió como evangelizador bajo las órdenes de Hernán Cortes. Su libro, *Vocabulario en Lengua Castellana y Mexicana*, comenta que los habitantes originarios llamaban chimulli a la salsa o potaje de chilli. No obstante, el primer registro de los chilaquiles en su forma moderna surgió hasta 1821 en el libro *Arte nuevo de cocina y repostería acomodado al uso mexicano*. Cabe señalar que la receta mencionada es un poco más elaborada que la actual e incluye ingredientes como carne de puerco y clemole, un caldo tradicional que combina diferentes carnes y vegetales.

En 1831, una década después, se publicó de manera anónima, en la ahora Ciudad de México, *El cocinero mexicano o colección de las mejores recetas para guisar al estilo mexicano*. Un texto compuesto por tres volúmenes que hablan sobre la gastronomía en los primeros años del México Independiente. Es en el Tratado número 4, sección II, bajo el título “Almuerzos ligeros compuestos con tortilla o masa de maíz” que se muestran tres recetas diferentes de chilaquiles: chilaquiles blancos, chilaquiles rojos y chilaquiles tapatíos. Actualmente, el platillo se ha diversificado tanto que sería imposible enunciar cada una de sus variaciones, sin embargo, los ingredientes base siempre son los mismos: tortilla y salsa.

Mi abuela creyó gran parte de su infancia y juventud que los chilaquiles fueron invento de su madre, un platillo de pobres creado para alimentar a todos sus hijos. Pensaba “pobrecita de mi madre, lo que hace para tenernos sin hambre”. Su creencia

no parece absurda, si se toman en cuenta sus circunstancias económicas y el uso que han tenido los chilaquiles en otros periodos históricos, como durante la Revolución Mexicana, cuando las mujeres que acompañaban a los soldados debían ingeniárselas para alimentar a todos y creaban platillos con los mismos ingredientes no perecederos.

Mi abuela mantenía ese pensamiento en privado, como parte del pudor de ser pobre. Hasta que una mañana su jefa, la señora Gabriela, le pidió que preparara chilaquiles para el desayuno. Este evento tuvo una fortuna de impacto sin precedentes, pese a que descubrió a una edad adulta que su madre no era la creadora legítima de los chilaquiles, por primera vez tuvo el valor de mostrar la receta que hasta entonces consideraba personal, el secreto que aprendió de una infancia marcada por la pobreza y escasez de alimentos. Pienso que mi abuela heredó a las mujeres de la familia una receta no escrita en honor a su madre, como un símbolo de memoria al origen que es la casa y la inocencia. Vuelvo ocasionalmente a ella, como hoy, y pienso en qué libro se incluirá su descripción y las variaciones que añadió mi madre con el pasar de los años. La comida es, entonces, una historia universal contada en el anonimato.

EXPANSIÓN Y UN VOLKSWAGEN BLANCO

Cristina Meza

Fui una niña nacida a finales de la década de los 90's. Mis padres, en ese momento jóvenes, usaban para trasladarse en la ciudad un Volkswagen blanco cuyo año de manufacturación desconozco. Yo era tan pequeña que no recuerdo haber viajado en él, pero siento un profundo apego por dicha marca.

Durante los años más tiernos de mi infancia mi padre jugaba conmigo a lo que él denominaba “pulguita”. El juego consistía en permanecer alerta mientras estábamos dentro del auto —para entonces teníamos un Tsuru color rojo— y si lográbamos ver un Volkswagen o “vocho” procedíamos a pellizcar el brazo de quien se encontrara a nuestro lado exclamando: “¡pulguita!”. Eso traía consigo mucha diversión y la posibilidad de conectar con mi padre. Con el tiempo se acoplaron a la dinámica mi hermana menor y mi madre para hacer de esto una rutina placentera de fin de semana.

Un día, llegó a mí una noticia desgarradora: ya no se fabricarían vochos. Eso sólo quería decir una cosa, el juego que tanto nos gustaba se terminaría de una vez para todas. A partir de ese momento se agudizó mi destreza para detectar vehículos y acumular victorias, también vi cómo de a poco me era más difícil contar más de 10 Volkswagen en un viaje por la ciudad. Esto provocó que las reglas de nuestro juego se modificaran un poco, ahora en lugar de buscar vochos, buscábamos autos de cualquier diseño, pero con el mismo color, lo que disminuyó mi angustia.

Durante los años siguientes abrumaría a mi padre con preguntas constantes sobre el paradero de los vochos en circulación: ¿qué pasaría si alguno requiere cierta pieza o repa-

ración? Él buscaba satisfacer mis dudas como podía, hasta que finalmente llegué a la adultez y el juego adorado pasó al olvido. De pronto me daba curiosidad por contar autos y la escasez paulatina era más evidente. Ahora estábamos frente a ejemplares modernos y una ciudad que cada vez se volvía más grande y abrumadora.

Después me mudé al sur. Las calles de Ciudad Guzmán son ahora mi entorno, y a pesar de que sólo 100 km dividen mi origen con la actualidad, es posible percibir ambas realidades con un abismo de diferencias. Aquí no hay edificios, y aunque la urbe se expande, este es un lugar de tradiciones arraigadas. Reconozco que Zapotlán nunca deja de sorprenderme: el cielo es más azul y resulta placentero mirar un horizonte lleno de cerros. Mi medio de transporte, como en Guadalajara, es el mismo.

Un día el autobús iba tan lleno de pasajeros que me obligó a viajar de pie. A mi costado estaban dos niños que jugaban el juego que mi padre me enseñó. Entonces me percaté de la cantidad de vochos que hay en mi nueva y pequeña ciudad, era impresionante la facilidad con la que estos niños gritaban “¡pulguita!”. Fue como una mirada al pasado, pensé que, también como yo, en algún momento ellos serán testigos de la escasez y la inevitable expansión de la ciudad. Entonces esos autos serán solo recuerdo y chatarra. Ahora creo que el tamaño de una ciudad puede medirse por la cantidad de vochos en las calles.

NO SÉ HABLAR DE FÚTBOL, PERO ME GUSTA PENSAR EN MI ABUELO

Esther Armenta

Estábamos frente al televisor los tres. Ellos los dos José: padre y abuelo. Esther la hija, la nieta. Recuerdo la mesa bordada con hilos de plástico, donde había una Coca-Cola y el cigarrillo que José abuelo dejaba reposar cada tanto. En el recuerdo somos los tres sentados ante el televisor negro, cuadrado, analógico. Cuando escribo, dudo mucho que hayamos sido los únicos en la pieza. En el mundo de ellos, antes de mi llegada, hubo dos hijas más que eran nietas y dos esposas que eran madres y que debieron estar ahí, aunque no las recuerdo. En esa misma habitación con olor a humedad e incienso contra mosquitos, había, seguro, algún gato o perro merodeando. No importa la imagen real de ese momento. Importa que era domingo, domingo de clásico. Importa que éramos los tres fundando el recuerdo más primitivo de una niña viviendo el futbol mexicano.

Por razones que todavía no sé, le íbamos a las chivas rayadas del Guadalajara. Equipo creado por un belga en 1906. En la década de los 2000, el club deportivo tenía una seguidora por herencia familiar que no cuestionaba sus jugadas, sus derrotas, pero que sabía bien cómo celebrar. La evocación de mi padre y mi abuelo viendo futbol, vuelve a la mente cerca de 21 años después, cuando México queda tan lejos de Buenos Aires que el mapa digital no es capaz de medir los kilómetros que separan a El Carmen de Ordaz de la capital argentina, donde ahora vivo.

Es el día veintiséis de noviembre cuando llego al bar de La Huichula en Villa Urquiza. Hace calor y el viento no viene en auxilio. Avanzo por Triunvirato. Los comercios cerrados. La

calle casi solitaria, salvo por un kiosco y una verdulería abiertos, de donde se escapan las voces del televisor. Esos sonidos en la avenida, provienen de la narración del partido que inició dos minutos atrás, cuando salí del subte. Cruzo en calle Combatientes de Malvinas. Justo en la esquina hay aficionados argentinos en El barrilito de Urquiza. Enfrentados, como en la cancha, el restaurante mexicano se para ante el argentino. En La Huichula, la bandera tricolor pinta la vereda. Sombreros de paja y camisas de la selección le dan nacionalidad a los cuerpos que ocupan un sitio al exterior del local. Adentro hay argentinos con camisas argentinas y una mujer con vestido verde limón (limón de México).

El partido avanza. Estoy sola en el bar pero acompañada en el celular. Mis amigos, mis primos en México, van narrando la interpretación del partido que podría dejar a la selección argentina fuera del mundial de Qatar 2022. “Qué putiza le están metiendo a los argentinos. Cantidad de chingadazos”. Permanezco incrédula a los mensajes, no sé de futbol y no confío en la selección de mi país, aunque debo admitir que antes de iniciado el juego dudé salir a verlo, porque “qué tal y pierde argentina y se enteran que soy mexicana y me atacan”. Tardé en reconocer que ese comentario era de confianza, quizá de esperanza. Por un momento disfruté saber que nos temían, me incluí en el pronombre como si de verdad fuera parte de algo en lo que no creo.

No sé de futbol pero la gente que sí, comienza a manifestarse. “La concha de la lora, la concha de la lora”. “Te lo pido, te lo pido, te lo pido”. Repite una mujer con su acento argentino que domina las manifestaciones. La mujer pide con su fe de cancha y yo que soy atea, pienso que detrás de cada angustioso “la concha de la lora” pronunciado aquí, hay un “chinga tu madre” que completa la ecuación en México. No veo con exac-

titud el cronómetro, pero intento anotar los minutos en que pasa algo que considero importante. Al minuto 38 de pitado el encuentro, un jugador falla gol a favor de Argentina, entonces una aficionada con bandera albiceleste en mano aparece en pantalla, todes leemos sus labios en cámara lenta y repetición. “La concha de tu madre”.

Llega el medio tiempo y con él, la confirmación de que los aztecas contuvieron tanto como les fue posible. “El peor primer tiempo de mi vida”, manda una amiga desde Santa Fe capital. La misma que días atrás escribió “Lloré una mañana entera. Perdimos después de 36 partidos invictos”, en referencia al partido de Argentina contra Arabia Saudita del 22 de noviembre.

Al momento del descanso, una nena con dos palabras pintadas en el cuerpo se atraviesa entre las mesas del restaurante. En el brazo derecho leo Argentina, en el izquierdo, México. Tiene la bandera de cada país repartidas en sus mejillas y un sombrero en la mano. Sigue el camino sin conflicto aparente por ser ambas nacionalidades. La veo. Supongo que migrar es eso: estar dividida. Profundizo. Supongo que migrar es eso: abrirte en dos. Sigo. Supongo que migrar es eso: dejar de pertenecer a un lugar para pertenecer a todo el sitio que te permita amar. Sigue rodando el pensamiento antes de entrar a la cancha. Supongo que migrar es eso: habitar la posibilidad de perder y ganar por igual, sin entregarse a ninguna por completo o entregarse a las dos en totalidad.

—¿Te lo pongo?

La mesera interrumpe el momento introspectivo. Tiene un sombrero azul de charro. No le puedo decir que no. Coloca el sombrero en la cabeza y siento la responsabilidad de portarlo con la honradez que te da beber una margarita. El peso real del sombrero es equivalente al simbólico. Ser charro en México no es un disfraz.

Se reanuda el partido. Sigue hasta llegar al minuto 58:31. Para ese momento, ya estaba anotado uno de los dos goles a favor de Argentina con que cerraría el marcador. Estaba ese tiempo cuando, de golpe, me acordé del olor de mi abuelo José. Recordé el aroma a tabaco. Me acordé que con él probé mi primer café con leche que servía de contrabando a la mirada prohibitiva de mamá. Recordé, también, sus camisas a cuadros que vestía para ir a la parcela. La forma de su sombrero de paja, el sonido de la risa que emitía cuando yo o alguna de mis hermanas hacíamos algo. El fútbol no es el único estimulador para que recuerde al abuelo. El clima cálido, feroz, la sensación de tener el verano en la piel, justifica que venga a mí como vendrán las oleadas de viento más tarde, más noche. Cuando el partido haya terminado y yo vuelva a casa sin miedo, sabiendo que los argentinos nos perdonaron la angustia y nos agradecen las fallas. Agradecen los cambios que no debieron ser si queríamos ganar, porque México, me explica otra amiga, “estaba jugando súper bien en el primer tiempo, el asunto aquí fue cuando inició el segundo tiempo y el pendejo del director técnico empezó a hacer sus cambios”.

México perdió, pero sabe colarse a las victorias. Algunos dicen que celebran por Messi. Un hombre se levanta de la mesa para felicitar al grupo de argentinos que ovacionan debajo del mural donde está El Santo, el Chavo del ocho, María Félix y Cantinflas.

—Felicidades

—Gracias

—Tienen que ganar. ¡Que valga la pena!

EL OTRO SUR

Esther Armenta

No importa que conozca el paisaje de su destino, a donde la gente del sur vaya, buscará siempre un pedazo de montaña. Una que le recuerde la silueta del nevado de Colima, que le haga sentir la náusea como cuando se baja de la sierra de Tapalpa a Sayula, en ese camino serpenteante de asfalto mordisqueado, de ramas abundantes que primero son de pinos y después de huizaches. Yo que estoy aquí, en el otro sur, el del continente, busco entre las calles de Buenos Aires, detrás de los edificios, una montaña pérdida en la geografía. No la encuentro.

Camino la capital tanto como puedo, hasta que duelen los pies, hasta que el tobillo derecho se dobla de cansancio, dice basta, hasta que la batería del celular se queda con el cinco por ciento suficiente para volver a ese techo que nombro casa. Vuelvo exhausta, sin encontrar lo que busco, vuelvo con los ojos vacíos de cerros, con la sensación de infinito en el pecho después de ver el río de La Plata, río inmenso, río sin fin a la vista.

Lo que no veo se compensa en la experiencia que viven otros sentidos. El más fácil de complacer es el gusto. Para el paladar hay helado hasta las tres de la mañana, chocolates, alfajores, vino, pizza, fruta, calabazas, comida argentina que es la obvia pero también la hay migrante: peruana, boliviana, venezolana, brasilera, mexicana. Y si eso no basta, el recuerdo es buen alimento. De los sentidos el olfato es el más expuesto al fraude, estando en la ciudad se regocija con el olor de las facturas —piezas de pan—, del incienso, el palosanto, los garapiñados o churros que se venden casi en cada esquina de las zonas comerciales. Las fosas nasales se abren anchas para dar paso a

la tibieza de las masas, pero en su lugar llega la evaporación de un cuerpo mal hidratado, la podredumbre que duerme en el contenedor de basura. Buenos Aires huele a pan pero también a orina, a fruta refrigerada cuando se pasa junto a los minisúper a los que llaman “el chino” porque son atendidos, en su mayoría, por personas asiáticas. El oído también experimenta el regodeo y desagrado. El sonido del taladro contra el cemento es un clásico en el repertorio de la ciudad.

Trr. Trr. Trrrrrr

Buenos Aires se repara, se demuele y se construye. Hay herramientas que suenan, lo mismo que instrumentos que se tocan ahí abajo, bien abajo, en el subterráneo, el subte, el tren, el metro, pero también arriba en avenida Corrientes, en San Telmo o en los centros culturales que son muchos. La música en vivo es una constante. Si no se es consciente de la presencia del ruido, éste te aturde, te marea y hace vomitar. Hay gritos de los vecinos, los porteños son gritones. Hay pitidos en las avenidas y aves en los parques.

La frustración que acumula la vista se drena en el tacto. La masa es bondadosa. Cuando los ojos no encuentran, vuelco sus deseos en la tarta, la torta, la empanada. Amaso, amaso, amaso. Masa purificadora, canalizadora de la negación al cambio. Hay días en los que preparo otras recetas que no son masa, entonces mezclo, corto, rebano. Lo que hago en la cocina es la representación de lo que pasa dentro, del deseo interno por cortar, rebanar, mezclar mi vida de sures.